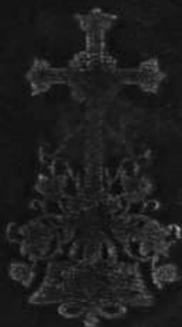


Pasion

DE



N. S. JESUCRISTO

17

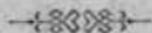
3917







LA PASIÓN
DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO
(MÍSTICA CIUDAD DE DIOS)



THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

PHYSICS 309



PHYSICS 309

LA
PASIÓN DE N. S. JESUCRISTO

TOMADA DE LA OBRA

MÍSTICA CIUDAD DE DIOS,

HISTORIA DIVINA

manifestada

POR LA REINA DEL CIELO

Á

LA V. M. SOR MARIA DE JESÚS

ABADESA DEL CONVENTO DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE
LA VILLA DE ÁGREDA, DE LA REGULAR OBSERVANCIA
DE N. S. P. S. FRANCISCO.

~~~~~  
Con las licencias necesarias.  
~~~~~



SANTIAGO

Imprenta del Colegio de PP. Franciscanos,
á cargo de Fr. Ramón Rey.

1886.



PRÓLOGO.

CONOCIDA es en el mundo literario, y en gran manera provechosa para los fieles por la piedad que respira, la obra escrita por la Ven. Madre Sor María de Jesús de Ágreda con el título de MÍSTICA CIUDAD DE DIOS. Purificada como el oro en el crisol de la tribulación, esta obra admirable ha salido siempre victoriosa y triunfante de todas las calumniosas imputaciones lanzadas contra ella por la malicia de sus émulos, ó mejor dicho por las iras del averno ansioso de impedir el abundantísimo fruto que con su lectura podían reportar las almas fieles deseosas de recorrer con seguridad las sendas de la virtud.

Si fuéramos á referir las vicisitudes todas por que ha tenido que pasar la obra de la Ven. Madre, ciertamente que nos haríamos interminables; porque apenas podemos creer haya existido jamás un libro que haya sufrido tantos y tan rigurosos, cuando no apa-

sionados exámenes, que tantas veces haya sido discutido en las asambleas de los sabios y contra el cual se hayan dirigido mayor número de acusaciones. Al ver la saña con que lo ha perseguido la malevolencia, cualquiera diría que había un empeño preconcebido de ahogar en su origen mismo una obra literaria que tanto y tan justo renombre ha venido á dar á su Ven. Autora y á la Orden Franciscana á que pertenecía. Pero ¡Providencia singular! así como los gigantescos árboles ahondan más profundamente sus raíces cuanto son más combatidos por los furiosos vientos; y como el diamante muestra más la limpidez de sus aguas cuanto mayor es el trabajo del lapidario, así también la *Mística Ciudad de Dios* ha reportado mayor lustre y esplendor cada vez que la emulación quiso poner en duda su ortodoxia, ó la pureza de su doctrina.

Parto legítimo de la soberana inspiración que al escribirla guió la pluma de la Ven. Autora, la *Mística Ciudad de Dios* llevó ya desde sus principios el sello que suele caracterizar siempre las obras de Dios, esto es, la contradicción. Cautelosa la Religión seráfica de conservar un tesoro que había encontrado en aquella obra, asombro y admiración del mundo, y no queriendo exponerla al público sin cerciorarse completa-

mente de que jamás tendría que arrepentirse de ello, confió su riguroso examen á los Religiosos más sabios que entonces tenía en su seno, los cuales después de muchos meses de una labor casi no interrumpida dieron, como era de esperar, su total aprobación á una obra en la que es imposible encontrar una cláusula, una sentencia, una sola palabra, que no esté en perfecta consonancia con las enseñanzas de la más sana Teología. Y porque no pudiera llegar á sospecharse que la aprobación de los Teólogos franciscanos, como tan interesados en el buen éxito, era parcial y poco sincera, el Rey D. Felipe IV, que había sostenido íntima y muy frecuente correspondencia con la Ven. Madre (1), encomendó por su parte igual riguroso examen á los Teólogos más insignes que á la sazón contaba España (y eso que los había distinguidísimos) entre ellos al P. Mendo, de la ínclita Compañía de Jesús, y al P. Silva, honor de la Orden benedictina, y todos unánimes la aprobaron y recomendaron con los más encarecidos elogios.

(1) Aprovechamos gustosos esta ocasión para rendir un tributo de gratitud al Exemo. Sr. D. Francisco Silvela, y á cuantos han contribuido á la magnífica edición de las *Cartas de la Ven. M. Sor María de Jesús de Agreda*; obra que con el mayor encarecimiento recomendamos á nuestros lectores.

Nada de esto bastó para que los émulos desistiesen de su comenzado empeño, antes bien por dos veces en poco tiempo delataron la obra, una á la santa Inquisición de España y la otra al mismo tribunal de la Corte Pontificia. La primera no dió su sentencia favorable hasta después de algunos años empleados en el concienzudo examen del libro; pero más afortunados en la segunda, obtuvieron, por medios que no hemos de calificar aquí, un decreto pontificio en virtud del cual quedaba prohibida la obra de la Ven. Madre. Satisfechos podían mostrarse nuestros adversarios, mas su triunfo duró bien poco. ¡Pásmense nuestros lectores! la prohibición duró cuatro meses y catorce días; pues que en 9 de Noviembre de 1681, el Papa Inocencio XI mejor enterado del asunto publicó un Decreto anulando el condenatorio que llevaba la fecha de 26 de Junio de aquel mismo año.

Más ruidosa fué la condenación lanzada contra la *Mística Ciudad de Dios* por la Sorbona de París; condenación que á nuestro modo de ver ha sido la causa de que algunos Diccionarios modernos se hayan atrevido á incluir aquella obra prodigiosa entre las prohibidas en el Indice, sin añadir una sola palabra que pudiera aclarar el asunto. ¡Así se escriben tales Diccionarios! No he-

mós de cansar á nuestros lectores con la relación detallada de las turbulencias que ocurrieron en este asunto; bastará que les aseguremos, apoyados como estamos en documentos fehacientes, que la censura parisiense tuvo su origen en sola la pasión de los émulos, que en ella no se guardaron las formalidades acostumbradas en asuntos de mucho menor importancia, que la sentencia fué evidentemente nula, ya por no haberse atendido à las protestas de la mayor parte de los doctores que formaban el claustro, ya porque no se dió á los jueces el tiempo necesario para deliberar sobre la materia, y ya en fin, porque en todo se procedió contra las terminantes prescripciones de los Sumos Pontífices Inocencio XI y Alejandro VII.

¡Prohibirse la *Mística Ciudad de Dios* que, como dice el Sr. Silvela (1), á quien con el debido elogio hemos citado en la nota anterior, «es el resumen de las doctrinas, particulares revelaciones, dones maravillosos, y singulares favores de una divina inspiración, que propios y extraños han creído descubrir en aquella sierva de Dios!» ¡Prohibirse una obra en la cual y

(1) *Bosquejo histórico*, que precede á *Las Cartas de la Ven. Madre*, tomo I, pág. 84.

según el sentir de uno de sus más sabios censores (1), «su celestial autora ha sabido
« unir la elegancia del estilo con la modes-
« ta gravedad de las palabras, lo más sutil
« de la Teología con la mayor claridad y
« exactitud en los términos, los sentidos
« más recónditos de las Sagradas Letras con
« una feliz y segura exposición de los mis-
« mos, y finalmente una devoción tierna y
« afectuosa, con unos coloquios llenos de
« discreción y de gracia!» ¡Prohibirse una
obra cuya Ven. Autora «al explicar en sen-
« tido místico los pasajes de la Sagrada Es-
« critura tan perfectamente imita á los tres
« principales Doctores de la Iglesia latina;
« y en la claridad con que trata las verda-
« des Teológicas parece nuevo Sto. Tomás
« de Aquino; y en la parte histórica con-
« serva siempre inalterable el carácter de
« todas las personas que en ella introduce!»
¡Una obra en la cual «las palabras con que
« se expresan las cosas divinas las hacen tan
« claras y evidentes, como si se tratase de
« asuntos puramente humanos; y los térmi-
« nos en cambio con que éstos se proponen
« son tan comedidos y decentes cual si se tra-
« tase de cosas divinas, y en la cual la doc-

(1) El P. Francisco de Almada, de la Compañía de Jesús, en su *Censura*, fechada en Lisboa en 16 de Marzo de 1680.

« trina que se inculca es abundante y al mismo tiempo solidísima? (1).» ¿Prohibirse tal obra? ¡Que monstruosa aberración!

Y ojalá tuviéramos espacio en este *Prólogo*, para reproducir ó extractar siquiera los magníficos cuanto espontáneos elogios que han hecho de la *Mística Ciudad de Dios*, después de su detenida lectura y concienzudo examen hombres tan esclarecidos en la palestra literaria como el P. Juan Delgado, de la sagrada Orden de Predicadores; el P. Juan Cortés Osorio, de la Compañía de Jesús; el célebre Cardenal Aguirre, llamado en su tiempo el oráculo de las ciencias; el P. José Nicolás Cavero, ornamento de la Orden Mercedaria; el P. Tomás González, Cisterciense, que entre otros encomios de la citada obra, dice ser ella: *Explicatio clarissima præcipuarum sacræ Theologiæ difficultatum*; y como si todas las Órdenes religiosas hubieran querido unirse en común alabanza de la Ven. y santa escritora, los diecisiete Colegios que aquellas tenían antes de la ignominiosa y execrable excomunión en la ciudad de Salamanca, emporio un tiempo de las ciencias y Atenas española, se pronunciaron abiertamente en favor de

(1) El P. Antonio Morales, Trinitario, en la *Censura* dada también en Lisboa á 18 de Marzo do 1680.

la *Mística Ciudad de Dios*, rechazando con indignación la censura sorbónica. Y decimos que las Órdenes religiosas alabaron de común acuerdo la mencionada obra, porque entre aquellos Colegios los había de Agustinos y de Carmelitas, de Basilios y de Cistercienses, de Benedictinos y de Dominicos, de Clérigos Regulares y de Jesuitas, de Jerónimos y de Trinitarios, de Mínimos y de Premostratenses, de Mercedarios y de Teatinos. Podríamos además citar si fuera preciso para vindicar á nuestra Ven. escritora más de cien autoridades de otros tantos Colegios y sabios que se han declarado partidarios de la doctrina celestial vertida por ella en su obra inmortal, y entre los cuales se cuentan nombres tan respetables como los Pontífices Alejandro VIII y Benedicto XIV; el Cardenal Deschamps, Arzobispo de Malinas, y el célebre P. Faber; el ilustrado P. Segundo Franco y los redactores de la *Civiltá Cattolica*, revista que tiene adquirida fama universal; el Abate Guéranger y la celebrada Universidad de Lovaina, con otros que nos vemos precisados á omitir en gracia á la brevedad.

Con estos datos apuntados tan sólo al correr de la pluma, y sin entrar en estudios más prolijos á que ciertamente se presta la gravedad del asunto, bien se puede afirmar

con el ya citado Sr. Silvela, «que este libro, «objeto en un tiempo de empeñadas contien- «das y contrapuestas censuras, triunfante se «halla hoy en el mundo católico (1).» Y aun á trueque de hacernos algo difusos diremos con otro ilustrado escritor (2) que «el nom- «bre dela humilde Franciscana figurará dig- «namente en la historia de nuestra literatu- «ra al lado de los de santa Teresa de Jesús, «venerable Maestro Juan de Ávila, Fr. Luis «de Granada, Fr. Luis de León, Guevara y «tantos otros que nos envidian los demás «pueblos.»

Argumento no menor de la excelencia de la *Mística Ciudad de Dios* son la gran multitud de ediciones que de ella se han hecho en casi todos los idiomas conocidos (3). Desde la primera publicación de la obra que salió á luz en Madrid el año 1670, en tres volúmenes en folio, hasta nuestros días se ha impreso esta obra más de cincuenta

(1) Lugar antes citado.

(2) Nuestro amigo el Sr. D. José M.^a Fernández Sánchez, en su artículo: *Una joya literaria*, publicado en EL ECO FRANCISCANO, tomo II, pág 185.

(3) He aquí las veces que se ha publicado en los años que median desde el de 1670 hasta el de 1860: en español dieciseis veces por lo ménos; en portugués dos; en francés ocho; en italiano nueve, sin contar una ó dos que según creemos están viendó la luz en nuestros días; en flamenco una; dos en latin; cinco en tudesco, y una finalmente en los tres idiomas griego, polaco y árabe.

veces, dándose el caso, poco común por cierto, de que en un solo año, el de 1695, se hiciesen de ella cuatro ediciones: una en Valencia, otra en Portugal, y las dos restantes en Marsella y Lión de Francia; habiendo acontecido lo mismo el año 1731. Precisamente al escribir estas líneas recibimos una revista que con el título de *La Crociata* se publica en Turín, y en ella vemos que en Julio del presente año se terminaron dos nuevas ediciones de aquella obra, una de lujo en cinco volúmenes en 8.º mayor, y la otra económica que consta de 13 tomos en 32.º La prensa, pues, no cesa de dar á luz la obra de la Ven. Ágreda; por donde se vé con cuánta avidez es leída por todos los que se complacen en obras serias, piadosas y de sólida instrucción.

Pero el triunfo que podríamos llamar definitivo de la *Mística Ciudad de Dios*, parece lo tenía Dios reservado para nuestros mismos días. En efecto; la solemne definición de los dogmas de la Inmaculada Concepción y de la infalibilidad Pontificia, sancionados ambos con su autoridad suprema por el Pontífice de gratísima memoria Pío IX, han venido á poner el sello de una aprobación incontrovertible á las elocuentísimas páginas, que forman aquella obra, y en las cuales la Ven. Autora defiende con tan sublime

é inimitable modo el primero de aquellos dogmas, é insinúa tan claramente el segundo. Sabido es que la inquina grande que se ha tenido en los pasados tiempos á la obra de la insigne escritora, la ojeriza con que se miraron sus libros, no tuvieron otro origen, sobre todo en lo que mira á la censura de la Sorbona, que el ver á la Ven. Ágreda tan entusiasta defensora del más excelso de los privilegios de María, y tan es así lo que decimos, que no faltó quien afirmase que la *Mística Ciudad*, debió ser parto de algún Teólogo escotista, ansioso de hacer prevalecer su opinión al amparo de la virtud y revelaciones que se decían hechas á la Ven. Sor María de Jesús; y nosotros mismos hemos oído asegurar á persona por otra parte muy competente, que la dicha obra sería digna de mayor aceptación . . . ¡si no fuese tan *escotada!* (1) Mas por fortuna esta imputación carece de fundamento y es completamente gratuita, como quiera que por Decreto de la S. C. de Ritos de 7 de Mayo de 1757, aprobado por el Sumo Pontífice Benedicto XIV á los ocho días del mismo mes y año, consta «ser cierto que la venera-

(1) Creemos inútil advertir que esta palabra se toma aquí en el sentido de ser escotísticas las doctrinas de la obra. Esto, sin embargo, no es de todo punto exacto.

« ble sierva de Dios, Sor María de Jesús de
« Ágreda, escribió en lengua española, y
« distribuida en ocho tomos, la obra que
« lleva por título: *Mística Ciudad de Dios.* »
Posteriormente en 1771, después de haber
compulsado con mucha atención los origi-
nales de esta obra con otros manuscritos de
lo misma Ven. Religiosa, y viendo la uni-
formidad que entre unos y otros existía de-
claró el Pontífice Clemente XIV que de este
cotejo se infería claramente ser la *Mística
Ciudad* obra genuina de la Ven. Madre.

Como complemento de todo lo dicho, y
para ultimar la vindicación de nuestra Ven.
Madre Ágreda apuntaremos aquí que dife-
rentes veces se ha introducido en la Curia
Romana la Causa de su beatificación, que
como la obra inmortal de la privilegiada es-
critora se ha visto otras tantas veces inter-
ceptada. El proceso de esta Causa incoado
en el Pontificado de Inocencio XII, se halla
ya terminado y consta de un tomo en folio
de 218 páginas. La guerra de sucesión y las
turbulencias políticas que afligieron á nues-
tra patria á fines del siglo XVII y comienzos
del XVIII motivaron la suspensión de la
Causa hasta que el Pontífice Benedicto XIII,
de la Orden de Predicadores, ordenó que
se prosiguiese por su Decreto que lleva la
fecha de 21 de Marzo de 1729. Clemente XII,

sucesor de Benedicto nombró en 9 de Agosto de 1730 una Congregación de Emms. Cardenales que continuasen el examen de la Causa; habiendo hecho lo mismo Benedicto XIV por su Decreto de 3 de Agosto de 1745. Por último, y por no dilatar más este asunto, este mismo año el Pontífice León XIII, ha nombrado una nueva Congregación para examinar si debía levantar el silencio impuesto á dicha Causa, y después de oír el parecer de los Consultores nombrados por él, se ha reservado la solución de la misma cuyo éxito feliz tan vivamente deseamos.

Sentados ya estos precedentes, acaso demasiadamente difusos, pero que hemos creído necesarios para que nuestros lectores puedan formar siquiera una ligera idea de los contratiempos sufridos por esta obra, tan digna de andar en manos de todos, debiéramos decir algo de las muchas bellezas místico-literarias que atesora, de los sublimes conceptos Teológicos que la enriquecen; de la doctrina celestial en que todas sus páginas abundan; de la claridad con que expresa los más recónditos misterios de nuestra Religión, desde los eternos decretos de Dios, abismo en que se confunden y zozobran los titanes de la Teología, hasta la vida feliz de los bienaventurados en la dichosa

eternidad; de la oportunidad con que robustece sus enseñanzas con las sentencias de la Divina Escritura, y de tantas y tantas maravillas como encierra aquella obra preciosísima y á todas luces superior á los alcances intelectuales de una pobre, aunque santa Religiosa, que no había cultivado su inteligencia á fuerza de prolongados estudios. Pero fácilmente se alcanza que este empeño no podría en modo alguno realizarse en los estrechos límites á que por necesidad hemos de ceñirnos en este *Prólogo*. Sin embargo, considerando en conjunto todas las bellezas de este libro, las circunstancias que concurren en su Ven. Autora, el orden perfectísimo en que están desenvueltas las materias, juntamente con la unción é influencia místico-religiosa que su lectura ejerce en las almas, bien podemos asegurar lo que á otro propósito decían los Magos de Faraón: el dedo de Dios está en este libro: *Digitus Dei est hic* (1); porque no puede, en efecto, explicarse sin acudir á una inspiración celestial y extraordinaria la existencia de una obra escrita por una simple mujer, y que como la *Mística Ciudad de Dios*, si hubiera de ser obra puramente natural, exigía muchos y muy prolongados estudios, y tal co-

(1) Exodo, cap. VIII, v. 19.

pia de conocimientos teológicos, ascéticos, místicos, exegéticos y patristicos, que con suma dificultad podrían verse reunidos en un solo hombre, por grandes que fuesen sus dotes intelectuales.

Para convencerse de esta verdad bastará que nuestros lectores repasen las páginas que les ofrecemos en este librito. Al publicarlo con el título de: *La Pasión de N. S. Jesucristo*, sacada de la obra de la Ven. Madre Ágreda, hemos creído prestar un gran servicio á las almas fieles que buscan ansiosas la meditación de los acerbos dolores sufridos por el Salvador en su amarguísima Pasión. Cierto es que hay ya multitud de obritas piadosas en que se describen los tormentos del amantísimo Redentor y en que se relatan los sucesos acaecidos desde el Cenáculo hasta la sangrienta cima del Calvario; ni hemos de rebajar el merito que aquellas tienen y lo provechosa que puede ser su lectura para las almas devotas; pero cuando se trata de *La Pasión* escrita por la Ven. Madre, parece imposible encontrar cosa alguna que le iguale, ni mucho ménos que le supere. Tal es la unción que respira, tal la tierna devoción con que está escrita; descríbense en ella con tal minuciosidad hasta los más insignificantes detalles, y sobre todo atesora tan divinas enseñanzas en las doctri-

nas que acompañan á cada uno de sus capítulos, que el alma que la lea con atención no podrá menos de sentirse santamente conmovida, y con suavísima violencia forzada al amor ardiente del Salvador, fin supremo de la piedad cristiana.

No se crean apasionados nuestros elogios; muy lejos estamos de expresar todo aquello que sentimos, y tenemos la completa seguridad de que nos harán justicia cuantos lean *La Pasión de N. S. Jesucristo*, cuya publicación hemos emprendido para gloria de Dios y provecho de las almas.

Concluiremos advirtiendo á los lectores que, dejando intacto el estilo de la Ven. Escritora, sólo nos hemos atrevido á introducir algún pequeño cambio en lo que se refiere á la puntuación, siguiendo para esto las actuales prescripciones de la Academia.

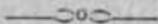
Santiago, Noviembre de 1886.

Fr. Francisco M.^a Ferrando.





CAPÍTULO I.



EL OCULTO SACRAMENTO QUE PRECEDIÓ AL TRIUNFO DE
CRISTO EN JERUSALÉN; Y CÓMO ENTRÓ EN ELLA,
Y FUE RECIBIDO DE SUS MORADORES.



Entre las obras de Dios que se llaman *ad extra*, porque las hizo fuera de sí mismo, la mayor fue la de tomar carne humana, padecer y morir, por el remedio de los hombres. Este sacramento no le pudo alcanzar la sabiduría humana (1), si el mismo Autor no le revelara por tantos argumentos y testimonios. Y con todo eso, á muchos sabios según la carne se les hizo dificultoso de creer su propio beneficio y remedio. Otros, aunque le han creído, no con las condiciones y verdad que sucedió. Otros, que son los católicos, creen, confiesan y conocen este sacramento en el grado de luz que dél tiene la santa Iglesia. Y en esta fe explícita de los misterios revelados,

(1) Matth. x, 17.

confesamos implícitamente los que en sí encierran; y no ha sido necesario manifestarse al mundo, porque no son precisamente necesarios; y unos reserva Dios para el tiempo oportuno, otros para el último día, cuando se revelarán todos los corazones en la presencia del justo Juez (1). El intento del Señor en mandarme escribir esta Historia, como otras veces he dicho y muchas he entendido (2), es manifestar algunos de estos ocultos sacramentos, sin opiniones ni conjeturas humanas; y así dejo escritos muchos que se me han declarado, y conozco restan muchos de grande admiración y veneración. Para los cuales quiero prevenir la piedad y la fe católicas, sobre que se funda todo lo que dejo escrito y lo que escribiere en lo restante de este argumento, en especial de la pasión de nuestro Redentor.

El sábado que sucedió la unción de la Magdalena en Betania, acabada la cena, como dejo dicho en otra parte, se retiró nuestro divino Maestro á su recogimiento; y su Madre santísima, dejando á Judas en su obstinación, se fué á la presencia de su Hijo amantísimo, acompañándole, como solía, en la oración y ejercicios que hacía. Estaba ya

(1) I Cor. iv, 5.—(2) Part. I de la *Mística Ciudad de Dios*, n. 10.

su Majestad cerca de entrar en el mayor conflicto de su carrera, que, como dice David (1), había tomado desde lo supremo del cielo para volver á él, dejando vencido al demonio, al pecado y á la muerte. Y como el obedientísimo Hijo iba de voluntad á la pasión y cruz, estando ya tan cerca, se ofreció de nuevo al eterno Padre, y postrado en tierra sobre su rostro, le confesó y alabó, haciendo una profunda oración y altísima resignación, en que aceptaba las afrentas de su pasión, las penas, ignominias y la muerte de cruz por la gloria del mismo Señor y por el rescate de todo el linaje humano. Estaba su beatísima Madre retirada un poco á un lado del dichoso oratorio, y acompañando á su querido Hijo y Señor en la oración que hacía, y entrambos, Hijo y Madre, con lágrimas de lo íntimo de sus almas santísimas.

En esta ocasión antes de la media noche apareció el eterno Padre en forma humana visible con el Espíritu Santo y multitud de Ángeles innumerables que asistían al espectáculo. Y el Padre aceptó el sacrificio de Cristo su santísimo Hijo, y que en él se ejecutase el rigor de su justicia para perdonar al mundo. Y luego, hablando el mismo Pa-

(1) Psalm. xviii, 7.

dre eterno con la beatísima Madre, la dijo: *María, Hija y Esposa nuestra, quiero que de nuevo entregues á tu Hijo para que sea sacrificado, pues yo le entrego por la redención humana.* Respondió la humilde y cándida paloma: *Aquí está, Señor, el polvo y ceniza, indigna de que vuestro Unigénito y Redentor del mundo sea mío. Pero rendida á vuestra inefable dignación, que le dió forma humana en mis entrañas, le ofrezco y me ofrezco yo con él á vuestro divino beneplácito. Yo os suplico, Señor y Padre eterno, me recibáis para que yo padezca juntamente con vuestro Hijo y mío.* Admitió también el eterno Padre la oblación de María santísima, y la aceptó por agradable sacrificio. Y levantando del suelo á Hijo y Madre, dijo: *Este es el fruto de la tierra bendito que desea mi voluntad.* Luego levantó al Verbo humanado al trono de su Majestad en que estaba, y le puso el eterno Padre á su diestra, con la misma autoridad y preeminencia que Él tenía.

Quedó María santísima en su lugar donde estaba, pero transformada y elevada toda en admirable júbilo y resplandor. Y viendo á su Unigénito sentado á la diestra de su eterno Padre, pronunció y dijo aquellas primeras palabras del salmo cix, en que misteriosamente había profetizado David este

sacramento escondido: *Dijo el Señor á mi Señor, siéntate á mi diestra* (1). Sobre estas palabras (como comentándolas) hizo la divina Reina un cántico misterioso en alabanza del eterno Padre y del Verbo humanado. Y en cesando ella de hablar, prosiguió el Padre todo lo restante del salmo, como quien ejecutaba y obraba con su inmutable decreto todo lo que contienen aquellas misteriosas y profundas palabras hasta el fin del salmo inclusive. Muy dificultoso es para mí reducir á mis cortos términos la inteligencia que tengo de tan alto misterio; pero diré algo, como el Señor me lo concediere, porque se entienda en parte tan oculto sacramento y maravilla del Todopoderoso, y lo que á María santísima y á los espíritus soberanos que asistían les dió á entender el Padre eterno.

Prosiguió y dijo: *Hasta que ponga yo á tus enemigos por peana de tus pies* (2). Porque habiéndote humillado tú por mi voluntad eterna (3), has merecido la exaltación que te doy sobre todas las criaturas; y que en la naturaleza humana que recibiste reines á mi diestra por sempiterna duración que no puede desfallecer; y que por toda ella ponga yo á tus enemigos debajo de tus pies y domi-

(1) Psalm. cix, 1.—(2) Id.—(3) Philip. ii, 8, 9.

nio, como de su Dios y Redentor de los hombres; para que los mismos que no te obedecían ni admitieron vean á tu humanidad, que son tus pies, levantada y engrandecida. Y mientras no lo ejecuto (porque llegue á su fin el decreto de la redención humana) quiero que vean ahora mis cortesanos lo que después conocerán los demonios y los hombres; que te doy la posesión de mi diestra, al mismo tiempo que tú te has humillado á la muerte ignominiosa de la cruz; y que si te entrego á ella y á la disposición de su malicia, es por mi gloria y beneplácito, y para que después llenos de confusión sean puestos debajo de tus pies.

Para esto enviará el Señor la vara de tu virtud desde Sión, que domine en medio de tus enemigos (1). Porque yo, como Dios omnipotente, y que soy el que soy verdadera y realmente (2), enviaré y gobernaré la vara y cetro de virtud invencible; de manera que no solo después que hayas triunfado de la muerte con la redención humana consumada, te reconozcan por su Reparador, Guía, Cabeza y Señor de todo; pero desde luego quiero que hoy, antes de padecer la muerte, alcances admirablemente el triunfo, cuando los hombres tratan de tu ruina y te despre-

(1) Psalm. cix, 2.—(2) Exod. iii, 14.

cian. Quiero que triunfes de su maldad y de la muerte; y que en la fuerza de tu virtud sean compelidos á honrarte libremente, y te confiesen y adoren, dándote culto y veneración; y que los demonios sean vencidos y confundidos de la vara de tu virtud; y los Profetas y justos, que te esperan en el limbo, reconozcan con mis Ángeles esta maravillosa exaltación que tienes merecida en mi aceptación y beneplácito.

Contigo está el principio en el día de tu virtud, en los resplandores de los Santos te engendré yo, antes del lucero de mi fecundidad (1). En el día de esta virtud y poder que tienes para triunfar de tus enemigos, estoy yo en tí y contigo, como principio de quien procedes por eterna generación de mi fecundo entendimiento, antes que el lucero de la gracia, con que decretamos manifestarnos á las criaturas, fuese formado, y en los resplandores que gozarán los Santos, cuando fueren beatificados con nuestra gloria. Y también está contigo tu principio en cuanto hombre, y fuiste engendrado en el día de tu virtud; porque desde el instante que recibiste el ser humano por la generación temporal de tu Madre, tuviste las obras del mérito que ahora está contigo, y te hace digno

(1) Psalm. cix, 3.

de la gloria y honra que te han de coronar tu virtud en este día y en el de mi eternidad.

Juró el Señor, y no le pesará: tú eres para siempre Sacerdote según el orden de Melquisedech (1). Yo, que soy Señor y Todopoderoso para cumplir lo que prometo, determiné con firmeza, como de inmutable juramento, que tú fueses el Sumo Sacerdote de la nueva Iglesia y ley del Evangelio, según el antiguo orden del sacerdote Melquisedech; porque serás el verdadero sacerdote que ofrecerás el pan y vino que figuró la oblación de Melquisedech (2). Y no me pesará de este decreto; porque esta oblación será limpia y aceptable, y sacrificio de alabanza para mí.

El Señor á tu diestra quebrantará á los reyes en el día de su ira (3). Por las obras de tu humanidad, cuya diestra es la divinidad con ella unida, y en cuya virtud las has de obrar; y con el instrumento de tu humanidad quebrantaré yo que soy un Dios contigo (4) la tiranía y poder que han mostrádo los rectores y príncipes de las tinieblas y del mundo, así ángeles apóstatas como hombres, en no adorarte, reconocerte y servirte como á su Dios, Superior y Cabeza. Este

(1) Psalm. cix, 4. —(2) Genes. xiv, 18. —(3) Psalm. cix, 5.

(4) J oan. x, 30.

castigo ejecuté cuando no te reconoció Lucifer y sus secuaces, que fué para ellos el día de mi ira; y después llegará el de la que ejecutaré con los hombres que no te hubieren recibido, y seguido tu ley santa. A todos los quebrantaré y humillaré con mi justa indignación.

Juzgará en las naciones, llenará las ruinas; y en la tierra quebrantaré las cabezas de muchos (1). Justificada tu causa contra todos los nacidos hijos de Adán que no se aprovecharen de la misericordia que usas con ellos, redimiéndolos graciosamente del pecado y de la eterna muerte; el mismo Señor, que soy yo, juzgará en equidad y justicia á todas las naciones; y entresacando á los justos y escogidos de los pecadores y réprobos, llenará el vacío de las ruinas que dejaron los ángeles apóstatas que no conservaron su gracia y domicilio. Con esto quebrantaré en la tierra la cabeza de los soberbios, que serán muchos, por su depravada y obstinada voluntad.

Del torrente beberá en el camino; por eso levantará la cabeza (2). La engrandecerá el mismo Señor y Dios de las venganzas; y para juzgar la tierra y dar su retribución á los soberbios, se levantará; y como si bebie-

(1) Psalm. cix, 6.—(2) Psalm. cix, 7.

ra el torrente de su indignación, embriagará sus flechas en la sangre de sus enemigos (1), y con la espada de su castigo los confundirá en el camino por donde habían de llegar y conseguir su felicidad. Así levantará tu cabeza y la ensalzará sobre tus enemigos inobedientes á tu ley, infieles á tu verdad y doctrina. Esto será justificado con haber tú bebido el torrente de los oprobios y afrentas hasta la muerte de cruz, en el tiempo que obraste su redención.

Estas inteligencias y otras muchas altísimas y ocultas tuvo María santísima de las palabras misteriosas de este salmo que pronunció el eterno Padre. Aunque algunas hablan en tercera persona, pero decíalas de la suya y del Verbo humanado. Todos estos misterios se reducían principalmente á dos puntos: el uno, á las amenazas que contienen contra los pecadores, infieles y malos cristianos; porque ó no admiten al Redentor del mundo, ó no guardaron su divina ley: el otro comprende las promesas que el eterno Padre hizo á su Hijo humanado, de glorificar su santo nombre contra y sobre sus enemigos. Y como en arras ó prendas y señal de esta exaltación universal de Cristo después de su Ascensión, y más en el jui-

(1) Deut. xxxii, 42.

cio final, ordenó el Padre que recibiese en la entrada de Jerusalén aquel aplauso y gloria que le dieron sus moradores el día siguiente que sucedió esta visión tan misteriosa; y acabada desapareció el Padre y Espíritu Santo, y los Angeles que admirados asistieron á este oculto sacramento. Cristo Redentor nuestro y su beatísima Madre quedaron en divinos coloquios todo lo restante de aquella felicísima noche.

Llegado el día, que fué el que corresponde al domingo de Ramos, salió su Majestad con sus discípulos para Jerusalén, asistiéndole muchos Angeles que le alababan por verle tan enamorado de los hombres y solícito de su salud eterna. Y habiendo caminado dos leguas, poco más ó ménos, en llegando á Betfagé, envió dos discípulos á la casa de un hombre poderoso que estaba cerca, y con su voluntad le trajeron dos jumentillos (1); el uno, que nadie había usado ni subido en él. Nuestro Salvador caminó para Jerusalén, y los discípulos aderezaron con sus vestidos y capas al jumentillo y también la jumentilla; porque de entrambos se sirvió el Señor en este triunfo, conforme á las profecías de Isaías (2) y Zacarías (3), que muchos siglos antes le dejaron escrito, para

(1) Matth. XXI, 2.—(2) Isai. LXII, 11,—(3) Zach. IX, 9.

que no tuviesen ignorancia los sacerdotes y sabios de la ley. Todos los cuatro Evangelistas sagrados escribieron también este maravilloso triunfo de Cristo (1), y cuentan lo que fué visible y patente á los ojos de los circunstantes. Sucedió en el camino que los discípulos, y con ellos todo el pueblo, pequeños y grandes, aclamaron al Redentor por verdadero Mesías, Hijo de David, Salvador del mundo y Rey verdadero. Unos decían: Paz sea en el cielo y gloria en las alturas, bendito sea el que viene como Rey en el nombre del Señor; otros decían: *Hosanna Filio David*: Sálvanos, Hijo de David, bendito sea el reino que ya ha venido de nuestro padre David. Unos y otros cortaban palmas y ramos de los árboles en señal de triunfo y alegría, y con las vestiduras los arrojaban por el camino donde pasaba el nuevo triunfador de las batallas, Cristo nuestro Señor.

Todas estas obras y demostraciones de culto y admiración, que daban los hombres al Verbo divino humanado, manifestaban el poder de su divinidad, y más en la ocasión que sucedieron, cuando los sacerdotes y fariseos le aguardaban y buscaban para quitarle la vida en la misma ciudad. Porque si

(1) Matth. xxi, 1; Marc. xi, 7; Luc. xix, 35; Joan. xii, 13.

no fueran movidos interiormente con su virtud divina sobre los milagros que había obrado, no fuera posible que tantos hombres juntos, muchos de ellos gentiles, y otros enemigos declarados, le aclamaran por verdadero Rey, Salvador y Mesías, y se rindieran á un hombre pobre, humilde y perseguido, y que no venía con aparato de armas ni potencia humana; no en carros triunfantes, no en caballos soberbios y llenos de riquezas. Á lo aparente todo le faltaba, y entraba en jumentillo humilde, y contentible para el fausto y vanidad humana, fuera de su semblante, porque éste era grave, sereno y lleno de majestad, correspondiente á la dignidad oculta; pero todo lo demás era fuera y contra lo que el mundo aplaude y solemniza. Y así era manifiesta en los efectos la virtud divina que movía con su fuerza y voluntad los corazones humanos para que se rindiesen á su Criador y Reparador.

Pero á más de la conmoción universal que se conoció en Jerusalén con la divina luz que envió el Señor á los corazones de todos para que reconocieran á nuestro Salvador, se extendió este triunfo á todas las criaturas, ó á muchas más capaces de razón, para que se cumpliese lo que el Padre eterno había prometido á su Unigénito, como

queda dicho. Porque al entrar Cristo nuestro Salvador en Jerusalén, fué despachado el arcángel san Miguel á dar noticia de este misterio á los santos Padres y Profetas del limbo; y junto con esto tuvieron todos una visión particular de la entrada del Señor y de lo que en ella sucedía; y desde aquella caverna donde estaban reconocieron, confesaron y adoraron á Cristo nuestro Maestro y Señor por verdadero Dios y Redentor del mundo, y le hicieron nuevos cánticos de gloria y alabanza por el admirable triunfo que recibía de la muerte, del pecado y del infierno. Extendióse también el poder divino á mover los corazones de otros muchos vivientes en todo el mundo. Porque los que tenían fe ó noticia de Cristo Señor nuestro, no solo en Palestina y sus confines, sino en Egipto y otros reinos, fueron excitados y movidos para que en aquella hora adorasen en espíritu á su Redentor y nuestro; como lo hicieron con especial júbilo de sus corazones, que les causó la visitación é influencia de la divina luz que para esto recibieron, aunque no conocieron expresamente la causa ni el fin de aquel movimiento. Mas no fué en vano para sus almas; porque los efectos las adelantaron mucho en el creer y obrar el bien. Y para que el triunfo de la muerte que nues-

tro Salvador ganaba en este suceso fuese más glorioso, ordenó el Altísimo que aquel día no tuviese fuerzas contra la vida de alguno de los mortales, y así no murió ninguno en el mundo aquel día; aunque naturalmente murieran muchos, sino lo impidiera el poder divino, para que en todo fuese admirable el triunfo.

○ A esta victoria de la muerte se siguió la del infierno, que fué más gloriosa, aunque más oculta. Porque al punto que comenaron los hombres á invocar y aclamar á Cristo nuestro Maestro por Salvador y Rey que venía en el nombre del Señor, sintieron los demonios contra sí el poder de su diestra, que los derribó á todos cuantos estaban en el mundo de sus lugares, y los arrojó á los profundos calabozos del infierno. Y por aquel breve tiempo que Cristo prosiguió esta jornada, ningún demonio quedó sobre la tierra, sino que todos cayeron al profundo con grande rabia y terror. Desde entonces sospecharon que el Mesías estaba ya en el mundo con más certeza que hasta allí habían tenido, y luego confirieron entre sí este recelo, como diré en el capítulo siguiente. Prosiguió el Salvador del mundo su triunfo hasta entrar en Jerusalén, y los santos Angeles, que lo miraban y acompañaban, le cantaron nuevos himnos de loores y divini-

dad con admirable armonía. Entrando en la ciudad con júbilo de todos los moradores, se apeó del jumentillo, y encaminó sus pasos hermosos y graves al templo, donde con admiración de todos sucedió lo que refieren los Evangelistas de las maravillas que allí obró (1). Derribó las mesas de los que vendían y compraban en el templo, celando la honra de la casa de su Padre; y echó fuera á los que la hacían casa de negociación y cueva de ladrones. Pero al punto que cesó el triunfo, suspendió la diestra del Señor el influjo que daba á los corazones de aquellos moradores de Jerusalén. Aunque los justos quedaron mejorados, y muchos justificados; otros se volvieron al estado de sus vicios y malos hábitos y ejercicios imperfectos; porque no se aprovecharon de la luz ni de las inspiraciones que les envió la disposición divina. Y aunque tantos habían aclamado y reconocido á Cristo nuestro Señor por Rey de Jerusalén, no hubo quien le hospedase ni recibiese en su casa (2).

Estuvo su Majestad en el templo enseñando y predicando hasta la tarde. Y en confirmación de la veneración y culto que se le había de dar á aquel lugar santo y casa de oración, no consintió que le trajesen agua

(1) Matth. xxi, 12; Luc. 45—(2) Marc. xi, 11.

para beber; y sin recibir éste ni otro refrigerio, volvió aquella tarde á Betania (1), de donde había venido, y después los días siguientes hasta su pasión volvió á Jerusalén. La divina Madre y Señora María santísima estuvo aquel día en Betania retirada á solas para ver desde allí con una particular visión todo lo que sucedía en el admirable triunfo de su hijo y Maestro. Vió lo que hacían los espíritus soberanos en el cielo, los hombres en la tierra, y lo que sucedió á los demonios en el infierno; y cómo el eterno Padre en todas estas maravillas ejecutaba y cumplía las promesas que antes había hecho á su Unigénito humanado dándole la posesión del imperio y dominio de todos sus enemigos. Vió también cuánto hizo nuestro Salvador en esta ocasión y en el templo. Entendió aquella voz del Padre que descendió del cielo en presencia de los circunstantes; y respondiendo á Cristo nuestro Salvador le dijo: *Yo te clarifiqué, y otra vez te clarificaré* (2). Donde dió á entender que á más de la gloria y triunfo que el Padre había dado al Verbo humanado aquel día, y en los demás que se han referido, le clarificaría y ensalzaria en lo futuro después de su muerte, porque todo lo comprenden las pa-

(1) Matth. XXI, 17, 18.—(2) Joan. XII, 28.

labras del eterno Padre: y así lo entendió y penetró su beatísima Madre, con admirable júbilo de su espíritu purísimo.

*Doctrina de la misma Reina y Señora
María Santísima.*

Hija mía, algo has escrito, y más has conocido de los ocultos misterios del triunfo de mi Hijo santísimo el día que entró en Jerusalén y lo que precedió á él; pero mucho más es lo que conocerás en el mismo Señor, porque en la vida mortal no lo podéis penetrar los viadores. Con todo eso tienen bastante doctrina y desengaño en lo que se les ha manifestado para conocer cuán levantados son los juicios del Señor, y cuán diferentes de los pensamientos de los hombres (1). El Altísimo mira al corazón de las criaturas (2) y al interior, donde está la hermosura de la hija del rey (3); y los hombres á lo aparente y sensible. Por eso en los ojos de su sabiduría los justos y escogidos son estimados y levantados, cuando se abaten y humillan; y los soberbios son humillados y aborrecidos, cuando se levantan. Esta ciencia, hija mía, es de pocos entendida, y por eso los hijos de las tinieblas no saben

(1) Isai. LV, 9.—(2) I Reg. XVI, 7.—(3) Psalm. XLIV, 14.

apetecer ni buscar otra honra ni exaltación más de la que les da el mundo. Y aunque los hijos de la Iglesia santa confiesan y conocen que ésta es vana y sin sustancia, y que no permanece más que la flor y el heno; con todo eso no practican esta verdad. Y como no les da su conciencia el testimonio fiel de las virtudes y luz de la gracia, solicitan el crédito de los hombres, y el aplauso y gloria que les pueden dar, aunque todo es falso, engañoso y lleno de mentira; porque solo Dios es el que sin engaño honra y levanta al que lo merece. El mundo de ordinario trueca las suertes, y da sus honras á quien menos las merece, ó á quien más ambicioso y sagaz las procura y solicita.

Aléjate, hija mía, de este engaño, y no te aficiones al gusto de las alabanzas de los hombres, ni admitas sus lisonjas y agasajos. Da á cada cosa el nombre y la estimación que merece; que en esto andan muy á ciegas los hijos de este siglo. Ninguno de los mortales pudo merecer la honra y aplauso de las criaturas como mi Hijo santísimo; y con todo eso, la que le dieron en la entrada de Jerusalén, la dejó y despreció; porque solo era para manifestar su poder divino, y para que después fuese más ignominiosa su pasión; y para enseñar en esto á los hombres que las honras visibles del mundo na-

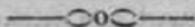
die las debe admitir por sí mismas, si no hay otro fin más alto de la gloria y exaltación del Altísimo á donde reducirlas; que sin esto son vanas é inútiles, sin fruto ni provecho; pues no está en ellas la felicidad verdadera de las criaturas capaces de la eterna. Y porque te veo deseosa de saber la razón por qué yo no me hallé presente con mi Hijo santísimo en este triunfo, quiero responder á tu deseo, acordándote lo que muchas veces has escrito en esta Historia de la visión que yo tenía de las obras interiores de mi amado Hijo en el espejo purísimo de su interior. Con esta visión conocía en su voluntad cuándo y para qué se quería ausentar de mí. Luego puesta á sus pies le suplicaba me declarase su voluntad y gusto en lo que yo debía hacer: y su Majestad algunas veces me lo mandaba y declaraba determinadamente y con expreso orden; otras veces lo dejaba y remitía á mi elección, para que yo la hiciese con el uso de la divina luz y prudencia que me había dado. Esto hizo en la ocasión que determinaba entrar en Jerusalén triunfando de sus enemigos, y dejó en mi mano el acompañarle ó quedarme en Betania: y yo le pedí licencia para no hallarme presente á esta misteriosa obra, y le supliqué me llevase después consigo cuando volviese á padecer y morir; porque juzgué por más

acértado y agradable á sus ojos ofrecerme á padecer las ignominias y dolores de su pasión, que participar de la honra visible que le daban los hombres, de que á mí, como á su Madre, me tocaría algo, hallándome presente y conociéndome los que le bendecían y alababan; y porque este aplauso (á mas de que para mí no era apetecible) conócía le ordenaba el Señor para demostración de su divinidad y poder infinito, en que yo no tenía parte; ni con la honra que á mí me dieran entonces aumentaba la que se le debía como á Salvador único del linaje humano. Y para gozar yo á solas de este misterio y glorificar al muy alto en sus maravillas, tuve en mi retiro la inteligencia y visión de todo lo que has escrito. Esto será para tí doctrina y enseñanza en mi imitación; sigue mis pasos humildes, abstrae tu afecto de todo lo terreno, levántate á las alturas, con que huirás de las honras humanas, y las aborrecerás conociendo á la luz divina que son vanidad de vanidades y aflicción de espíritu (1).

(1) Eccles. I, 14.



CAPÍTULO II.



JÚNTANSE LOS DEMONIOS EN EL INFIERNO Á CONFERIR SOBRE
EL TRIUNFO DE CRISTO SALVADOR NUESTRO EN JERU-
SALÉN; Y LO QUE RESULTÓ DE ESTA JUNTA,
Y OTRA QUE HICIERON LOS PONTÍFICES
Y FARISEOS EN JERUSALÉN.



Todos los misterios que en sí contiene el triunfo de nuestro Salvador fueron grandes y agradables, como queda dicho; pero no es de menor admiración en su género el oculto secreto de lo que sintió el infierno oprimido del poder divino, cuando los demonios fueron arrojados á él, entrando su Majestad en Jerusalén. Estuvieron desde el domingo, que les sucedió esta ruina, hasta el martes, dos días enteros en el aterramiento que les causó la diestra del Altísimo, llenos de penoso y confuso furor, y con aullidos horribles lo manifestaban á todos los condenados; y toda aquella turbulenta república recibió nuevo asombro y

tormento sobre lo acostumbrado. El príncipe de aquellas tinieblas Lucifer, más confuso que todos, congregó en su presencia á cuantos demonios estaban en el infierno, y tomando un lugar más eminente, como superior, les habló y dijo:

No es posible que no sea más que profeta este hombre que así nos persigue, y arruina nuestro poder y quebranta mis fuerzas. Porque Moisés, Elías y Eliseo y otros antiguos enemigos nuestros nunca nos vencieron con tanta violencia, aunque hacían otras maravillas, ni tampoco se me han ocultado tantas obras de los otros como de este; en particular de las de su interior, de que alcanzo á conocer muy poco. Y uno que solo es hombre, ¿cómo pudiera hacer esto y manifestar tan supremo poder sobre todas las cosas, como generalmente publican? Y sin inmutarse ni engreirse recibe las alabanzas y gloria que por ellas le dan los hombres. Y en este triunfo que ha tenido entrando en Jerusalén ha mostrado nuevo poder contra nosotros y el mundo; pues yo me hallo con inferiores fuerzas para lo que deseo, que es destruirle y borrar su nombre de la tierra de los vivientes (1). En esta ocasión que tenemos presente, no solamente los suyos le han

(1) Jerem. xi, 19.

celebrado y aclamado por bienaventurado, pero muchos que yo tenía en mi dominio hicieron lo mismo, y aun le llamaron Mesías y el prometido en su ley; y á todos los rindió á su veneración y adoración. Mucho es esto para solo puro hombre; y si éste no es más, ninguno otro tuvo tan de su parte el poder de Dios, y con él nos hace y hará grandes daños; porque después que fuimos arrojados del cielo, nunca tales ruinas hemos padecido, ni conocido tal virtud como después que vino este hombre al mundo. Y si acaso es el Verbo humanado (como sospechamos) pide grande acuerdo este negocio; porque si consentimos que viva, con su ejemplo y doctrina se llevará tras de sí á todos los hombres. Por el odio que con él tengo, he procurado quitarle la vida algunas veces, y no lo he conseguido; porque en su patria, que procuré le despeñasen de un monte, él con su poder burló de los que iban á ejecutarlo (1). Otra vez dispuse que le apedreasen en Jerusalén, y se les desapareció á los fariseos.

Ahora tengo la materia mejor dispuesta con su amado discípulo y nuestro amigo Judas, porque le he arrojado al corazón una

(1) Luc. iv, 30; Joan. x, 39.

sugestión de que venda y entregue á su Maestro á los fariseos, á los cuales tengo también prevenidos con furiosa envidia, que sin duda le darán la muerte muy cruel, como lo desean. Y solo aguardan ocasión oportuna, y esta la voy disponiendo con toda mi diligencia y astucia; porque Judas y los escribas y pontífices harán todo cuanto yo les propusiere. Pero con todo eso hallo en esto un gran tope, que pide mucha atención; porque si este hombre es el Mesías que esperan los de su pueblo, ofrecerá la muerte y sus trabajos por la redención de los hombres, y satisfará y merecerá por todos y para todos infinitamente. Abrirá el cielo, y subirán los mortales á gozar los premios que Dios nos ha quitado á nosotros, y será este nuevo y duro tormento, sino lo prevenimos para impedirlo. A más de esto dejará este hombre en el mundo, padeciendo y mereciendo, nuevo ejemplo de paciencia para los demás; porque es mansísimo y humilde de corazón, y jamás le he visto impaciente ni turbado; y esto mismo enseñará á todos, que es lo más aborrecible para mí, porque me ofenden grandemente estas virtudes, y á todos los que siguen mi dictamen y pensamientos. Por estas razones conviene para nuestro intento conferir lo que debemos hacer en perseguir á este Cristo y nue-

vo hombre, y que todos me digáis lo que entendéis en este negocio.

Sobre esta propuesta de Lucifer tuvieron largas conferencias aquellos príncipes de las tinieblas, enfureciéndose con nuestro Salvador con increíble saña, y lamentándose del engaño que ya juzgaban habían padecido en pretender su muerte con tanta astucia y malicia; y con ella misma reduplicada pretendieron desde entonces retractar lo hecho, y atajar que no muriese, porque ya estaban confirmados en la sospecha de que era el Mesías, aunque no acababan de conocerlo con firmeza. Este recelo fué para Lucifer de tanto escándalo y tormento, que aprobando el nuevo decreto de impedir la muerte del Salvador, concluyó el conciliábulo y dijo: Creedme, amigos, que si este hombre es también Dios verdadero, con su padecer y morir salvará á todos los hombres, y nuestro imperio quedará destruido, y los mortales serán levantados á nuevas dichas y potestad contra nosotros. Muy errados andamos en procurarle la muerte. Vamos luego á reparar nuestro propio daño.

Con este acuerdo salió Lucifer y todos sus ministros á la tierra y ciudad de Jerusalén y de aquí resultaron algunas de las diligencias que hicieron con Pilatos y su mujer como consta de los Evangelis-

tas (1), para excusar la muerte del Señor, y otras que no están en la historia del Evangelio, pero fueron ciertas. Porque ante todas cosas emprendieron á Judas, y con nuevas sugerencias procuraron disuadirle la venta que tenía concertada de su divino Maestro. Y como no se movió á revocar sus intentos y desistir de ellos, se le apareció el demonio en forma corporal y visible, y le habló, procurando con razones inducirle á que no tratase de quitar la vida á Cristo por medio de los fariseos. Y conociendo el demonio la desmedida codicia de el avariento discípulo, le ofreció mucho dinero, porque no le entregase á sus enemigos. En todo esto puso Lucifer más cuidado que antes había puesto para inducirle al pecado de vender á su mansísimo y divino Maestro.

Pero ¡ay dolor de la miseria humana, que habiéndose rendido Judas al demonio para obedecerle en la maldad, no pudo hacerlo para retractarla! Porque no estaba de parte del enemigo la fuerza de la divina gracia, y sin ella son vanas todas las persuasiones y diligencias extrañas para dejar el pecado y seguir el verdadero bien. No era imposible para Dios reducir á la virtud el corazón

(1) Matth. xxvii, 19; Luc. xxiii, a v. 4; Joan. xviii, 38.

de aquel alevoso discípulo; pero no era medio conveniente para este fin la persuasión del demonio que le había derribado de la gracia. Y para no darle el Señor otros auxilios, tenía justificada la causa de su equidad inefable, pues había llegado Judas á tan dura obstinación en medio de la escuela del divino Maestro, resistiendo tantas veces á su doctrina, inspiraciones y grandes beneficios; despreciando con formidable temeridad sus consejos, los de su santísima Madre y dulcísima Señora; el ejemplo vivo de sus vidas, conversación y de los demás Apóstoles. Contra todo esto había forcejado el impío discípulo con pertinacia más que de demonio y que de hombre libre para el bien; y habiendo corrido tan larga carrera en el mal, llegó á estado que el odio concebido contra su Salvador y contra la Madre de misericordia le hizo inepto para buscarla; indigno de la luz para conocerla, y como insensible para la misma razón y ley natural que le pudiera retardar en ofender al Inocente de cuyas manos había recibido tan liberales beneficios. Raro ejemplo y escarmiento para la fragilidad y estulticia de los hombres, que con ella pueden en semejantes peligros caer y perecer, porque no los temen, y llegar á tan infeliz y lamentable ruina.

Dejaron los demonios á Judas desconfiados de reducirle y fuéronse á los fariseos, intentando la misma demanda por medio de muchas sugerencias y pensamientos que les arrojaron para que no persiguieran á Cristo nuestro Bien y Maestro. Pero sucedió lo mismo que con Judas, por las mismas razones; que no pudieron traerlos á que retractaran su intento y revocaran la maldad que tenían fraguada. Aunque por motivos humanos se movieron algunos de los escribas á reparar si les estaría bien lo que determinaban; más como no eran asistidos de la gracia, luego los volvió á vencer el odio y envidia que contra el Señor habían concebido. De aquí resultaron las diligencias que hizo Lucifer con la mujer de Pilatos y con él mismo; porque á ella la incitaron, como consta del Evangelio, para que con piedad mujeril previniese á Pilatos no se metiese en condenar aquel hombre justo (1). Con esta persuasión y otras que representaron al mismo Pilatos, le obligaron los demonios á tantos reparos como hizo para excusar la sentencia de muerte contra el inocente Señor, de que adelante hablaré lo que fuere necesario. Como ninguna de estas diligencias se le logró á Lucifer y á sus ministros, reconociéndose

desconfiados, mudaron el medio y se enfurecieron de nuevo contra el Salvador, y movieron á los fariseos, á los verdugos y ministros, para que no pudiendo impedir su muerte, se la diesen atropelladísima, y le atormentasen con la impía crueldad que lo hicieron, para irritar su invencible paciencia. A esto dió lugar el mismo Señor para los altos fines de la redención humana; aunque impidió no ejecutasen los sayones algunas atrocidades menos decentes, que los demonios les administraban contra la venerable persona y humanidad del Salvador, como diré adelante.

El miércoles siguiente á la entrada de Jerusalén (1), fué el día que Cristo nuestro Señor se quedó en Betania sin volver al templo, se juntaron de nuevo en casa del pontífice Caifás los escribas y fariseos (2), para maquinár dolosamente la muerte del Redentor del mundo (3); porque los había irritado con mayor envidia el aplauso que en la entrada de Jerusalén habían hecho con su Majestad todos los moradores de la ciudad. Esto cayó sobre el milagro de resucitar á Lázaro, y las otras maravillas que aquellos días había obrado Cristo nuestro Señor en el templo; y habiendo resuelto convenía qui-

(1) Matth. xxvi, 17—(2) Ibid. 3.—(3) Ibid. 4; Marc. xrv, 1.

tarle la vida, paliando esta impía crueldad con pretexto del bien público, como lo dijo Caifás (1), profetizando lo contrario de lo que pretendía. El demonio, que los vió resueltos, puso en la imaginación de algunos no ejecutasen este acuerdo en la fiesta de la Pascua, no se alborotase el pueblo, que veneraba á Cristo nuestro Señor como Mesías ó gran profeta. Esto hizo Lucifer, para ver si con dilatar la muerte del Señor podría impedirle. Mas como Judas estaba ya entregado á su misma codicia, y maldad, y destituido de la gracia que para revocarla era menester, acudió al concilio de los pontífices muy azorado é inquieto, y trató con ellos de la entrega de su Maestro, y se remató la venta con treinta dineros (2), contentándose con ellos por precio del que encierra en sí todos los tesoros del cielo y de la tierra; y por no perder los pontífices la ocasión atropellaron con el inconveniente de ser Pascua. Así estaba dispuesto por la Sabiduría infinita, cuya providencia lo disponía.

Al mismo tiempo sucedió lo que refiere san Mateo que dijo nuestro Redentor á sus discípulos: *Sabed que después de dos días sucederá, que el Hijo del Hombre será entregado para ser crucificado* (3). No estaba Judas

(1) Joan. xi, 49.—(2) Matth. xxvi, 15.—(3) Ibid. 2.

presente á estas palabras, y con el furor de la traición volvió luego á los Apóstoles, y como pérfido y descreído, andaba inquiriendo y preguntando á sus compañeros, y al mismo Señor y su beatísima Madre, á qué lugar habían de ir desde Betania, y que determinaba su Maestro hacer aquellos días. Todo esto preguntaba é inquiría dolosamente el pérfido discípulo, para disponer mejor la entrega de su Maestro, que dejaba contratada con los príncipes de los fariseos. Con estos fingimientos y disimulaciones pretendía Judas paliar su alevosía como hipócrita. Mas no solo el Salvador, sino también la prudentísima Madre, conocía su redoble y depravada intención; porque los santos Ángeles le dieron luego cuenta del contrato que dejaba hecho con los pontífices, para entregársele por treinta dineros. Y aquel día se llegó el traidor á preguntar á la gran Señora á donde determinaba ir su Hijo santísimo para la Pascua. Y ella con increíble mansedumbre le respondió; *¿Quién podrá entender, ó Judas, los juicios y secretos del Altísimo?* Desde entonces le dejó de amonestar y exhortar para que se retractase de su pecado; aunque siempre el Señor y su Madre le sufrieron y toleraron, hasta que él mismo desesperó del remedio y salud eterna. Pero la más mansísima paloma, conociendo

la ruina irreparable de Judas, y que ya su Hijo santísimo sería luego entregado á sus enemigos, hizo tiernos llantos en compañía de los Ángeles, porque no podía con otra alguna criatura conferir su íntimo dolor; y con estos espíritus celestiales soltaba el mar de su amargura, y decía palabras de gran peso, sabiduría y sentimiento, con admiración de los mismos Ángeles, viendo en una criatura tan nuevo modo de obrar con perfección tan alta, en medio de aquella tribulación y dolor tan amargo.

Doctrina de la Reina del cielo.

Hija mía, todo lo que has entendido y escrito en este capítulo contiene grande enseñanza y misterios en beneficio de los mortales, si con atención los consideran. Lo primero, debes ponderar con discreción que como mi Hijo santísimo vino á deshacer las obras del demonio (1) y vencerle, para que no tuviese tantas fuerzas contra los hombres, fué consiguiendo para este intento, que dejándole en el ser de su naturaleza de ángel y en la ciencia habitual que le correspondía, con todo eso le ocultase muchas cosas, como en otras partes has escrito, para

(1) Joan. III, 8.

que no llegando á conocerlas, se reprimiese la malicia de este dragón con el modo más conveniente á la suave (1) y fuerte providencia del Altísimo. Por esto se le ocultó la unión hipostática de las dos naturalezas divina y humana; y anduvo tan alucinado en este misterio, que se confundió, y anduvo variando en discursos y determinaciones fabulosas hasta que á su tiempo le hizo mi Hijo santísimo que le conociese, y que su alma divinizada había sido gloriosa desde el instante de su concepción. Asimismo le ocultó algunos milagros de su vida santísima, y le dejaba conocer otros. Esto mismo sucede ahora con algunas almas, que no consiente mi Hijo santísimo conozca el enemigo todas sus obras, aunque naturalmente las pudiera conocer; porque se las esconde su Majestad, para conseguir sus altos fines en beneficio de las almas. Y después suele dejarle que las conozca, para mayor confusión del mismo demonio; como sucedió en las obras de la redención, cuando para su tormento y mayor opresión dió lugar el Señor á que las conociese. Por esta razón anda la serpiente y dragón infernal acechando á las almas para rastrear sus obras, no solo interiores, sino también las exteriores. Tan-

(1) Sap. viii, 1.

to es el amor que tiene mi Hijo santísimo á las almas, después que nació y murió por ellas.

Este beneficio fuera más general y continuo con muchas, si ellas mismas no le impidieran desmereciéndole y entregándose á su enemigo, escuchando sus falsas sugestiones y consejos llenos de malicia y engaño. Y como los justos y señalados en la santidad vienen á ser instrumentos en la mano del Señor, que los gobierna y rige él mismo y no consiente que otro alguno los mueva, porque del todo se entregan á su divina disposición; así por el contrario sucede á muchos réprobos y olvidados de su Criador y Reparador, que entregándose por medio de repetidos pecados en manos del demonio, los arrastra y mueve á toda maldad, y se sirve de ellos para todo lo que desea su depravada malicia, como sucedió al pérfido discípulo y á los fariseos homicidas de su mismo Redentor. Y ninguno de los mortales tiene disculpa en este daño; pues así como Judas y los pontífices no consintieron con su libre voluntad en el consejo del demonio para dejar de perseguir á Cristo nuestro Señor; pudieran mucho mejor no consentir con él en la determinación de perseguirle, que les persuadió el mismo demonio; pues para resistir esta tentación les asistió

el auxilio de la gracia, si quisieran cooperar con ella; y para no retroceder del pecado, solo se valieron de su libre albedrío y malos hábitos. Y si les faltó entonces la gracia y moción del Espíritu Santo, fué porque de justicia se les debía negar, por haberse rendido y sujetado ellos al demonio, para obedecerle en toda maldad y para dejarse gobernar de sola su perversa voluntad, sin respeto á la bondad y poder de su Criador.

De aquí entenderás como esta serpiente infernal nada puede para mover al bien obrar, y mucho para inducir y llevar al pecado, si las almas no advierten y previenen su peligroso estado. Y de verdad te digo, hija mía, que si los mortales le conocieran con la ponderación digna que pide, les causara grande asombro, porque entregada una alma al pecado, no hay potencia criada que la pueda revocar ni detener, para que no se despeñe de un abismo en otro; y el peso de la naturaleza humana, después del pecado de Adán, inclina al mal como la piedra al centro, mediante las pasiones de la concupiscible é irascible; y juntando á esto las inclinaciones de los malos hábitos y costumbres, y el dominio y fuerza que cobra el demonio contra el que peca, y la tiranía con que lo ejecuta, ¿quién habrá tan ene-

migo de sí mismo que no tema este peligro? Solo el poder infinito le librará, y solo á su diestra está reservado el remedio. Y siendo esto así que no hay otro, con todo eso viven los mortales tan seguros y descuidados en su perdición, como si estuviera en su mano revocarla y repararla cuando quisieren. Y aunque muchos confiesan y conocen la verdad de que no pueden levantarse de su ruina sin el brazo del Señor; pero con este conocimiento habitual y remiso, en lugar de obligarle á que les dé la mano de su poder, le desobligan, irritan y quieren que Dios les esté aguardando con su gracia, para cuando ellos se cansaren de pecar ó no pudieren extender más su malicia y estulticia llena de ingratitude,

Teme, carísima, este formidable peligro, y guárdate del primer pecado, que con él resistirás menos al segundo, y tu enemigo cobrará fuerzas contra tí. Advierte que tu tesoro es grande y el vaso es frágil (1), y con un yerro puedes perderlo todo. La cautela y sagacidad de la serpiente contra tí es grande, y tú eres menos astuta. Por eso te conviene recoger tus sentidos y cerrarlos á todo lo visible; retirar tu corazón al castillo murado de la protección y refugio del Altí-

(1) II Cor. iv, 7.

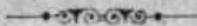
simo, de donde resistirás á la inhumana batería con que te procura perseguir. Y para que temas como debes, baste contigo el castigo á donde llegó Judas, como lo has entendido. En lo demás que has advertido de mi imitación, para perdonar á los que te persiguen y aborrecen, amarlos y tolerarlos con caridad y paciencia, y pedir por ellos al Señor con verdadero celo de su salvación, como lo hice con el traidor Judas; ya estás advertida muchas veces, y en esta virtud quiero que seas extremada y señalada, y que la enseñes y platiques con tus religiosas y con todos los que tratares; porque á vista de la paciencia y mansedumbre de mi Hijo santísimo y mía, será de intolerable confusión para los malos y todos los mortales que no se hayan perdonado unos á otros con fraternal caridad. Y los pecados de odio y venganza serán castigados en el juicio con mayor indignación; y en la vida presente son los que más alejan de los hombres la misericordia infinita para su perdición eterna, si no se enmiendan con dolor. Los que son blandos y suaves con los que los ofenden y persiguen y olvidan los agravios, tienen una particular similitud respectivamente con el Verbo humanado, que siempre andaba buscando, perdonando y beneficiando á los pecadores. Imitándole en

está caridad y mansedumbre de cordero, se dispone el alma y tiene una como cualidad engendrada de la caridad y amor de Dios y del prójimo, que la hace materia dispuesta para recibir los influjos de la gracia y favores de la diestra divina.





CAPÍTULO III.



DESPÍDESE CRISTO NUESTRO SALVADOR DE SU MADRE SANTÍ-
SIMA EN BETANIA PARA IR Á PADEÇER EL JUEVES DE LA
CENA; PÍDELE LA GRAN SEÑORA LA COMUNIÓN PARA
SU TIEMPO, Y SÍGUELE Á JERUSALÉN CON LA MAGDA-
LENA Y OTRAS SANTAS MUJERES.

PARA continuar el discurso de esta his-
toria dejamos en Betania al Salva-
dor del mundo, después que volvió
del triunfo de Jerusalén, acompañado de
sus Apóstoles. En el capítulo precedente he
dicho anticipadamente lo que antes de la en-
trega de Cristo hicieron los demonios, y
otras cosas que resultaron de su infernal ar-
bitrio y de la traición de Judas y concilio
de los fariseos. Volvamos ahora á lo que su-
cedió en Betania, donde la gran Reina asis-
tió y sirvió á su Hijo santísimo aquellos
tres días que pasaron desde el domingo de
Ramos hasta el jueves. Todo este tiempo
gastó el Autor de la vida con su divina Ma-
dre, salvo el que ocupó en volver á Jerusa-

lén y enseñar en el templo los dos días lunes y martes; porque el miércoles no subió á Jerusalén, como ya he dicho. En estos últimos viajes informó á sus discípulos con más abundancia y claridad de los misterios de su pasión y redención humana. Pero con todo esto, aunque oían la doctrina y avisos de su Dios y Maestro, respondía cada uno según la disposición con que la oía y recibía, y según los efectos que en ellos causaba y los afectos que movía; siempre estaban algo tardos, y como flacos no cumplieron en la pasión lo que antes ofrecieron, como el suceso lo manifestó y adelante veremos.

Con la beatísima Madre comunicó y trató nuestro Salvador aquellos días inmediatos á su pasión tan altos sacramentos y misterios de la redención humana y de la nueva ley de gracia, que muchos de ellos estarán ocultos hasta la vista del Señor en la patria celestial. De los que yo he conocido puedo manifestar muy poco: más en el prudentísimo pecho de nuestra gran Reina depositó su Hijo santísimo todo lo que llamó David incierto y oculto de su sabiduría (1); que fué el mayor de los negocios que el mismo Dios tenía por su cuenta en las obras *ad extra*, cual fué nuestra reparación, glori-

(1) Psalm. 1., 8.

ficación de los predestinados, y en ella la exaltación de su santo nombre. Ordenóla su Majestad todo lo que había de hacer la prudentísima Madre en el discurso de la pasión y muerte que por nosotros iba á recibir, y la previno de nueva luz y enseñanza. Y en todas estas conferencias la habló el Hijo santísimo con nueva majestad y grandiosa severidad de Rey, conforme la importancia de lo que trataban; porque entonces de todo punto cesaron los regalos y caricias del Hijo y Esposo. Mas como el amor natural de la dulcísima Madre y la caridad encendida de su alma purísima habían llegado á tan alto grado sobre toda ponderación criada, y se acercaba el término de la conversación y trato que había tenido con el mismo Dios é Hijo suyo, no hay lengua que pueda manifestar los efectos tiernos y dolorosos de aquel candidísimo corazón de la Madre, y los gemidos que de lo más íntimo de él despedía, como tórtola misteriosa que ya comenzaba á sentir su soledad, que todo lo restante del cielo y tierra entre las criaturas no podían recompensar.

Llegó el jueves, víspera de la pasión y muerte de el Salvador; y este día antes de salir la luz llamó el Señor á su amantísima Madre, y ella respondió postrada á sus pies, como lo tenía de costumbre, y le dijo: *Hablad,*

« Señor y Dueño mio, que vuestra sierva oye.
 « Levantóla su Hijo santísimo del suelo don-
 « de estaba postrada, y hablándola con gran-
 « de amor y serenidad la dijo: «Madre mía,
 « « llegada es la hora determinada por la eter-
 « na sabiduría de mi Padre para obrar la sa-
 « lud y redención humana, que me enco-
 « mENDó su voluntad santa y agradable:
 « « razón es que se ejecute el sacrificio de la
 « « nuestra, que tantas veces la habemos o-
 « « frecido. Dadme licencia para ir á padecer
 « « y morir por los hombres, y tened por bien
 « « como verdadera madre, que me entregue
 « « á mis enemigos para cumplir con la obe-
 « « diencia de mi eterno Padre; y por ella mis-
 « « ma cooperad conmigo en la obra de la sa-
 « « lud eterna, pues recibí de vuestro virginal
 « « vientre la forma de hombre pasible y mor-
 « « tal, en que se ha de redimir el mundo y
 « « satisfacer á la divina justicia. Y como vues-
 « « tra voluntad dió el *fiat* (1) para mi encar-
 « « nación, quiero que le deis ahora para mi
 « « pasión y muerte de cruz; y el sacrificarme
 « « de vuestra voluntad á mi eterno Padre se-
 « « rá el retorno de haberos hecho Madre mía;
 « « pues él me envió para que por medio de
 « « la pasibilidad de mi carne recobrase las

(2) Luc. 1, 38.

«ovejas perdidas de su casa, que son los
«hijos de Adán.»

Estas y otras razones que dijo nuestro Salvador traspasaron el amantísimo corazón de la Madre de la vida, y le pusieron de nuevo en la prensa más ajustada de dolor que jamás hasta entonces había padecido, porque llegaba ya aquella hora, y no hallaba apelación su dolorosa pena, ni al tiempo, ni á otro superior tribunal, sobre el decreto eficaz del eterno Padre, que determinaba aquel plazo para la muerte de su Hijo. Como la prudentísima Madre le miraba como á Dios infinito en atributos y perfecciones y como á verdadero hombre, unida su humanidad á la persona del Verbo, y santificada con sus efectos y debajo de esta dignidad inefable, confería la obediencia que le había mostrado cuando su alteza le criaba como Madre, los favores que de su mano había recibido en tan larga compañía; y que luego carecería de ellos y de la hermosura de su rostro, de la dulzura eficaz de sus palabras, y que no solo le faltaría junto todo esto en una hora, pero que le entregaba á los tormentos é ignominias de su pasión, y al cruento sacrificio de la muerte y de la cruz, y le daba en manos de tan impíos enemigos. Todas estas noticias y consideraciones, que entonces eran más vivas en la pru-

dentísima Madre, penetraron su amoroso y tierno corazón con dolor verdaderamente inexplicable. Mas con la grandeza de Reina, venciendo á su invencible pena, se volvió á postrar á los pies de su Hijo y Maestro divino, y besándolos con suma reverencia, le respondió y dijo:

« Señor y Dios altísimo, autor de todo lo
« que tiene ser, esclava vuestra soy, aunque
« sois hijo de mis entrañas, porque vuestra
« dignación de inefable amor me levantó del
« polvo á la dignidad de Madre vuestra; ra-
« zón es que este vil gusanillo sea reconoci-
« do y agradecido á vuestra liberal clemen-
« cia, y obedezca á la voluntad del eterno
« Padre y vuestra. Yo me ofrezco y me re-
« signo en su divino beneplácito, para que
« en mí como en Vos, Hijo y Señor mío, se
« cumpla y ejecute su voluntad eterna y
« agradable. El mayor sacrificio que puedo
« yo ofrecer, será el no morir con Vos, y
« que no se truequen estas suertes; porque
« el padecer en vuestra imitación y compa-
« ñía será grande alivio de mis penas y to-
« das dulces á vista de las vuestras. Bastá-
« rame por dolor el no poderos olvidar en
« los tormentos que por la salud humana
« habéis de padecer. Recibid, ó bien mío,
« el sacrificio de mis deseos, que os vea yo
« morir quedando con la vida, siendo Vos

« cordero inocentísimo y figura de la sustan-
« cia de vuestro eterno Padre (1). Recibid
« también el dolor de que yo vea la inhuma-
« na crueldad de la culpa del linaje humano
« ejecutada por mano de vuestros crueles
« enemigos en vuestra dignísima persona.
« ¡Oh cielos y elementos con todas las cria-
« turas que estáis en ellos, espíritus sobera-
« nos, santos Patriarcas y Profetas, ayudad-
« me todos á llorar la muerte de mi Amado
« que os dió el ser, y llorad conmigo la in-
« feliz miseria de los hombres, que serán la
« causa de esta muerte, y perderán después
« la eterna vida, la cual les ha de m recer y
« ellos no se aprovecharán de tan grande
« beneficio! ¡Oh infelices prescitos, y dicho-
« sos predestinados, que se lavaron vues-
« tras estolas en la sangre del Cordero! (2)
« Vosotros, que supisteis aprovecharos de
« este beneficio, alabad al Todopoderoso.
« Oh Hijo mío y bien infinito de mi alma,
« dad fortaleza y virtud á vuestra afligida
« Madre y admitidla por vuestra discípula
« y compañera, para que participe de vues-
« tra pasión y cruz y con vuestro sacrificio
« reciba el eterno Padre el mío como Madre
« vuestra.»

Con estas y otras razones, que no puedo

(1) Hebr. 1, 3—(2) Apoc. vii, 14.

explicar con palabras, respondió la Reina del cielo á su Hijo santísimo, y se ofreció á la imitación y participación de su pasión, como cooperadora y coadjutora de nuestra redención. Luego le pidió licencia para proponerle otro deseo y petición, prevenida muy de lejos con la ciencia que tenía de todos los misterios que el Maestro de la vida había de obrar en el fin de ella; y dándola licencia su Majestad, añadió la purísima Madre, y dijo: «Amado de mi alma y lumbre
« de mis ojos, no soy digna, Hijo mío, de lo
« que anhela mi corazón á pedirlos; pero
« Vos, Señor, sois aliento de mi esperanza,
« y en esta fe os suplico me hagáis par-
« ticipante, si sois servido, del inefable
« Sacramento de vuestro sagrado cuerpo
« y sangre, como tenéis determinado de
« instituirle por prenda de vuestra gloria,
« para que volviendo á recibirlos en mi pe-
« cho, se me comuniquen los efectos de tan
« admirable y nuevo Sacramento. Bien co-
« nozco, Señor mío, que ninguna de las cria-
« turas puede dignamente merecer tan exce-
« sivo beneficio, prevenido sobre vuestras
« obras, por sola vuestra magnificencia; y
« para obligarla ahora, solo tengo que ofre-
« cerlos á Vos mismo con vuestros mereci-
« mientos infinitos. Y si la humanidad santí-
« sima en que los vinculáis por haberla

« recibido de mis entrañas induce algún de-
« recho, éste no será tanto en mí para que
« seáis mío en este Sacramento, como para
« que yo sea vuestra con la nueva posesión
« de recibiros, en que puedo restituirme á
« vuestra dulce compañía. Mis obras y de-
« seos dediqué á esta dignísimay divina Co-
« munion desde la hora que vuestra digna-
« cion me dió noticia de ella, y de la volun-
« tad y decreto de quedaros en vuestra
« Iglesia santa en especies de pan y vino
« consagrados. Volved, pues, Señor y Bien
« mío á la antigua habitacion de vuestra Ma-
« dre, de vuestra amiga y vuestra esclava, á
« quien para recibiros en su vientre hicisteis
« libre y exenta del común contagio. En mi
« pecho recibiré ahora la humanidad que de
« mi sangre os comuniqué, y en él estare-
« mos juntos con estrecho y nuevo abrazo
« que aliente mi corazón y encienda mis
« afectos, para no estar de Vos jamás ausen-
« te, que sois infinito bien y amor de mi
« alma.»

Muchas palabras de incomparable amor y reverencia dijo la gran Reina y Señora en esta ocasion; porque habló con su Hijo santísimo con admirable afecto del corazón, para pedirle la participacion de su sagrado cuerpo y sangre. Su Majestad la respondió también con más caricia, concediéndola su

petición, y la ofreció que la daría el favor y beneficio de la Comunión que le pedía, en llegando la hora de celebrar su institución. Desde luego la purísima Madre con nuevo rendimiento hizo grandiosos actos de humildad, agradecimiento, reverencia y viva fe, para estar dispuesta y preparada para la deseada comunión de la Eucaristía; y sucedió lo que diré adelante.

Mandó luego Cristo Salvador nuestro á los santos Ángeles de su Madre santísima, que la asistiesen desde entonces en forma visible para ella, y la sirviesen y consolasen en su dolor y soledad, como en efecto lo cumplieron. Ordenóla también á la gran Señora que, en partiendo su Majestad á Jerusalén con sus discípulos, ella le siguiese por algún breve espacio con las mujeres santas que venían acompañándolos desde Galilea, y que las informase y animase, para que no desfalleciesen con el escándalo que tendrían viéndole padecer y morir con tantas ignominias y muerte de cruz afrentosísima. Y dando fin á esta conferencia el Hijo del eterno Padre, dió su bendición á su amantísima Madre, despidiéndose para la última jornada en que había de padecer y morir. El dolor que en esta despedida penetró los corazones de Hijo y Madre excede á todo humano pensamiento; porque fue correspon-

diente al amor recíproco de entrambos, y éste era proporcionado á la condición y dignidad de las personas. Y aunque de ello podemos declarar tan poco, no por esto quedamos excusados de ponderarlo en nuestra consideración y acompañarlos con suma compasión, conforme á nuestras fuerzas y capacidad, para no ser reprendidos como ingratos y de pesado corazón.

Despedido nuestro Salvador de su amantísima Madre y dolorosa Esposa, salió de Betania para la última jornada á Jerusalén el jueves, que fué el día de la cena, poco antes de mediodía, acompañado de los Apóstoles que consigo tenía. Á los primeros pasos que dió su Majestad en este viaje (que ya era el último de su peregrinación) levantó los ojos al eterno Padre, y confesándole con alabanza y hacimiento de gracias, se ofreció de nuevo á sí mismo con lo ardentísimo de su amor y obediencia para morir y padecer por la redención de todo el linaje humano. Esta oración y ofrecimiento hizo nuestro Salvador y Maestro con tan inefable afecto y fuerza de su espíritu, que como este no se puede escribir, todo lo que dijere parece desdice de la verdad y de mi deseo. «Eterno Padre y Dios mío (dijo Cristo nuestro Señor), voy por vuestra voluntad y amor á padecer y morir por la li-

« bertad de los hombres mis hermanos, y
« hechura de vuestros manos. Voy á entre-
« garme para su remedio, y á congregar en
« uno los que están derramados y divisos
« por la culpa de Adán (1). Voy á disponer
« los tesoros con que las almas criadas á
« vuestra imagen y semejanza han de ser
« adornadas y enriquecidas, para que sean
« restituidas á la dignidad de vuestra amis-
« tad y felicidad eterna, y para que vuestro
« santo nombre sea conocido y engrandeci-
« do de todas las criaturas. Cuanto es de
« vuestra parte y de la mía, ninguna de las
« almas quedará sin remedio abundantísimo;
« y vuestra inviolable equidad quedará jus-
« tificada en los que desprecian esta copio-
« sa redención».

En seguimiento del Autor de la vida parti-
tó luego de Betania la beatísima Madre,
acompañada de la Magdalena y de las otras
mujeres santas que asistían y seguían á
Cristo nuestro Señor desde Galilea. Y co-
mo el divino Maestro iba informando á sus
Apóstoles y previniéndoles con la doctrina
y fe de su pasión, para que no desfallecie-
sen en ella por las ignominias que le vie-
sen padecer, ni por las tentaciones ocultas
de Satanás; así también la Reina y Señora

(1) Joan. xi, 52.

de las virtudes iba consolando y previniendo á su congregación santa de discípulas, para que no se turbasen cuando viesen morir á su Maestro y ser azotado afrentosamente. Y aunque en la condición femínea eran estas santas mujeres de naturaleza más enferma y frágil que los Apóstoles; con todo eso fueron más fuertes que algunos de ellos en conservar la doctrina y documentos de su gran Maestra y Señora. Quien más se adelantó en todo fué santa María Magdalena, como los Evangelistas enseñan (1), porque la llama de su amor la llevaba toda enardecida; y por su misma condición natural era magnánima, esforzada y varonil, de buena ley y respetos. Y entre todos los del apostolado tomó por su cuenta acompañar á la Madre de Jesús y asistirle, sin apartarse de ella todo el tiempo de la pasión, y así lo hizo como amante fidelísima.

En la oración y ofrecimiento que hizo nuestro Salvador en esta ocasión, le imitó y siguió también su Madre santísima, porque todas las obras de su Hijo santísimo iba mirando en el espejo claro de aquella luz divina con que las conocía, para imitarlas, como muchas veces queda dicho. Á la gran Señora iban sirviendo y acompañando

(1) Matth. xxvii, 56; Marc. xv, 40; Luc. xxiv, 10; Joan. xix, 25.

los Ángeles que la guardaban, manifestándosele en forma humana visible, como el mismo Señor se lo había mandado. Con estos espíritus soberanos iba confiriendo el gran sacramento de su santísimo Hijo, que no podían percibir sus compañeras, ni todas las criaturas humanas. Ellos conocían y ponderaban dignamente el incendio de amor que sin modo ni medida ardía en el corazón purísimo y candidísimo de la Madre, y la fuerza con que la llevaban tras de sí los unguentos olorosos (1) del amor recíproco de Cristo, su Hijo, Esposo y Redentor. Ellos presentaban al eterno Padre el sacrificio de alabanzas y expiación que le ofrecía su Hija única y primogénita entre las criaturas. Y porque todos los mortales ignoraban la grandeza de este beneficio y de la deuda en que los ponía el amor de Cristo nuestro Señor y de su Madre santísima, mandaba la Reina á los santos Ángeles que diesen gloria, bendición y honra al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, y todo lo cumplieran conforme á la voluntad de su gran Princesa y Señora.

Fáltanme dignas palabras y digno sentimiento y dolor para decir lo que entendí en esta ocasión de la admiración de los santos

(1) Cant. 1, 3.

Ángeles, que de una parte miraban al Verbo humanado y á su Madre santísima encaminando sus pasos á la obra de la redención humana con la fuerza del ardentísimo amor que á los hombres tenían y tienen; y por otra parte miraban la vileza, ingratitude, tardanza y dureza de los mismos hombres para conocer esta deuda y obligarse del beneficio que á los demonios obligaba, si fueran capaces de recibirle. Esta admiración de los Ángeles no era con ignorancia, sino con reprehensión de nuestra intolerable ingratitude. Mujer flaca soy y menos que un gusanillo de la tierra; pero en esta luz que se me ha dado, quisiera levantar la voz, que se oyera por todo el orbe, para despertar á los hijos de la vanidad y amadores de la mentira (1), y acordarles esta deuda á Cristo nuestro Señor y á su santísima Madre, y pedir á todos, postrada sobre mi rostro, que no seamos graves de corazón y tan crueles enemigos para nosotros mismos, y sacudamos este sueño tan olvidadizo, que nos sepulta en el peligro de la eterna muerte, y aparta de la vida celestial y bienaventurada que nos mereció Cristo nuestro Redentor y Señor con muerte tan amarga de cruz.

(1) Psalm. iv, 3.

*Doctrina que me dió la reina del cielo
María santísima.*

Hija mía, de nuevo te llamo y te convido, para que, ilustrada tu alma con especiales dones de la divina luz, entres en el profundo piélago de los misterios de la pasión y muerte de mi Hijo santísimo. Prepara tus potencias y estrena todas las fuerzas de tu corazón y alma, para que en alguna parte seas digna de conocer, ponderar y sentir las ignominias y dolores que el mismo Hijo del eterno Padre se dignó de padecer, humillándose á morir en una cruz para redimir á los hombres; y todo lo que yo hice y padecí, acompañándole en su acerbísima pasión. Esta ciencia tan olvidada de los mortales quiero que tú, hija mía, la estudies y aprendas para seguir á tu Esposo y para imitarme á mí, que soy tu Madre y Maestra. Escribiendo y sintiendo juntamente lo que yo te enseñaré de estos sacramentos, quiero que de todo punto te desnudes de todo humano y terreno afecto y de tí misma, para que alejada de lo visible sigas pobre y desvalida nuestras pisadas. Y porque ahora con especial gracia te llamo á tí á solas para el cumplimiento de la voluntad de mi Hijo santísimo y mía, y en tí queremos enseñar á

otros: es necesario que de tal manera te des por obligada de esta copiosa redención, como si fuera beneficio para tí sola, y como si se hubiera de perder no aprovechándote tú sola. Tanto como esto lo debes apreciar; pues con el amor con que murió y padeció mi Hijo santísimo por tí (1), te miró con tanto afecto como si fueras tú sola la que necesitabas de su pasión y muerte para tu remedio.

Con esta regla debes medir tu obligación y tu agradecimiento. Y cuando conoces el pesado y peligroso olvido que hay en los hombres de tan excesivo beneficio, como haber muerto por ellos su mismo Dios y Criador hecho hombre, procura tú recompensarle esta injuria amándole por todos, como si el retorno de esta deuda estuviera remitido á solo tu agradecimiento y fidelidad. Duélete asimismo de la ciega estulticia de los hombres en despreciar su eterna felicidad y en atesorar la ira del Señor contra sí mismos, frustrándole los mayores afectos de su infinito amor para con el mundo. Para esto te doy á conocer tantos secretos y el dolor tan sin igual que yo padecí desde la hora que me despedí de mi Hijo santísimo para ir al sacrificio de su sagrada pasión y

(1) Galat. II, 20.

muerte. No hay términos con que significar la amargura de mi alma en aquella ocasión; pero á su vista ningún trabajo reputarás por grande, ni podrás apetecer descanso ni delectación terrena, y solo codiciarás padecer y morir con Cristo. Compadécete conmigo, que es debida á lo que te favorezco esta fiel correspondencia.

Quiero también que adviertas cuán aborrecible es en los ojos del Señor y en los míos, y de todos los bienaventurados, el desprecio y olvido de los hombres en frecuentar la Comunión sagrada, y el no llegar á ella con disposición y fervor de devoción. Para que entiendas y escribas este aviso, te he manifestado lo que yo hice, disponiéndome tantos años para el día que llegase á recibir á mi Hijo sacramentado; y lo demás, que escribirás adelante, para enseñanza y confusión vuestra; porque si yo, que estaba inocente y sin alguna culpa que me impidiese, y con tanto lleno de todas las gracias, procuré añadir nueva disposición de ferviente amor, humildad y agradecimiento; ¿qué debes hacer tú y los demás hijos de la Iglesia, que cada día y cada hora incurren en nuevas culpas y fealdades, para llegar á recibir la hermosura de la misma divinidad y humanidad de mi Hijo santísimo y mi Señor? ¿Qué descargo darán los hom-

bres en el juicio, de haber tenido consigo al mismo Dios sacramentado en la Iglesia, esperando que vayan á recibirle para llenarlos de la plenitud de sus dones, y han despreciado este inefable amor y beneficio por emplearse y divertirse en deleites mundanos y servir á la vanidad aparente y engañosa? Admírate (como lo hacen los Angeles y Santos) de tal insania, y guárdate de incurrir en ella.





CAPÍTULO IV.



CELEBRA CRISTO NUESTRO SALVADOR LA ÚLTIMA CENA LEGAL
CON SUS DISCÍPULOS Y LÁVALES LOS PIES; TIENE
SU MADRE SANTÍSIMA INTELIGENCIA Y NOTICIA
DE TODOS ESTOS MISTERIOS.



PROSEGUÍA su camino para Jerusalén nuestro Redentor, como queda dicho, el jueves á la tarde, que precedió á su pasión y muerte; y en las conferencias que tenía con sus discípulos sobre los misterios de que los iba informando, le preguntaron algunas dudas en lo que no entendían, y á todas respondió como Maestro de la sabiduría y Padre amoroso con palabras llenas de dulcísima luz que penetraba los corazones de los Apóstoles; porque habiéndolos amado siempre, ya en aquellas horas últimas de su vida, como cisne divino, manifestaba con más fuerza la suavidad de su voz y la dulzura de su amor. No solo no le

impedía para esto lo inmediato de su pasión y la ciencia prevista de tantos tormentos, sino que como el calor reconcentrado con la oposición del frío vuelve á salir con toda su eficacia; de este modo el incendio del divino amor, que sin límite ardía en el corazón de nuestro amoroso Jesús, salía con mayores finezas y actividad á inflamar á los mismos que le querían extinguir, comenzando á herir á los más cercanos con la eficacia de su incendio. Á los demás hijos de Adán, fuera de Cristo y su Madre santísimos, de ordinario sucede que la persecución nos impacienta, las injurias nos irritan, las penas nos destemplan, y todo lo adverso nos conturba, desmaya y desazona con quien nos ofende, y tenemos por grande hazaña no tomar venganza de contado; pero el amor de nuestro divino Maestro no se estragó con las injurias que miraba en su pasión, no se cansó con las ignorancias de sus discípulos y con la deslealtad que luego había de experimentar en ellos.

Preguntáronle (1) donde quería celebrar la Pascua del cordero, que aquella noche cenaban los judíos, como fiesta muy célebre y solemne en aquel pueblo, y era la fi-

(1) Matth. XXI, 17; Marc. XIV, 12; Luc. XXII, 9.

pueblo, y era la figura más expresa en su ley del mismo Señor, y de los misterios que él mismo y por él se habían de obrar; aunque entonces no estaban los Apóstoles harto capaces para conocerlos. Respondióles el divino Maestro enviando á san Pedro y á san Juan, que se adelantasen à Jerusalén, y preparasen la cena del cordero pascual en casa de un hombre donde viesen entrar un criado con un cántaro de agua, pidiéndole al dueño de la casa que le previniese aposento para cenar con sus discípulos. Era éste vecino de Jerusalén hombre rico, principal y devoto del Salvador, y de los que habían creído en su doctrina y milagros, y con su piadosa devoción mereció que el Autor de la vida eligiera su casa para santificarla con los misterios que obró en ella, dejándola consagrada en templo santo para otros que después sucedieron. Fueron luego los dos Apóstoles y con las señas que llevaban pidieron al dueño de la casa que admitiese en ella al Maestro de la vida y tuviese por su huésped para celebrar la gran solemnidad de los Acimos que así se llamaba aquella Pascua.

Fué ilustrado con especial gracia el corazón de aquel padre de familias, y liberalmente ofreció su casa con todo lo necesario para la cena legal, y luego señaló para ella

una cuadra muy grande (1), colgada y adornada con mucha decencia, cual convenía, aunque ély los dos Apóstoles lo ignoraban, para los misterios tan venerables que en ella quería obrar nuestro Salvador. Prevenido todo esto, llegó su Majestad á la posada con los demás discípulos; y en breve espacio fué también su Madre santísima con su congregación de las santas mujeres que le seguían: y luego la humildísima Reina postrada en tierra adoró á su Hijo santísimo, como acostumbraba, le pidió la bendición, y la mandase lo que debía hacer. Ordenóla su Majestad se retirase á un aposento de la casa, que para todo era capaz, y allí estuviese á la vista de lo que la divina Providencia había determinado hacer en aquella noche y que confortase y diese luz á las mujeres que la acompañaban, de lo que convenía advertirlas. Obedeció la gran Señora y se retiró con su compañía. Ordenólas que todas perseverasen en fe y oración; y continuando ella sus afectos fervorosos para esperar la Comunión, que sabía se acercaba la hora, y atendiendo siempre con la vista interior á todas las obras que su Hijo santísimo iba ejecutando.

Nuestro Salvador y maestro Jesús, en re-

(1) Luc. xxii, 12.

tirándose su purísima Madre, entró en el aposento prevenido para la cena con todos los doce Apóstoles y otros discípulos, y con ellos celebró la cena del cordero, guardando todas las ceremonias de la ley (1), sin faltar á cosa alguna de los ritos que él mismo había ordenado por medio de Moisés. En esta cena última dió inteligencia á los Apóstoles de todas las ceremonias de aquella ley figurativa, como se las había dado á los antiguos Padres y Profetas, para significar la verdad de lo que el mismo Señor iba cumpliendo, y había de obrar como Reparador del mundo; y que la ley antigua de Moisés y sus figuras quedarían evacuadas con la verdad figurada; y no podían durar más las sombras, llegando en él la luz y principio de la nueva ley de gracia, en la cual solo quedarían permanentes los preceptos de la ley natural, que era perpetua; aunque éstos quedarían más realzados y perfeccionados con otros preceptos divinos y consejos que él mismo enseñaba; y con la eficacia que daría á los nuevos Sacramentos de su nueva ley, todos los antiguos cesarían, como ineficaces y solo figurativos, y que para todo esto celebraba con ellos aquella cena, con que daba fin y término á

(1) Exod. XII & v. 3.

sus ritos y obligación de la ley, pues toda se había encaminado á prevenir y representar lo que su Majestad estaba obrando; y conseguido el fin, cesaba el uso de los medios.

Con esta nueva doctrina entendieron los Apóstoles grandes secretos de los profundos misterios que su divino Maestro iba obrando; más los discípulos que allí estaban no entendieron tantas cosas de las obras del Señor como los Apóstoles. Judas fué quien atendió y entendió menos, ó nada de ellas; porque estaba poseído de la avaricia, y solo atendía á la traición alevosa que tenía fraguada, y le ocupaba el cuidado de ejecutarla con secreto. Guardábasele también el Señor, porque así convenía á su equidad y á la disposición de sus juicios altísimos. Y no quiso excluirle de la cena ni de los otros misterios, hasta que él mismo se excluyó por su mala voluntad; pero el divino Maestro siempre le trató como á su discípulo, apóstol y ministro, y le guardó su honra. Enseñando con este ejemplo á los hijos de la Iglesia en cuánta veneración han de tener á los ministros de ella y á los sacerdotes, cuánto han de celar su honra, sin publicar sus pecados y flaquezas que en ellos vieren, como en hombres de frágil naturaleza. Ninguno será peor que Judas, y

así lo debemos entender. Ninguno tampoco será como Cristo nuestro Señor, ni tendrá tanta autoridad ni potestad: esto lo enseña la fe. Pues no será razón, que si los hombres son infinitamente menos que nuestro Salvador, hagan con sus ministros, mejores que Judas (aunque sean malos) lo que no hizo el mismo Señor con aquel pésimo discípulo y apóstol; y para esto no importa que sean prelados, que también lo era Cristo nuestro Señor, y sufrió á Judas, y le guardó su honra.

Hizo nuestro Redentor en esta ocasión un misterioso cántico en alabanza del eterno Padre, por haberse cumplido en sí mismo las figuras de la antigua ley, y por la exaltación de su nombre, que de ella redundaba; y postrado en tierra, humillándose según su humanidad santísima, confesó, adoró, y alabó á la Divinidad como á superior infinitamente, y hablando con el eterno Padre, hizo interiormente una altísima oración y fervorósísima exclamación diciendo:

« Eterno Padre mío y Dios inmenso, vues-
« tra divina y eterna voluntad determinó
« criar mi humanidad verdadera, y que en
« ella fuese cabeza de todos los predestina-
« dos (1) para vuestra gloria y su felicidad

(1) Rom. VIII, 9.

« interminable, y que por medio de mis
« obras se dispusieran para conseguir su
« verdadera bienaventuranza. Para este fin,
« y redimir á los hijos de Adán de su caída,
« he vivido con ellos treinta y tres años. Ya,
« Señor y Padre mío, llegó la hora oportu-
« na y aceptable de vuestra voluntad eter-
« na, para que se manifieste á los hombres
« vuestro santo nombre, y sea de todas las
« naciones conocido y exaltado por la noti-
« cia de la santa fe que manifiesta á todos
« vuestra divinidad incomprendible. Tiempo
« es que se abra el libro (1) cerrado con sie-
« te sellos, que vuestra sabiduría me entre-
« gó, y que se dé fin dichoso á las antiguas
« figuras (2) y sacrificios de animales que
« han significado el que yo de mí mismo vo-
« luntariamente quiero ya ofrecer por mis
« hermanos los hijos de Adán, miembros
« de este cuerpo, de quien soy cabeza, y ove-
« jas de vuestra grey; por quien os suplico
« ahora los miréis con ojos de misericordia.
« Y si los antiguos sacrificios y figuras (que
« voy con la verdad ejecutando), por lo que
« significaban, aplacaban vuestro enojo; jus-
« to es, Padre mío, que tenga fin, pues yo
« me ofrezco en sacrificio con voluntad
« pronta para morir por los hombres en la

(1) Apoc. v, 7.—(2) Hebr. x, 1.

« cruz, y me sacrifico como holocausto en
« el fuego de mi propio amor (1). Ea, Se-
« ñor, témplese ya el rigor de vuestra justi-
« cia, y mirad al linaje humano con los ojos
« de vuestra clemencia. Demos ley saluda-
« ble á los mortales con que se abran las
« puertas del cielo cerradas hasta ahora
« por su inobediencia. Hallen ya camino
« cierto y puerta franca para entrar conmi-
« go á la vista de vuestra divinidad, si ellos
« me quisieran imitar y seguir mi ley y pi-
« sadas.»

Esta oración de nuestro Salvador Jesús aceptó el eterno Padre, y luego despachó de las alturas innumerables ejércitos angélicos sus cortesanos, para que en el cenáculo asistiesen á las obras maravillosas que el Verbo humanado había de obrar en él. En el ínterin que sucedía todo esto en el cenáculo, estaba María santísima en su retiro levantada en altísima contemplación, donde lo miraba todo con la misma ditinción y clara visión que si estuviera presente, y á todas las obras de su Hijo nuestro Salvador cooperaba y correspondía en la forma que su admirable sabiduría la dictaba, como coadjutora de todas ellas. Hacía actos heroicos y divinos de todas las virtudes con que

(1) Ephes. v, 2.

había de corresponder á las de Cristo nuestro Señor; porque todas resonaban en el pecho castísimo de la Madre, donde con misterioso y divino eco se repetían, replicando la dulcísima Señora las mismas oraciones y peticiones en su modo. Y sobre todo esto hacía nuevos cánticos y admirables alabanzas por lo que la humanidad santísima en la persona del Verbo iba obrando en cumplimiento de la voluntad divina, y en correspondencia y lleno de las antiguas figuras de la ley escrita.

Grande maravilla, y digna de toda admiración, fuera para nosotros, como lo fué para los Angeles y lo será á todos en el cielo, si conociéramos ahora aquella divina armonía de las virtudes y obras, que en el corazón de nuestra gran Reina, como en un coro, estaban ordenadas, sin confundirse ni impedirse unas á otras, cuando todas y cada una obraban en esta ocasión con mayor fuerza. Estaba llena de las inteligencias que he dicho, y á un mismo tiempo conocía como en su Hijo santísimo se iban cumpliendo y evacuando las ceremonias y figuras legales, sustituyendo la nueva ley y Sacramentos más nobles y eficaces. Miraba el fruto tan abundante de la Redención en los predestinados: la ruina de los réprobos; la exaltación del nombre del mismo Dios, y de

la santísima humanidad de su Hijo Jesús; la noticia y fe universal que se prevenía de la Divinidad para el mundo; que se abría el cielo cerrado por tantos siglos, para que desde luego entrasen en ellos hijos de Adán por el estado y progreso de la nueva Iglesia evangélica y todos sus misterios; y que de todo esto era su Hijo santísimo admirable y prudentísimo artífice, con alabanza y admiración de todos los cortesanos del cielo. Por estas magníficas obras; sin omitir un ápice, bendecía al eterno Padre y le daba gracias singularmente, y en todo se gozaba y consolaba la divina Señora con admirable júbilo.

Pero junto con esto miraba que todas estas obras inefables habían de costarle á su mismo Hijo los dolores, ignominias, afrentas y tormentos de su pasión, y al fin muerte de cruz tan dura y amarga, y todo lo había de padecer en la humanidad que de ella había recibido; y que tanto número de los hijos de Adán, por quienes lo padecía, le serían ingratos, y perderían el copioso fruto de su Redención. Esta ciencia llenaba de amargura dolorosa el candidísimo corazón de la piadosa Madre. Pero como era estampa viva y proporcionada á su Hijo santísimo, todos estos movimientos y operaciones cambían á un tiempo en su magnánimo pe-

cho: Y no por esto se turbó ni alteró, ni faltó al consuelo y enseñanza de las mujeres santas que la asistían; sino que sin perder la alteza de las inteligencias que recibía, descendía en lo interior á instruir las y confortar las con saludables consejos y palabras de vida eterna. ¡Oh admirable Maestra y ejemplar más que humano á quien imitemos! Verdad es que nuestro caudal, en comparación de aquel piélago de gracia y luz, es imperceptible. Pero también es verdad que nuestras penalidades y dolores en comparación de aquellos son casi aparentes y nada, pues ella padeció sola más que todos juntos los hijos de Adán. Y con todo eso, ni por su imitación y amor, ni por nuestro bien eterno, sabemos padecer con paciencia la menor adversidad que nos sucede. Todas nos conturban, alteran, y les ponemos mala cara; soltamos las pasiones, resistimos con ira, y nos impacientamos con tristeza; desamparamos la razón como indóciles, y todos los movimientos malos se desconciertan, y están prontos para el precipicio. También lo próspero nos deleita y destruye; nada se puede fiar de nuestra naturaleza infecta y manchada. Acordémonos de nuestra divina Maestra en estas ocasiones, para componer nuestros desórdenes.

Acabada la cena legal y bien informados

los Apóstoles, se levantó Cristo nuestro Señor como dice san Juan (1), para lavarles los pies. Y primero hizo otra oración al Padre postrándose en su presencia, al modo que la había hecho en la cena, como queda dicho arriba. No fué vocal esta oración, sino mentalmente habló, y dijo: «Eterno Padre
«mío, Criador de todo el universo, imagen
«vuestra soy, engendrado por vuestro en-
«tendimiento y figura de vuestra substancia
«(2); y habiéndome ofrecido por la dispo-
«sición de vuestra santa voluntad á redimir
«al mundo con mi pasión y muerte, quiero,
«Señor, por vuestro beneplácito, entrar en
«estos sacramentos y misterios por medio
«de mi humillación hasta el polvo, para que
«la soberbia altiva de Lucifer sea confun-
«dida con mi humildad, que soy vuestro
«Unigénito. Para dejar ejemplo de esta vir-
«tud á mis Apóstoles y á mi Iglesia, que se
«ha de fundar en este seguro fundamento
«de la humildad, quiero, Padre mío, lavar
«los pies de mis discípulos, hasta los del
«menor de todos Judas, por su maldad que
«tiene fabricada; y postrándome ante él
«con humildad profunda y verdadera, le
«ofreceré mi amistad y su remedio. Siendo
«el mayor enemigo que tengo entre los

(1) Joan. XIII, 4.—(2) Hebr. I, 3.

« mortales, no le negaré mi piedad ni el perdón de su traición, para que si no le admirate, conozca el cielo y la tierra que yo le abrí los brazos de mi clemencia, y él la despreció con obstinada voluntad».

Esta oración hizo nuestro Salvador para lavar los pies de los discípulos. Y para declarar algo de el ímpetu con que su divino amor disponía y ejecutaba estas obras, no hay términos ni símiles adecuados en todas las criaturas; porque es tarda la actividad del fuego, y pesado el corriente del mar, el movimiento de la piedra para su centro, y todos cuantos quisiéremos imaginar que tienen los elementos dentro y fuera de su esfera. Pero no podemos ignorar que sólo su amor y sabiduría pudieron inventar tal linaje de humildad, que lo supremo de la divinidad y humanidad se humillasen hasta lo más ínfimo del hombre, que son los pies, y estos del peor de los nacidos, que fué Judas, y allí pusiera su boca en lo más inmundo y contentible, el que era la palabra del eterno Padre, y el Santo de los Santos, y por esencia la misma bondad, Señor de los señores, y Rey de los reyes, se postrase ante el pésimo de los hombres para justificarle, si él entendiera y admitiera este beneficio, nunca hartó ponderado ni encarecido.

Levantóse nuestro divino Maestro de la

oración que hizo, y con semblante hermosísimo, sereno y apacible, puesto en pie, mandó su Majestad nentar con orden á sus discípulos, como haciéndoles á ellos grandes, y ser su alteza ministro suyo. Luego se quitó un manto que traía sobre la tónica inconsútil, y esta le llegaba á los piés, aunque no los cubría. Y en esta ocasión tenía sandalias, que algunas veces las dejaba para andar descalzo en la predicación, y otras las usaba, desde que su Madre santísima se las calzó en Egipto, y fueron creciendo en hermosos pasos con la edad, como crecían los pies, y queda dicho en su lugar. Despojado del manto, que son las vestiduras que dice el Evangelista, (1) recibió una toalla ó mantel largo, y con la una parte se ciñó el cuerpo, dejando pendiente el otro extremo. Luego echó agua en una vacía (2) para lavar los pies de los Apóstoles, que con admiración estaban atentos á todo lo que su divino Maestro iba ejecutando.

Llegó á la cabeza de los Apóstoles, san Pedro, para lavarle; y cuando el fervoroso Apóstol vió postrado á sus piés al mismo Señor que había conocido y confesado por Hijo de Dios vivo, renovando en su interior esta fe con la nueva luz que le ilustraba, y

(1) Joan. XIII, 4.—(2) Ibid. 5.

conociendo con humildad profunda su propia bajeza, turbado y admirado dijo: *¿Tú, Señor, me lavas á mí los pies?* (1). Respondió Cristo nuestro bien, con incomparable mansedumbre: *Tú ignoras ahora lo que yo hago, pero después lo entenderás* (2). Que fué decirle: obedece ahora primero á mi dictamen y voluntad, y no antepongas el tuyo propio, con que perviertes el orden de las virtudes y las divides. Primero has de cautivar tu entendimiento, y creer que conviene lo que yo hago, y después de haber creído y obedecido, entenderás los misterios ocultos de mis obras, á cuya inteligencia has de entrar por la puerta de la obediencia; y sin ésta, no puede ser verdaderamente humilde sino presuntuosa. Tampoco tu humildad se puede anteponer á la mía; yo me humillé hasta la muerte (3), y para humillarme tanto obedecí; y tú, que eres mi discípulo, no sigues mi doctrina; y con color de humillarte eres inobediente, y pervirtiendo el orden te privas de la humildad y de la obediencia, siguiendo la presunción de tu propio juicio.

No entendió san Pedro esta doctrina, encerrada en la primera respuesta de su Señor y Maestro; porque aunque estaba en su

(1) Ibid. 6.—(2) Ibid. 7.—(3) Philip. II, 8.

escuela, no había llegado á experimentar los divinos efectos de su lavatorio y contacto; y embarazado con el indiscreto afecto de su humildad, replicó al Señor y le dijo: *Jamás consentiré, Señor, que tú me laves los pies.* (1). Respondióle con más severidad el Autor de la vida: *Si yo no te lavare, no tendrás parte conmigo.* Con esta respuesta y amenaza dejó el Señor canonizada la seguridad de la obediencia; porque al juicio de los hombres, alguna disculpa parece que tenía san Pedro en resistir á una obra tan inaudita, y que la capacidad humana la tuviera por muy desigual, como consentir un hombre terreno y pecador que á sus pies estuviera postrado el mismo Dios, á quien estaba conociendo y adorando. Pero no se le admitió esta disculpa, porque su divino Maestro no podía errar en lo que hacía; y cuando no se conoce con evidencia este engaño en el que manda, ha de ser la obediencia ciega, y sin buscar otra razón para resistir á ella. En este misterio quería nuestro Salvador soldar la inobediencia (2) de nuestros primeros padres Adán y Eva, por donde había entrado el pecado en el mundo; y por la semejanza y participación que con ella tenía la inobediencia de san Pedro,

(1) Joan. XIII, 8.—(2) Rom. v, 19.

le amenazó Cristo Señor nuestro con el amago de otro semejante castigo, diciendo que si no obedecía no tendría parte en él: que fué excluirle de sus merecimientos y fruto de la Redención, por la cual somos capaces y dignos de su amistad y participación de la gloria. También le amenazó con negarle la participación de su cuerpo y sangre, que luego había de sacramentar en las especies de pan y vino; donde aunque se quería dar el Señor, no por partes, sino por entero, y deseaba ardentísimamente comunicarse por este misterioso modo; con todo eso la inobediencia pudiera privar al Apóstol de este amoroso beneficio, si en ella perseverase.

Con la amenaza de Cristo nuestro bien quedó san Pedro tan castigado y enseñado, que con excelente rendimiento respondió luego *Señor, no solo doy los pies, sino las manos y la cabeza* (1): para que todo me lavéis. Que fué decir: Ofrezco mis pies para correr á la obediencia, y mis manos para ejercitarla, y mi cabeza para no seguir mi propio juicio contra ella. Admitió el Señor este rendimiento de san Pedro, y le dijo: *Vosotros estáis limpios, aunque no todos* (porque estaba entre ellos el inmundísimo

(1) Joan. XIII, 9.

Judas), y el que está limpio no tiene que lavarse más de los pies. (1). Esto dijo Cristo Señor nuestro, porque los discípulos (fuera de Judas) estaban justificados y limpios de pecado con su doctrina; y sólo necesitaban lavar las imperfecciones y culpas leves ó veniales, para llegar á la Comunión con mayor decencia y disposición, como se requiere para recibir sus divinos efectos y conseguir más abundante gracia, y con mayor plenitud y eficacia; que para esto impiden mucho los pecados veniales, distracciones y tibiezas en recibirla. Con esto se lavó san Pedro, y obedecieron los demás llenos de asombro y lágrimas; porque todos iban recibiendo con este lavatorio nueva luz y dones de la gracia.

Pasó el divino Maestro á lavar á Judas, cuya traición y alevosía no pudieron extinguir la caridad de Cristo, para que dejase de hacer con él mayores demostraciones que con los otros Apóstoles. Y sin manifestarles su Majestad estas señales, se las declaró á Judas en dos cosas. La una, en el semblante agradable y caricia exterior con que se le puso á sus pies, y se los lavó, besó y llegó al pecho. La otra, en las grandes inspiracio-

(1) Joan. XIII, 10.

nes con que tocó su interior, conforme á la dolencia y necesidad que tenía aquella depravada conciencia; porque estos auxilios fueron mayores en sí mismos con Judas que con otro de los Apóstoles. Pero como su disposición era pésima, los hábitos viciosos intensísimos, su obstinación endurecida con muchas determinaciones, el entendimiento y las potencias turbadas y debilitadas, y de todo punto se había alejado de Dios, y entregado al demonio, y le tenía en su corazón como en trono y silla de su maldad; con esto resistió á todos los favores é inspiraciones que recibía en el lavatorio de los pies. Juntóse á esto el temor que tuvo á los escribas y fariseos, de faltar á lo contratado con ellos. Y como á la presencia de Cristo exterior, y á la fuerza interior de los auxilios quería la luz del entendimiento moverle, levantóse en su tenebrosa conciencia una borrasca turbulenta que le llenó de confusión y amargura, y le encendió en ira, y le despechó y apartó de su mismo Maestro y Médico que le quería aplicar la medicina saludable, y toda la convirtió en veneno mortal y hiel amarguísima de maldad, que le tenía repleto y poseído.

Resistió la maldad de Judas á la virtud y contacto de aquellas manos divinas, en que el eterno Padre había depositado los tesoro-

ros (1) y virtud de hacer maravillas, y enriquecer á todas las criaturas. Y aunque no hubiera recibido otros auxilios la pertinacia de Judas, sino los ordinarios que obraba en las almas la presencia y vista del Autor de la vida, y los que naturalmente podía causar su santísima persona, fuera la malicia de este infeliz discípulo sobre toda ponderación. Era la persona de Cristo nuestro bien en el cuerpo perfectísima y agraciada; el semblante grave y sereno, de una hermosura apacible y dulcísima; el cabello nazareno uniforme; el color entre dorado y castaño; los ojos rasgados, y de suma gracia y majestad; la boca, la nariz, y todas las partes del rostro proporcionadas en extremo, y en todo se mostraba tan agradable y amable, que á los que le miraban sin malicia de intención, los atraía á su veneración y amor. Sobre esto causaba con su vista gozo interior, con admirable ilustración de las almas, engendrando en ellas divinos pensamientos y otros efectos. Esta persona de Cristo tan amable y venerable tuvo Judas á sus pies, y con nuevas demostraciones de agrado y mayores impulsos que los ordinarios. Pero tal fué su perversidad, que nada le pudo inclinar ni ablandar su endurecido corazón; an-

(1) JOHN. XIII, 3.

tes se irritó de la suavidad del Señor, y no le quiso mirar al rostro, ni atender á su persona; porque desde que perdió la fe y la gracia, tuvo este odio con su Majestad y con su Madre santísima, y nunca los miraba á la cara. Mayor fué en alguna manera el terror que tuvo Lucifer de la presencia de Cristo nuestro Salvador; porque, como he dicho, estaba este enemigo asentado en el corazón de Judas, y no pudiendo sufrir la humildad que ejercitaba con los Apóstoles el divino Maestro, pretendió Lucifer salirse de Judas y del cenáculo; pero su Majestad con la virtud de su brazo poderoso no consintió que se fuese, porque allí quedase entonces quebrantada su soberbia, aunque después le arrojaron de allí, como diré adelante, lleno de furor y sospechas de que Cristo era Dios verdadero.

Dió fin nuestro Salvador al lavatorio de los pies, y volviendo á tomar su manto se asentó en medio de sus discípulos, y les hizo aquel gran sermón que refiere el Evangelista san Juan comenzando por aquellas palabras; *¿Sabéis lo que yo he hecho y obrado con vosotros? Llamáisme Maestro y Señor y decís bien, porque lo soy. Pues si yo que soy vuestro Señor y Maestro, he lavado vuestros pies, también debéis lavar los unos los de los otros. Porque yo os he dado este ejemplo, pa-*

ra que lo hagáis como yo lo acabo de hacer. Pues no ha de ser más el discípulo que el Maestro, ni el siervo más que el Señor, ni el Apóstol ha de ser mayor que el que le envía (1). Y prosiguió su Majestad enseñando, amonestando y previniendo á los Apóstoles de grandes misterios y doctrina, que no me detengo á repetirla, remitiéndome á los Evangelistas. Este sermón ilustró de nuevo á los Apóstoles del misterio de la santísima Trinidad, Encarnación, y los previno con nueva gracia para el de la Eucaristía, y los confirmó en la noticia que habían recibido de la alteza y profundidad de su predicación y milagros. Entre todos fueron más ilustrados san Pedro y Juan; porque cada uno recibió mayor ó menor ciencia, según la disposición y la voluntad divina. Lo que refiere san Juan de las preguntas que, á instancia de san Pedro, hizo á Cristo nuestro Señor sobre quien era el traidor que le había de vender, según lo dió á entender su Majestad mismo, sucedió en la cena, donde san Juan estuvo reclinado en el pecho de su divino Maestro (2). Y san Pedro lo deseó saber, para vengarlo ó impedirlo con los fervores que ardían en su pecho, y solía manifestarse sobre todos en el amor de Cristo.

(1) Joan. XIII, á v. 13.—(2) *Ibid.* 23.

Pero no se lo declaró san Juan, aunque él le conoció por las señas del bocado que dió su Majestad á Judas, en que dijo al Évangelista lo conocería (1); y lo conoció para sí solo y lo guardó en el secreto de su pecho, ejercitando la caridad que se le había comunicado y enseñado en la escuela de su divino Maestro.

En este favor y otros muchos fué privilegiado san Juan, cuando estuvo reclinado en el pecho de Jesús nuestro Salvador; porque allí conoció altísimos misterios de su divinidad y humanidad, y de la Reina del cielo su Madre santísima. En esta ocasión se la encomendó para que cuidase de ella; porque en la cruz no le dijo: Ella será tu Madre, ni él será tu hijo, sino véis ahí á tu Madre (2), porque no lo determinaba entonces, sino que fué como manifestar en público lo que antes le tenía encomendado y ordenado. De todos estos sacramentos que se obraban en el lavatorio de los pies, y de las palabras y sermón del divino Maestro, tenía su purísima Madre clara noticia y visión, como otras veces he dicho, y por todo hizo cánticos de loores y gloria al Altísimo. Y cuando se iban obrando después las maravillas del Se-

(1) Joan. XIII, 26.—(2) Ibid. XIX, 27.

ñor, las miraba, no como quien conocía de nuevo lo que ignoraba; sino como quien veía ejecutar y obrar lo que antes sabía y tenía escrito en su corazón, como en las tablas de Moisés lo estaba la ley (1). Y de todo lo que convenía informar á las santas discípulas que consigo tenía les daba luz, y reservaba lo que ellas no eran capaces de entender.

Doctrina que me dió la gran señora del mundo María santísima.

Hija mía, en tres virtudes principales de mi Hijo y Señor, de que has hablado en este capítulo, quiero que seas extremada, para imitarle en ellas como su esposa y mi discípula carísima. Son la caridad, la humildad y la obediencia, en que su Majestad se quiso señalar más en lo último de su vida santísima. Cierto es que por toda ella manifestó el amor que tenía á los hombres, pues por ellos y para ellos hizo tantas y tan admirables obras, desde el instante que en mi vientre fué concebido por el Espíritu Santo. Pero en el fin de su vida, cuando dispuso la ley evangélica y Nuevo Testamento, salió

(1) Deut. v, 22.

con más fuerza la llama de la encendida caridad y amoroso fuego que ardía en su pecho. En esta ocasión obró con toda su eficacia la caridad de Cristo nuestro Señor con los hijos de Adán, porque concurrieron de su parte los dolores de la muerte que le cercaban (1), y de parte de los hombres la adversidad al padecer y admitir el bien, la suma ingratitud y perversidad, tratando de quitar la honra y vida á quien les estaba dando la suya misma, y disponiéndoles la salud eterna. Con esta contradicción subió de punto el amor, que no se había de extinguir (2); y así fué más ingenioso para conservarse en sus mismas obras, y dispuso cómo quedarse entre los hombres, habiéndose de alejar de ellos, y les enseñó con ejemplo, doctrina y obras los medios ciertos y eficaces por donde participasen de los efectos de su divino amor.

En este arte de amar por Dios á tus próximos quiero que seas muy sabia é industriosa. Y esto harás, si las mismas injurias y penalidades que te dieren, te despiertan la fuerza de la caridad; advirtiéndote que entonces es segura y sin sospecha, cuando de parte de la criatura no obligan ni los beneficios

(1) Psalm. CXIV, 8.—(2) Cant. VIII, 7.

ni las lisonjas. Porque amar á quien te hace bien, aunque sea debido, pero no sabes, si no lo adviertes, si le amas por Dios, ó por el útil que recibes, que será amar al interés ó á tí misma más que á tu prójimo por Dios: y quien ama por otros fines ó motivos de lisonja, éste no conoce el amor de la caridad; porque está poseído del ciego amor propio de su deleite. Pero si amas al que no te obligó por estos medios, tendrás entonces por motivo y principal objeto al mismo Señor, á quien amas en su criatura, sea ella la que fuere. Y porque tú puedes ejercitar la caridad corporal ménos que la espiritual, aunque entrambas las debes abrazar conforme á tus fuerzas y las ocasiones que tuvieres; pero en la caridad y beneficios espirituales has de obrar siempre extendiéndote á grandes cosas, como el Señor lo quiere, con oraciones, peticiones, ejercicios y también con exhortaciones prudentes y santas, procurando por estos medios la salud espiritual de las almas. Acuérdate que mi Hijo y Señor á ninguno hizo beneficio temporal, que dejase de hacérsele espiritual; y fuera menor perfección de sus divinas obras no hacerlas con esta plenitud. De esto entenderás cuanto se deben preferir los beneficios del alma á los del cuerpo; y éstos has de pedir siempre con atención y condición de

ponerlos en primer lugar, aunque los hombres terrenos de ordinario piden á ciegas los bienes temporales, olvidando los éternos y los que tocan á la verdadera amistad y gracia del Altísimo.

Las virtudes de la humildad y obediencia quedaron engrandecidas en mi Hijo santísimo con lo que hizo y enseñó lavando los pies de sus discípulos. Y si con la luz interior que tienes de este raro ejemplo no te humillares más que el polvo, muy duro será tu corazón y muy indócil á la ciencia del Señor. Queda, pues, entendida desde ahora, que nunca digas ni imagines te has humillado dignamente, aunque seas despreciada y te halles á los pies de todas las criaturas, por pecadores que sean; pues ninguna será peor que Judas, ni tú puedes ser como tu Maestro y Señor. Con todo eso, si merecieses que te favorezca y honre con esta virtud de la humildad, será darte un género de perfección y proporción con que seas digna del título de esposa suya, y participes alguna igualdad con él mismo. Sin esta humildad ninguna alma puede ser levantada á tal excelencia y participación; porque lo alto antes se debe abatir, y lo humillado es lo que se puede y debe levantar (1), y siempre

(1) Math. xxiii, 12.

es levantada el alma en correspondencia de lo que se humilla y aniquila.

Porque no pierdas esta joya de la humildad cuando piensas que la guardas, te advierto que su ejercicio ni se ha de anteponer á la obediencia, ni se ha de regular entonces por el propio dictamen, sino por el superior; porque si antepones tu propio juicio al de quien te gobierna, aunque lo hagas con color de humillarte, vendrás á ser soberbia; pues no sólo no te pones en el ínfimo lugar, sino que te levantas sobre el juicio de quien es tu superior. De aquí quedarás advertida del engaño que puedes padecer, encogiéndote como san Pedro, para no admitir los favores y beneficios del Señor, con que te privas, no sólo de los dones y tesoros que resistes, sino de la misma humildad, que es el mayor y que tú pretendes; y del agradecimiento que debes de los altos fines que el Señor tiene siempre en estas obras y de la exaltación de su nombre. No te toca á tí entrar á la parte de sus juicios ocultos é inescrutables, ni á corregirlos por tus razones y causas, por las que te juzgas indigna de recibir tales favores ó hacer tales obras. Todo esto es semilla de la soberbia de Lucifer, simulada con aparente humildad, con que pretende hacerte incapaz de la participación del Señor, de sus dones y amistad,

que tanto tú deseas. Sea, pues, ley inviolable, que en aprobándote tus confesores y prelados los beneficios y favores del Señor, los creas, admitas, estimes y agradezcas con digna reverencia, y no andes vacilando con nuevas dudas ni temores, sino obra con fervor, y serás humilde, obediente y mansa.





CAPÍTULO V.

CELEBRA CRISTO NUESTRO SALVADOR LA CENA SACRAMENTAL, CONSAGRANDO EN LA EUCARISTÍA SU SAGRADO Y VERDADERO CUERPO Y SANGRE; LAS ORACIONES Y PETICIONES QUE HIZO; COMULGÓ Á SU MADRE SANTÍSIMA Y OTROS MISTERIOS QUE SUCEDIERON EN ESTA OCASIÓN.

COBARDE llegó á tratar de este misterio de misterios de la inefable Eucaristía y lo que sucedió en su institución; porque levantando los ojos del alma á recibir la luz divina que me encamina y gobierna en esta obra, con la inteligencia que participo de tantas maravillas y sacramentos juntos, me recelo de mi pequeñez, que en ella se manifiesta. Túrbanse mis potencias, y no hallo ni puedo formar razones adecuadas para explicar lo que veo y manifiesta mi concepto, aunque tan inferior al objeto del entendimiento. Pero hablaré como ignorante en los términos, y como inhá-

bil en las potencias, por no faltar á la obediencia y para tejer la Historia continuando lo que en estas maravillas obró la gran Señora del mundo María santísima. Si no hablare con la propiedad que pide la materia discúlpeme mi condición y admiración; que no es fácil descender á las palabras exteriores y propias, cuando sólo con afectos desea la voluntad suplir el defecto de su entender y gozar á solas de lo que ni puede manifestar ni conviene.

La cena legal celebró Cristo nuestro bien recostado en tierra con los Apóstoles, sobre una mesa ó tarima que se levantaba del suelo poco más de seis ó siete dedos; porque esta era la costumbre de los judíos. Acabado el lavatorio, mandó su Majestad preparar otra mesa alta, como ahora usamos para comer, dando fin con esta ceremonia á las cenas legales y cosas ínfimas y figurativas, y principio al nuevo convite en que fundaba la nueva ley de gracia. Y de aquí comenzó el consagrar en mesa ó altar levantado que permanece en la Iglesia católica. Cubrieron la nueva mesa con una toalla muy rica, y sobre ella pusieron un plato ó salvilla, y una copa grande de forma de cáliz, bastante para recibir el vino necesario, conforme á la voluntad de Cristo nuestro Salvador, que con su divino poder y sabiduría lo prevenía

y disponía todo. El dueño de la casa le ofreció con superior moción estos vasos tan ricos y preciosos de piedra como esmeralda. Después usaron de ellos los sagrados Apóstoles para consagrar cuando pudieron, y fué tiempo oportuno y conveniente. Sentóse á la mesa Cristo nuestro bien con los doce Apóstoles y algunos otros discípulos, y pidió le trajesen pan cenceño sin levadura, y púsolo sobre el plato, y vino puro, de que preparó el cáliz con lo que era menester.

Hizo luego el Maestro de la vida una plática regaladísima á sus Apóstoles; y sus palabras divinas, que siempre eran penetrantes hasta lo íntimo del corazón, en esta plática fueron como rayos encendidos del fuego de la caridad que los abrasaba en esta dulce llama. Manifestóles de nuevo altísimos misterios de su divinidad, humanidad y obras de la redención. Encomendóles la paz (1) y unión de la caridad (2), y se la dejó vinculada en aquel sagrado misterio que disponía obrar. Ofrecióles, que amándose unos á otros, los amaría su eterno Padre como le amaba á él. Dióles inteligencia de esta promesa y que los había escogido para fundar la nueva Iglesia y ley de gracia. Renovóles la luz interior que tenían de la su-

(1) Joan. xiv, 27.—(2) Ibid. xvii, 26.

prema dignidad, excelencia y prerrogativas de su purísima Madre Virgen. De todos estos misterios fué más ilustrado san Juan, por el oficio á que estaba destinado. La gran Señora desde su retiro y divina contemplación miraba lo que su Hijo santísimo iba obrando en el cenáculo; y con profunda inteligencia lo penetraba y entendía más que todos los Apóstoles y los Ángeles juntos, que asistían, como arriba queda dicho, en figura corporal, adorando á su verdadero Señor, Rey y Criador. Fueron traídos por los mismos Ángeles al cenáculo Enoc y Elías del lugar donde estaban, disponiendo el Señor que estos dos Padres de la ley natural y escrita se hallasen presentes á la nueva maravilla y fundación de la ley evangélica y participasen de sus misterios admirables.

Estando juntos todos los que he dicho, esperando con admiración lo que hacía el Autor de la vida, apareció en el cenáculo la persona del eterno Padre y la del Espíritu Santo, como en el Jordán y en el Tabor. De esta visión, aunque todos los Apóstoles y discípulos sintieron algún efecto, sólo algunos la vieron; en especial el Evangelista san Juan, que siempre tuvo vista de águila penetrante y privilegiada en los divinos misterios. Trasladóse todo el cielo al cenáculo

de Jerusalén; que tan magnífica fué la obra con que se fundó la Iglesia del nuevo Testamento, se estableció la ley de gracia, y se previno nuestra salud eterna. Para entender las acciones que hacía el Verbo humanado, advierto que como tenía dos naturalezas, la divina y la humana, entrambas en una persona, que era la del Verbo; por esto las acciones de entrambas naturalezas se atribuyen, se dicen, ó predicán de una misma persona, como también lá misma se llama Dios y hombre. Conforme á esto, cuando digo que hablaba y oraba el Verbo humanado á su eterno Padre, no se entiende que hablaba ni oraba con la naturaleza divina, en que era igual con el Padre (1), sino en la humana, en que era menor (2), y consta como nosotros de alma y cuerpo. En esta forma Cristo nuestro bien en el cenáculo confesó con alabanza y magnificencia á su eterno Padre por su divinidad y ser infinito; y pidiendo luego por el linaje humano, oró y dijo:

«Padre mío y Dios eterno, yo te confieso, te alabo y magnifico en el ser infinito de tu divinidad incomprendible, en la cual soy una misma cosa contigo (3) y con el Espíritu Santo, engendrado ab

(1) Joan. x, 30.—(2) Ibid. xiv, 28.—(3) Joan. x. 30.

« *eterno* por tu entendimiento (1) como
 « figura de tu sustancia (2) é imagen de tu
 « misma individua naturaleza. La obra de
 « la redención humana, que me encomen-
 « daste en la misma naturaleza que tomé en
 « el vientre virginal de mi Madre, quiero
 « consumir, y darle la suma perfección y
 « plenitud de tu divino beneplácito, y pasar
 « de este mundo á tu diestra, y llevar á tí á
 « todos aquellos que me diste (3), sin que
 « se pierda alguno en cuanto á nuestra vo-
 « luntad y suficiencia de su remedio. Mis
 « delicias son estar con los hijos de los
 « hombres (4), y en mi ausencia quedarán
 « huérfanos y solos, si los dejo sin mi asis-
 « tencia, no quedándome con ellos. Quiero,
 « Padre mío, dejarles prendas ciertas y se-
 « guras de mi inextinguible amor y de los
 « premios eternos que les tienes aparejados.
 « Quiero dejarles memoria indefectible de
 « lo que por ellos he obrado y padecido.
 « Quiero que hallen en mis merecimientos
 « remedio fácil y eficaz del pecado que par-
 « ticiparon en la desobediencia del primer
 « hombre, y restaurar copiosamente el de-
 « recho que perdieron á la felicidad eterna
 « para que fueron criados.

(1) Psalm. CIX, 3.—(2) Hebr. I, 3.—(3) Joan. XVII, 12.

(4) Prov. VIII, 31.

« Y porque serán pocos los que se con-
« servarán en esta justicia, es necesario les
« queden otros remedios con que la puedan
« restaurar y acrecentar, recibiendo de
« nuevo altísimos dones y favores de tu
« inefable clemencia, para justificarlos y
« santificarlos por diversos medios y cami-
« nos en el estado de su peligrosa peregrinación. Nuestra voluntad eterna, con
« que determinamos su creación de la nada
« para ser y tener existencia, fué para co-
« municarles nuestra divinidad, perfeccio-
« nes y eterna felicidad; y tu amor, que fué
« el que á mí me obligó á nacer pasible, y
« humillarme por ellos hasta la muerte de
« cruz (1), no se contenta ni satisface, si no
« inventa nuevos modos de comunicarse á
« los hombres según su capacidad y nues-
« tra sabiduría y poder. Esto ha de ser en
« señales visibles y sensibles, proporcio-
« nadas á la sensible condición de los hom-
« bres, y que tengan efectos invisibles, que
« participe su espíritu invisible é inmате-
« rial.

« Para estos altísimos fines de vuestra
« exaltación y gloria pido, Señor y Padre
« mio, el *fiat* de vuestra voluntad eterna en
« mi nombre y de todos los pobres y afligi-

(1) Philip. II, 8.

« dos hijos de Adán. Y si provocan sus cul-
« pas á vuestra justicia, su miseria y necesi-
« dad llama á vuestra infinita misericordia.
« Y con ella interpongo yo todas mis obras
« de la humanidad unida con lazo indisolu-
« ble á mi divinidad; la obediencia con que
« acepté ser pasible hasta morir; la humil-
« dad con que me sujeté á los hombres y á
« sus depravados juicios; la pobreza y tra-
« bajos de mi vida, mis afrentas y pasión,
« la muerte y el amor con que todo lo he
« admitido por tu gloria, y porque seas
« conocido y adorado de todas las criaturas
« capaces de tu gracia y de tu gloria. Tú,
« Señor y Padre mío, me hiciste hermano
« de los hombres y su cabeza (1), y de todos
« los electos que de nuestra divinidad han
« de gozar con nosotros para siempre; para
« que como hijos sean herederos conmigo
« de tus bienes eternos (2), y como miem-
« bros (3) participasen el influjo de la ca-
« beza que les quiero comunicar, según el
« amor que como á hermanos les tengo; y
« quiero, cuanto es de mi parte, traerlos
« conmigo á tu amistad y participación en
« que fueron formados en su cabeza natural
« el primer hombre.

(1) Colos. 1, 18.—(2) Rom. viii, 17.—(3) I. Cor. vi, 15.

« Con este inmenso amor dispongo, Se-
« ñor y Padre mío, que todos los mortales
« desde ahora puedan ser reengendrados
« con el sacramento del Bautismo en tu
« amistad y gracia con plenitud, y le pue-
« dan recibir luego que participen de la luz
« y sin propia voluntad, manifestándola por
« ellos otros para que renazcan en la de tu
« aceptación. Sean desde luego herederos
« de tu gloria: queden señalados por hijos
« de mi Iglesia con interior señal que no la
« pierdan: queden limpios de la mácula del
« pecado original: reciban los dones de las
« virtudes fe, esperanza y caridad, con que
« puedan obrar como hijos, conociéndote,
« esperando y amándote por tí mismo. Re-
« ciban también las virtudes con que deten-
« gan y gobiernen las pasiones desordena-
« das por el pecado, y conozcan sin engaño
« el bien y el mal. Sea este Sacramento la
« puerta de mi Iglesia y el que los haga ca-
« paces para los demás Sacramentos, y para
« nuevos favores y beneficios de nuestra
« gracia. Dispongo también que tras este
« Sacramento reciban otro en que sean rati-
« ficados y confirmados en la fe santa que
« han profesado y han de profesar, y la pue-
« dan defender con fortaleza llegando al uso
« de la razón. Y porque la fragilidad hu-
« mana desfallecerá fácilmente en la obser-

«vancia de mi ley, y no sufre mi caridad
«dejarla sin remedio fácil y oportuno,
«quiero que sirva para esto el sacramento
«de la Penitencia, donde reconociendo sus
«culpas con dolor, y confesándolas, se res-
«tituyan al estado de la justicia, y conti-
«núen los merecimientos de la gloria que
«les tengo prometida, y no queden triun-
«fando Lucifer y sus secuaces de haberlos
«apartado luego del estado y seguridad en
«que los puso el Bautismo.

«Justificados los hombres por medio de
«estos Sacramentos, estarán capaces de la
«suma participación y amor que conmigo
«pueden tener en el destierro de su vida
«mortal; y ésta ha de ser recibíendome sa-
«cramentado en su pecho por inefable
«modo en especies de pan y vino: en las
«del pan dejaré mi cuerpo, y en las del
«vino dejaré mi sangre. En cada uno es-
«taré todo real y verdaderamente; aunque
«así dispongo este sacramento misterioso
«de la Eucaristía, porque me doy en forma
«de alimento proporcionado á la condición
«humana y al estado de los viadores, por
«quien obro estas maravillas y con quienes
«estaré por este modo hasta el fin de los
«siglos venideros (1). Y para que tengan

(1) Math. xxviii, 20.

« otro Sacramento que los purifique y de-
« fienda cuando los mismos hombres lle-
« guen al término de la vida, les ordeno el
« sacramento de la Unción extrema, que
« también será alguna prenda de su resu-
« rrección en los mismos cuerpos señalados
« con este Sacramento. Y porque todos se
« ordenan á santificar los miembros de el
« cuerpo místico de mi Iglesia, en la cual
« se ha de guardar sumo concierto y orden
« dando á cada uno el grado conveniente á
« su ministerio; quiero que los ministros de
« éstos Sacramentos tengan orden en otro
« que los ponga en el supremo grado de
« sacerdotes, respecto de todos los otros fie-
« les, y que sirva para esto el sacramento
« del Orden, que los señale, distinga y san-
« tifique con particular excelencia. Y aun-
« que todos la recibirán de mí, quiero que
« sea por medio de una cabeza que sea mi
« Vicario y represente mi Persona y sea el
« supremo Sacerdote, en cuya voluntad de-
« posito las llaves del cielo, y todos le obe-
« dezcan en la tierra. Para más perfección
« de mi Iglesia ordeno el último sacramento
« del Matrimonio, que santifique el vínculo
« natural que se ordena á la propagación
« humana, y queden todos los grados de la
« Iglesia ricos y adornados de mis infinitos
« merecimientos. Esta es, eterno Padre,

« mi última voluntad, en que hago herederos á todos los mortales de mis merecimientos, vinculándolos en mi nueva Iglesia, donde los dejo depositados. »

Esta oración hizo Cristo nuestro Redentor en presencia de los Apóstoles, pero sin demostración exterior. Pero la beatísima Madre, que desde su retiro le miraba y acompañaba en ella, se postró en tierra y ofreció como Madre al eterno Padre las peticiones de su Hijo. Y aunque no podía añadir intensivamente cosa meritoria á las obras de su santísimo Hijo, con todo eso, como era su coadjutora, se extendió á ella esta petición, como en otras ocasiones; fomentando de su parte á la misericordia para que el eterno Padre no mirase á su Unigénito solo, sino siempre en compañía de su Madre. Y así los miró á entrambos, y aceptó las oraciones y peticiones respectivamente, de Hijo y Madre por la salud de los hombres. Hizo otra cosa la Reina en esta ocasión, porque se la remitió á ella su Hijo santísimo. Y para entenderla, se advierta que Lucifer estuvo presente al lavatorio de los Apóstoles, como queda dicho en el capítulo pasado; y de lo que vió hacer á Cristo nuestro bien, y que no le permitió á él salir del cenáculo, colegía su astucia que disponía el Señor alguna obra grande en benefi-

ció de los Apóstoles; y aunque se reconocía este dragón muy debilitado y sin fuerzas contra el mismo Redentor con todo eso con implacable furor y soberbia quiso investigar aquellos misterios para intentar contra ellos alguna maldad. Vió la gran Señora este conato de Lucifer, y que le remitía su Hijo santísimo esta causa: y encendida con el celo y amor de la gloria del muy alto y con potestad de Reina, mandó al dragón y á todas sus cuadrillas que al punto saliesen del cenáculo y descendiesen al profundo del infierno.

Dióla nueva virtud á María santísima para esta hazaña el brazo del Omnipotente, por la rebeldía de Lucifer, que ni él ni sus demonios pudieron resistir; y así fueron lanzados á las cavernas infernales hasta que se les dió nuevo permiso para que saliesen y se hallasen á la pasión y muerte de nuestro Redentor, donde con ella habían de quedar del todo vencidos y desengañados de que Cristo era el Mesías y Redentor del mundo, Dios y hombre verdadero. De aquí se entenderá cómo Lucifer y los demonios estuvieron presentes á la cena legal y lavatorio de los pies de los Apóstoles, y después á toda la pasión; mas no estuvieron en la institución de la sagrada Eucaristía, ni en la comunión que entonces hicieron, y

dió Cristo nuestro Señor. Levantóse luego la gran Reina á más alto ejercicio y contemplación de los misterios que se prevenían; y los santos Ángeles como á valerosa y nueva Judit, le cantaron la gloria de este gran triunfo contra el dragón infernal. Al mismo tiempo hizo Cristo nuestro bien otro cántico, confesando y dando gracias al eterno Padre por las peticiones que le había concedido en beneficio de los hombres.

Precediendo todo lo que he dicho, tomó en sus manos venerables Cristo bien nuestro el pan que estaba en el plato; y pidiendo interiormente licencia y dignación para obligar al Altísimo á que entonces, y después en la santa Iglesia, en virtud de las palabras que había de pronunciar, se hiciese presente, real y verdaderamente en la hostia, como quien las obedecía levantó los ojos al cielo con semblante de tanta majestad, que á los Apóstoles, á los Ángeles y á la misma Madre Virgen les causó nuevo temor reverencial. Y luego pronunció las palabras de la consagración sobre el pan, dejándole convertido transustancialmente en su verdadero cuerpo; y la consagración del vino pronunció sobre el cáliz, convirtiéndole en su verdadera sangre. Al mismo punto que acabó Cristo Señor nuestro de pronunciar las palabras, respondió el eterno Padre:

Este es mi Hijo dilectísimo, en quien yo tengo mi agrado, y le tendré hasta el fin del mundo; y estará él con los hombres el tiempo que les durare su destierro. Esto mismo confirmó también la persona del Espíritu Santo. Y la humanidad santísima de Cristo en la persona del Verbo hizo profunda reverencia á la Divinidad en el Sacramento de su cuerpo y sangre. La Madre Virgen desde su retiro se postró en tierra y adoró á su Hijo sacramentado con incomparable reverencia. Luego le adoraron los Ángeles de su custodia, y con ellos hicieron lo mismo todos los Angeles del cielo, y tras los santos espíritus le adoraron Enoc y Elías en su nombre, y en el de los antiguos Patriarcas y Profetas de las leyes natural y escrita, cada uno respectivamente.

Todos los Apóstoles y discípulos, porque tuvieron fe de este gran misterio, excepto el traidor Judas, le adoraron con ella con profunda humildad y veneración, cada uno según su disposición. Luego nuestro gran sacerdote Cristo levantó en alto su mismo cuerpo y sangre consagrados, para que de nuevo le adorasen todos los que asistían á esta Misa nueva, y así lo hicieron todos. En esta elevación fué más ilustrada su purísima Madre, san Juan, Enoc y Elías, para conocer por especial modo cómo en las especies del

pan estaba el sagrado cuerpo, y en las del vino la sangre, y en entrambas todo Cristo vivo y verdadero, por la unión inseparable de su alma santísima, y su cuerpo y sangre, y cómo estaba la Divinidad, y en la persona del Verbo las del Padre y Espíritu Santo; y por estas uniones, existencias é inseparables concomitancias, quedaban en la Eucaristía todas las tres Personas, con la perfecta humanidad de Cristo Señor nuestro. Esto conoció con más alteza la divina Señora, y los demás en sus grados. Conocieron también la eficacia de las palabras de la consagración, y cómo tenían ya virtud divina, para que pronunciadas con la intención de Cristo por cualquiera de los sacerdotes presentes y futuros en la debida materia, convirtiesen la sustancia del pan en su cuerpo y la del vino en su sangre, dejando á los accidentes sin sujeto y con nuevo modo de subsistir sin perderse; y esto con tal certeza y tan infalible, que antes faltará el cielo y la tierra, que falte la eficacia de esta forma de consagrar, debidamente pronunciada por el ministro y sacerdote de Cristo.

Conoció también por especial visión nuestra divina Reina cómo estaba el sagrado cuerpo de Cristo nuestro Señor escondido debajo de los accidentes del pan y vino, sin alterarlos, ni ellos á él; porque ni el cuer-

po puede ser sujeto suyo, ni ellos pueden ser formas del cuerpo. Ellos están con la misma extensión y calidades antes y después, ocupando el mismo lugar, como se conoce en la hostia consagrada; y el cuerpo sagrado está con modo indivisible, aunque tiene toda su grandeza, sin confundirse una parte con otra; y está todo en toda la hostia, y todo en cualquiera parte, sin que la hostia le ensanche ni limite, ni el cuerpo á la hostia; porque ni la extensión propia del cuerpo tiene respecto á la de las especies accidentales, ni la de las especies pende del cuerpo santísimo, y así tienen diferente modo de existencia, y el cuerpo se penetra con la cantidad de los accidentes sin que lo impidan. Y aunque naturalmente con su extensión pedía diferente lugar y espacio la cabeza de las manos, y éstas del pecho, y así las demás; pero con el poder divino se pone el cuerpo consagrado con esta grandeza en un mismo lugar, porque entonces no tiene respecto al espacio extendido que naturalmente ocupa, y de todos estos respectos se absuelve, porque sin ellos puede ser cuantitativo. Y tampoco está en un lugar solo ni en una hostia, sino en muchas juntamente, aunque sean sin número las hostias consagradas.

Entendió asimismo que el sagrado cuer-

po, aunque no tenía dependencia natural de los accidentes en el modo que he dicho, pero con todo eso no se conservaría en ellos sacramentado más del tiempo que durasen sin corromperse los accidentes del pan y del vino; porque así lo ordenó la voluntad santísima de Cristo, autor de estas maravillas. Y esta fué como una dependencia voluntaria y moral de la existencia milagrosa de su cuerpo y sangre con la existencia incorrupta de los accidentes. Y cuando ellos se corrompen y destruyen por las causas naturales que pueden alterarlos, como sucede después de recibido el Sacramento, que el calor del estómago los altera y corrompe, ó por otras causas que pueden hacer lo mismo; entonces cría Dios de nuevo otra sustancia en el último instante en que las especies están dispuestas para recibir la última transmutación; y con aquella nueva sustancia, faltando ya la existencia del cuerpo sagrado, se hace la nutrición del cuerpo que se alimenta, y se introduce la forma humana que es la alma. Esta maravilla de criar nueva sustancia que reciba los accidentes alterados y corruptos, es consiguiente á la determinación de la voluntad divina de no permanecer el cuerpo con la corrupción de los accidentes, y también al orden de la naturaleza; porque la sustancia

del hombre que se alimenta, no puede acrecentarse sino con otra sustancia que se le añada de nuevo, y los accidentes no pueden continuarse en esta sustancia.

Los Todos estos y otros milagros recopiló la diestra del Omnipotente en este augustísimo sacramento de la Eucaristía; y todos los entendió la Señora del cielo y tierra, y los penetró profundamente; y en su modo san Juan y los Padres que allí estaban de la ley antigua, y los Apóstoles entendieron muchos de ellos. Conociendo este beneficio común y tan grande la purísima Madre, conoció también la ingratitud que los mortales habían de tener de tan inefable misterio, fabricado para su remedio, y tomó por su cuenta desde entonces recompensar y suplir con todas sus fuerzas nuestra grosería y desagradecimiento, dando ella las gracias al eterno Padre y á su Hijo santísimo por tan rara maravilla y favor del linaje humano. Esta atención le duró toda la vida, y muchas veces lo hacía derramando lágrimas de sangre de su ardentísimo corazón para satisfacer nuestro reprensible y torpe olvido.

Mayor admiración me causa lo que sucedió al mismo Jesús nuestro bien, que habiendo levantado el santísimo Sacramento para que le adorasen los discípulos, como he dicho, le dividió con sus sagradas manos,

y se comulgó á sí mismo el primero, como primero y sumo sacerdote. Y reconociéndose, en cuanto hombre, inferior á la Divinidad que recibía en su mismo cuerpo y sangre consagrados, se humilló, encogió, y tuvo como un temblor en la parte sensitiva, manifestando dos cosas: la una, la reverencia con que se debía recibir su sagrado cuerpo; la otra, el dolor que sentía de la temeridad y audacia con que muchos de los hombres llegarían á recibir y tratar este altísimo y eminente Sacramento. Los efectos que hizo la Comunión en el cuerpo de Cristo nuestro bien fueron divinos y admirables; porque por un breve espacio redundaron en él los dotes de gloria de su alma santísima, como en el Tabor; mas esta maravilla sólo fue manifiesta á su purísima Madre, y algo conocieron san Juan, Enoc y Elías. Con este favor se despidió la humanidad santísima de recibir descanso y gozo hasta la muerte en la parte inferior. También vió la Virgen Madre con especial visión cómo se recibía Cristo su Hijo santísimo á sí mismo sacramentado y cómo estuvo en su divino pecho el mismo que se recibía. Todo esto hizo grandiosos efectos en nuestra Reina y Señora.

Hizo Cristo nuestro bien en comulgándose un cántico de alabanza al eterno Padre,

y se ofreció á sí mismo sacramentado por la salud humana, y luego partió otra partícula del pan consagrada, y la entregó al arcángel san Gabriel, para que la llevase y cumulgase á María santísima. Quedaron los santos Ángeles con este favor como satisfechos y recompensados de que la dignidad sacerdotal tan excelente les tocase á los hombres y no á ellos. Y sólo el haber tenido en sus manos el cuerpo sacramentado de su Señor y verdadero Dios les causó grande y nuevo gozo á todos. Esperaba la gran Señora y Reina con abundantes lágrimas el favor de la sagrada Comunión, cuando llegó san Gabriel con otros innumerables Ángeles; y de la mano del santo príncipe la recibió la primera después de su Hijo santísimo, imitándole en la humillación, reverencia y temor santo. Quedó depositado el santísimo Sacramento en el pecho de María santísima y sobre el corazón, como legítimo sagrario y tabernáculo del Altísimo. Y duró este depósito del sacramento inefable de la Eucaristía todo el tiempo que pasó desde aquella noche hasta después de la resurrección, cuando consagró san Pedro, y dijo la primera Misa, como diré en otra parte. Ordenó el todopoderoso Señor esta maravilla así, para consuelo de la gran Reina, y también para cumplir de

antemano por este modo la promesa hecha después á su Iglesia, que estaría con los hombres hasta el fin del siglo (1); porque después de su muerte no podía estar su humanidad santísima en la Iglesia por otro modo, mientras no se consagraba su cuerpo y sangre. Y en María purísima estuvo depositado este maná verdadero como en arca viva, con toda la ley evangélica, como antes las figuras en la arca de Moisés (2). Y todo el tiempo que pasó hasta la nueva consagración no se consumieron ni alteraron las especies sacramentales en el pecho de esta Señora y Reina del cielo. Dió gracias al eterno Padre y á su Hijo santísimo con nuevos cánticos á imitación de lo que el Verbo divino encarnado había hecho.

Después de comulgada la divina Princesa, dió nuestro Salvador el pan sacramentado á los Apóstoles (3), y les mandó que entre sí lo repartiesen y recibiesen, como lo recibieron; y les dió en estas palabras la dignidad sacerdotal, que comenzaron á ejercer comulgándose cada uno á sí mismo con suma reverencia, derramando copiosas lágrimas, y dando culto al cuerpo y sangre de nuestro Redentor que habían recibido. Quedaron con preeminencia de antigüedad

(1) Matth. xxviii, 20.—(2) Hebr. ix, 4.—(3) Luc. xxii, 17.

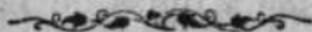
en la potestad de sacerdotes, como fundadores que habían de ser de la Iglesia evangélica (1). Luego san Pedro, por mandado de Cristo nuestro Señor, tomó otras partículas consagradas, y comulgó los dos padres antiguos Enoc y Elías. Y con el gozo y efectos de esta comunión quedaron estos dos santos confortados de nuevo para esperar la visión beatífica, que tantos siglos se les dilata por la voluntad divina, y esperar hasta el fin del mundo. Dieron los dos Patriarcas fervientes alabanzas y humildes gracias al Todopoderoso por este beneficio, y fueron restituidos á su lugar por ministerio de los santos Angeles. Esta maravilla ordenó el Señor, para dar prendas y participación de su encarnación, redención y resurrección general á las leyes antiguas, natural y escrita; porque todos estos misterios encierra en sí el sacramento de la Eucaristía, y dándoseles á los dos varones santos Enoc y Elías, que estaban vivos en carne mortal, se extendió esta participación á los dos estados de la ley natural y escrita; porque los demás que le recibieron pertenecían á la nueva ley de gracia, cuyos padres eran los Apóstoles. Así lo conocieron los dos santos Enoc y Elías, y en nombre

(1) Ephes. II, 20.

de los demás santos de sus leyes dieron gracias á su Redentor y nuestro por este oculto beneficio.

Otro milagro muy secreto sucedió en la comunión de los Apóstoles, y fué, que el pérfido y traidor Judas, viendo lo que su divino Maestro disponía mandándoles comulgar, determinó, como infiel, no hacerlo, sino reservar el sagrado cuerpo, si pudiera ocultamente, para llevarle á los pontífices y fariseos, y decirles quién era su Maestro, pues decía que aquel pan era su mismo cuerpo, y ellos lo acriminasen por gran delito; y si no pudiese conseguir esto, intentaba hacer algún otro vituperio del divino Sacramento. La Señora y Reina del cielo, que por visión clarísima estaba mirando todo lo que pasaba y la disposición con que interior y exteriormente recibían los Apóstoles la sagrada Comunión, y sus efectos y afectos, vió también los execrables intentos del obstinado Judas. Encendióse toda en el celo de la gloria de su Señor, como Madre, como Esposa y como Hija: y conociendo era voluntad suya que usase en aquella ocasión de la potestad de Madre y Reina, mandó á sus Angeles que sucesivamente sacasen á Judas de la boca el pan y vino consagrado, y lo restituyesen á donde estaba lo demás sacramentado, por-

que en aquella ocasión le tocaba defender la honra de su Hijo santísimo, para que Judas no le injuriase, como intentaba con aquella nueva ignominia que maquinaba. Obedecieron los Angeles, y cuando llegó á comulgar el pésimo de los vivientes Judas, le sacaron las especies sacramentales, una tras de otra, de la boca; y purificándolas de lo que habían recibido en aquel inmundísimo lugar, las redujeron á su primera disposición, y las colocaron ocultamente entre las demás, celando siempre el Señor la honra de su enemigo y obstinado Apóstol. Después recibieron estas especies los que fueron comulgando tras de Judas por sus antigüedades; porque ni él fué el primero ni el último que comulgó, y los Angeles santos lo ejecutaron en brevísimo espacio. Hizo nuestro Salvador gracias al eterno Padre, y con esto dió fin á los misterios de la cena legal y sacramental, y principio á los de su pasión, que diré en los capítulos siguientes. La Reina de los cielos continuaba en la atención, admiración de todos, y en los cánticos de alabanza y magnificencia al altísimo Señor.



Doctrina que me dió la gran señora del mundo María santísima.

¡Oh hija mía, si los profesores de la santa fe católica abriesen los corazones endurecidos y pesados, para recibir la verdadera inteligencia del sagrado misterio y beneficio de la Eucaristía! ¡Oh si desahogados y abstraídos de los afectos terrenos, y moderando sus pasiones, aplicasen la fe viva para entender en la divina luz su felicidad, en tener consigo á Dios eterno sacramentado y poderle recibir y frecuentar, participando los efectos de este divino maná del cielo; si dignamente conociesen esta gran dádiva; si estimasen este tesoro; si gustasen su dulzura; si participasen en ella la virtud oculta de su Dios omnipotente! Nada les quedaba que desear ni que temer en su destierro. No deben querrellarse los mortales en el dichoso siglo de la ley de gracia, que les afligen su fragilidad y sus pasiones; pues en este pan del cielo tienen á la mano la salud y la fortaleza. No de que son tentados y perseguidos del demonio; pues con el buen uso de este Sacramento inefable le vencerán glo-

riosamente, si para esto dignamente le frecuentan. Culpa es de los fieles no atender á este misterio, y valerse de su virtud infinita para todas sus necesidades y trabajos, que para su remedio le ordenó mi Hijo santísimo. De verdad te digo, carísima, que tienen Lucifer y sus demonios tal temor á la presencia de la Eucaristía, que el acercarse á ella les causa mayores tormentos que estar en el infierno. Y aunque entran en los templos para tentar á las almas, esto hacen como violentándose á padecer crueles penas, á trueque de derribar una alma y obligarla ó atraerla á que cometa un pecado; y más en los lugares sagrados y presencia de la Eucaristía. Y por alcanzar este triunfo los compele su indignación, que tienen contra Dios y contra las almas, para que se expongan á padecer aquel nuevo tormento de estar cerca de Cristo mi Hijo santísimo sacramentado.

Quando lo llevan en procesión por las calles, de ordinario huyen y se alejan á toda priesa; y no se atrevieran á acercarse á los que le van acompañando, sino fuera por la confianza que tienen, con tan larga experiencia, de que vencerán á algunos, para que pierdan la reverencia al Señor. Por esto trabajan mucho en tentar en los templos; porque saben cuánta injuria se hace en esto

al mismo Señor que está sacramentado por amor, aguardando á santificar los hombres y á que le den retorno de su amor dulcísimo y demostrativo con tantas finezas. Por esto entenderás el poder que tiene quien dignamente recibe este pan sagrado de los Ángeles contra los demonios, y cómo temerían á los hombres si le frecuentasen con devoción y pureza, procurándose conservar en ella hasta otra comunión. Pero son muy pocos los que viven con este cuidado; y el enemigo está alerta acechando y procurando que luego se olviden, entibien y distraigan, para que no se valgan ellos de armas tan poderosas. Escribe esta doctrina en tu corazón; y porque sin merecerlo tú, ha ordenado el Altísimo, por medio de la obediencia, que cada día participes de este sagrado Sacramento recibéndole; trabaja por conservarte en el estado en que te pones para una comunión hasta que hagas otra; porque la voluntad de mi Señor y la mía es, que con este cuchillo pelees las guerras del Altísimo en nombre de la santa Iglesia contra los enemigos invisibles que hoy tienen afligida y triste á la señora de las gentes (1), sin haber quien la consuele ni dignamente lo considere. Lloro por esta causa, y dividase tu cora-

(1) Thren. 1, 1.

zón de dolor; pero estando el omnipotente y justo Juez tan indignado contra los católicos, por haber irritado su justicia con los pecados tan desmedidos y repetidos debajo de la santa fe que profesan, no hay quien considere, pese y tema tan grande daño, ni se disponga al remedio que pudiera solicitar con el buen uso de el divino sacramento de la Eucaristía, y llegando á él con corazones contritos y humillados y con mi intercesión.

En esta culpa, que en todos los hijos de la Iglesia es gravísima, son más reprehensibles los indignos y malos sacerdotes; porque de la irreverencia con que ellos tratan al santísimo Sacramento del altar han tomado ocasión los demás católicos para despreciarle. Y si el pueblo viera que los sacerdotes se llegaban á los divinos misterios con temor y temblor reverencial, conocieran que con el mismo habían de tratar y recibir todos á su Dios sacramentado. Y los que así lo hacen, resplandecen en el cielo como el sol entre las estrellas; porque de la gloria de mi Hijo santísimo en su humanidad, á los que le trataron y recibieron con toda reverencia, les redunda especial luz y resplandor de gloria, el cual no tienen los que no han frecuentado con devoción la sagrada Eucaristía. Á más de esto tendrán después

de sus cuerpos gloriosos, unas señales ó divisas en el pecho donde le recibieron, muy brillantes y hermosísimas, en testimonio de que fueron dignos tabernáculos del santísimo Sacramento, cuando le recibieron. Esto será de gran gozo accidental para ellos, y júbilo de alabanza para los Ángeles y admiración para todos. Recibirán también otro premio accidental; porque entenderán y verán con especial inteligencia, el modo con que está mi Hijo santísimo en la Eucaristía y todos los milagros que en ella se encierran; y será tan grande el gozo, que él solo bastara para recrearlos eternamente, cuando no tuvieran otro en el cielo. Pero la gloria esencial de los que con digna devoción y pureza recibieron la Eucaristía igualará, y en muchos excederá á la que tienen algunos mártires que no la recibieron.

Quiero también, hija mía, que de mi boca oigas lo que yo juzgaba de mí, cuando en la vida mortal había de recibir á mi Hijo y Señor sacramentado. Para que mejor lo entiendas renueva en tu memoria todo lo que has entendido y conocido de mis dones, gracia, obras y merecimientos de mi vida como te la he manifestado, para que lo escribas. Fuí preservada en mi concepción de la culpa original, y en aquel instante tuve la noticia y visión de la Divinidad que muchas

veces has repetido. Tuve mayor ciencia que todos los Santos; excedí en amor á los supremos Serafines; nunca cometí culpa actual; siempre ejercité todas las virtudes heroicamente, y la menor de ellas fué más que lo supremo de los otros muy santos en lo último de su santidad; los fines de todas mis obras fueron altísimos; los hábitos y dones sin medida y tasa; imité á mi Hijo santísimo con suma perfección; trabajé fielmente; padecí animosa y cooperé con todas las obras del Redentor en el grado que me tocaba; y jamás cesé de amarle y merecer aumentos de gracia y gloria en grado eminentísimo. Pues todos estos méritos juzgué se me habían pagado dignamente con sola una vez que recibí su sagrado cuerpo en la Eucaristía, y aun no me juzgaba digna de tan alto beneficio. Considera tú ahora, hija mía, lo que tú y los demás hijos de Adán debéis pensar llegando á recibir este admirable Sacramento. Y si para el mayor de los Santos fuera premio superabundante sola una comunión. ¿qué deben sentir y hacer los sacerdotes y los fieles que la frecuentan? Abre tú los ojos entre las densas tinieblas y ceguedad de los hombres, y levántalos á la divina luz, para conocer estos misterios. Juzga tus obras por desiguales y párvulas, tus méritos por muy limitados, tus trabajos por

levísimos, y tu agradecimiento por muy inferior y corto para tan raro beneficio como tener la Iglesia santa á Cristo mi Hijo sacramentado, y deseoso de que todos le reciban para enriquecerlos. Y si no tienes digna retribución que ofrecerle por este bien y los que recibes, por lo ménos humíllate hasta el polvo; pégate con él y confiésate indigna con toda la verdad del corazón. Magnifica al Altísimo, bendícele y alábale, estando siempre preparada para recibirle con fervientes afectos y padecer muchos martirios por alcanzar tan grande bien.





CAPÍTULO VI.

LA ORACIÓN QUE HIZO NUESTRO SALVADOR EN EL QUERTO,
Y SUS MISTERIOS; Y LO QUE DE TODOS CONOCIO
MARÍA SANTÍSIMA.

CON las maravillas y misterios que nuestro Salvador Jesús obró en el nacimiento dejaba dispuesto y ordenado el reino que el eterno Padre con su voluntad inmutable le había dado; y entrada ya la noche que sucedió al jueves de la cena, determinó salir á la penosa batalla de su pasión y muerte, en que se había de consumir la redención humana. Salió su Majestad del aposento donde había celebrado tantos misterios milagrosos y al mismo tiempo salió también su Madre santísima de su retiro para encontrarse con él. Llegaron á carearse el Príncipe de las eternidades y la Reina traspasando el corazón de entrambos la penetrante espada de dolor que á un tiempo les hirió penetrantemente sobre todo pensamiento humano y angélico. La dolorosa Ma-

dre se postró en tierra, adorándole como á su verdadero Dios y Redentor. Y mirándola su divina Majestad con semblante majestuoso y agradable de Hijo suyo, le habló y le dijo solas estas palabras: *Madre mía, con vos estaré en la tribulación; hagamos la voluntad de mi eterno Padre y la salud de los hombres.* La gran Reina se ofreció con entero corazón al sacrificio, y pidió la bendición. Y habiéndola recibido se volvió á su retiro, de donde el Señor le concedió que estuviese á la vista de todo lo que pasaba, y lo que su Hijo santísimo iba obrando, para acompañarle y cooperar en todo en la forma que á ella le tocaba. El dueño de la casa, que estaba presente á esta despedida, con impulso divino ofreció luego la misma casa que tenía, y lo que en ella había, á la Señora del cielo, para que se sirviese de ello mientras estuviese en Jerusalén, y la Reina admitió con humilde agradecimiento. Con su Alteza quedaron los mil Ángeles de guarda, que la asistían siempre en forma visible para ella, y también la acompañaron algunas de las piadosas mujeres que consigo había traído.

Nuestro Redentor y Maestro salió de la casa del cenáculo en compañía de todos los hombres que le habían asistido en las cenas y celebración de sus misterios; y luego se despidieron muchos de ellos por diferentes

calles, para acudir cada uno á sus ocupaciones. Su Majestad, siguiéndole solos los doce Apóstoles, encaminó sus pasos al monte Olivete, fuera y cerca de la ciudad de Jerusalén á la parte oriental. Y como la alevosía de Judas le tenía tan atento y solícito de entregar al divino Maestro, imaginó que iba á trasnochar en la oración, como lo tenía de costumbre. Parecióle aquella ocasión muy oportuna para ponerle en manos de sus confederados los escribas y fariseos. Con esta infeliz resolución se fué deteniendo y dejando alargar el paso á su divino Maestro y á los demás Apóstoles, sin que ellos lo advirtiesen por entonces; y al punto que los perdió de vista partió á toda priesa á su precipicio y destrucción. Llevaba gran sobresalto, turbación y zozobra, testigos de la maldad que iba á cometer; y con este inquieto orgullo, como mal seguro de conciencia, llegó corriendo y azorado á casa de los pontífices. Sucedió en el camino, que viendo Lucifer la priesa que se daba Judas en procurar la muerte de Cristo nuestro bien, y sospechando el dragón que era el verdadero Mesías, como queda dicho en el capítulo IV, le salió al encuentro en figura de un hombre muy malo, amigo del mismo Judas, con quien él había comunicado su traición. En esta figura le habló Lucifer á Judas sin ser

conocido por él: y le dijo que aquel intento de vender á su Maestro, aunque al principio le había parecido bien por las maldades que de él le había dicho; pero que pensando sobre ello había tomado mejor acierto en su dictamen y acuerdo para él, y le parecía no le entregase á los pontífices y fariseos; porque no era tan malo como el mismo Judas pensaba, ni merecía la muerte, y que sería posible que hiciese algunos milagros con que se libraría y después le podría suceder á él gran trabajo

Este enredo hizo Lucifer, retractando con nuevo temor las sugerencias que primero había enviado al corazón pérfido del traidor discípulo contra el Autor de la vida. Pero salióle en vano su nueva malicia; porque Judas, que había perdido la fe voluntariamente y no tenía las violentas sospechas del demonio, quiso aventurar antes la muerte de su Maestro, que aguardar la indignación de los fariseos, si le dejaba con vida. Con este miedo y su abominable codicia no hizo caso del consejo de Lucifer, aunque le juzgó por el hombre que representaba. Y como estaba desamparado de la gracia divina, ni quiso ni pudo persuadirse por la instancia del demonio para retroceder en su maldad. Y como el Autor de la vida estaba en Jerusalén, y también los pontífices consultaban,

cuando llegó Judas, cómo les cumpliría lo prometido de entregársele en sus manos (1); en esta ocasión entró el traidor, y les dió cuenta como dejaba á su Maestro con los demás discípulos en el monte Olivete; que le parecía la mejor ocasión para prenderle aquella noche, como fuesen con cautela y prevenidos, para que no se les fuese de entre las manos con las artes y mañas que sabía. Alegráronse mucho los sacrílegos pontífices, y quedaron previniendo gente armada para salir luego al prendimiento del inocentísimo Cordero.

Estaba en el ínterin su Majestad divina con los once Apóstoles tratando de nuestra salud eterna, y de los mismos que le maquinaban la muerte. Inaudita y admirable porfía de la suma malicia humana, y de la inmensa bondad y caridad divina: que si desde el primer hombre se comenzó esta contienda del bien y del mal en el mundo, en la muerte de nuestro Reparador llegaron los dos extremos á lo sumo que pudieron subir; pues á un mismo tiempo obró cada uno á vista del otro lo más que le fué posible: la malicia humana quitando la vida y honra á su mismo Hacedor y Reparador; y su Majestad dándola por ellos con inmensa

(1) Marc. xiv, 44.

caridad. Fué como necesario en esta ocasión (á nuestro modo de entender) que el alma santísima de Cristo nuestro bien atendiese á su Madre purísima, y lo mismo su divinidad, para que tuviese algún agrado entre las criaturas, en que descansase su amor y se detuviese la justicia. Porque en sola aquella pura criatura miraba lograda dignísimamente la pasión y muerte que se le prevenía por los hombres; y en aquella santidad sin medida hallaba la justicia divina alguna recompensa de la malicia humana; y en la humildad y caridad fidelísima de esta gran Señora quedaban depositados los tesoros de sus merecimientos, para que después como de cenizas encendidas renaciese la Iglesia, como nueva fénix, en virtud de los mismos merecimientos de Cristo nuestro Señor y de su muerte. Este agrado que recibía la humanidad de nuestro Redentor con la vista de la santidad de su digna Madre, le daba esfuerzo y como aliento para vencer la malicia de los mortales; y reconocía por bien empleada su paciencia en sufrir tales penas, porque tenía entre los hombres á su amantísima Madre.

Todo lo que iba sucediendo conocía la gran Señora desde su recogimiento; y vió los pensamientos del obstinado Judas, y el modo como se desvió del colegio apostó-

lico, y como le habló Lucifer en forma de aquel hombre su conocido, y todo lo que pasó con él cuando llegó á los príncipes de los sacerdotes; y lo que trataban y prevenían para prender al Señor con tanta presteza. El dolor con que esta ciencia penetraba el castísimo corazón de la Madre virgen; los actos de virtudes que ejercitaba á la vista de tales maldades, y cómo procedía en todos estos sucesos, no cabe en nuestra capacidad el explicarlo; basta decir que todo fué con plenitud de sabiduría, santidad y agrado de la beatísima Trinidad. Compadecióse de Judas, y lloró la pérdida de aquel perverso discípulo. Recompensó su maldad adorando, confesando, amando y alabando al mismo Señor que él vendía con tan injuriosa y desleal traición. Estaba preparada y dispuesta á morir por él, si fuera necesario. Pidió por los que estaban fraguando la prisión y muerte de su divino Cordero, como prendas que se habían de comprar y estimar con el valor infinito de tan preciosa sangre y vida; que así los miraba, estimaba y valórea la prudentísima Señora.

Prosiguió nuestro Salvador su camino, pasando el torrente Cedrón (1) para el

(1) JOH. XVIII, 1.

monte Olivete, y entró en el huerto de Getsemaní, y hablando con todos los Apóstoles que le seguían, les dijo: Esperadme, y asentaos aquí, mientras yo me alejo un poco á la oración (1); y orad también vosotros para que no entréis en tentación (2). Dióles este aviso el divino Maestro, para que estuviesen constantes en la fe contra las tentaciones que en la cena los había prevenido que todos serían escandalizados aquella noche (3) por lo que le verían padecer: y que Satanás los embestiría para ventilarlos (4) y turbarlos con falsas sugerencias; porque el Pastor, como estaba profetizado (5), había de ser maltratado y herido, y las ovejas serían derramadas. Luego el Maestro de la vida, dejando á los ocho Apóstoles juntos, llamó á san Pedro, á san Juan y á Santiago (6), y con los tres se retiró de los demás á otro puesto donde no podía ser visto ni oído de ellos. Estando con los tres Apóstoles levantó los ojos al eterno Padre, y le confesó y alabó como acostumbraba; y en su interior hizo una oración y petición en cumplimiento de la profecía de Zacarías (7), dando licencia á la muerte para que llegase al inocentísimo

(1) Matth. xxvi, 36.—(2) Luc. xxii, 40.—(3) Matth. xxvi, 31.—(4) Luc. xxii, 31.—(5) Zach. xiii, 7.—(6) Marc. xiv, 33.—(7) Zach. xiii, 7.

y sin pecado, y mandando á la espada de la justicia divina que despertase sobre el Varón que estaba unido con el mismo Dios, y ejecutase en él todo su rigor, y le hiriese hasta quitarle la vida. Para esto se ofreció Cristo nuestro bien de nuevo al Padre en satisfacción de su justicia por el rescate de todo el linaje humano, y dió consentimiento á los tormentos de la pasión y muerte, para que en él se ejecutase en la parte que su humanidad santísima era pasible; y suspendió y detuvo desde entonces el consuelo y alivio que de la parte impasible pudiera redundarle, para que con este desamparo llegasen sus pasiones y dolores al sumo grado de padecer; y el eterno Padre lo concedió y aprobó, según la voluntad de la humanidad santísima del Verbo.

Esta oración fué como una licencia y permiso con que se abrieron las puertas al mar de la pasión y amargura, para que con ímpetu entrasen hasta el alma de Cristo, como lo había dicho por David (1). Y así comenzó luego á congojarse y sentir grandes angustias, y con ellas dijo á los tres Apóstoles: *Triste está mi alma hasta la muerte* (2). Y porque estas palabras y tristeza de nuestro Salvador encierran tantos misterios para nues-

(1) Psalm. LXVIII, 2. — (2) Marc. XIV, 34.

tra enseñanza, diré algo de lo que se me ha declarado, como yo lo entiendo. Dió lugar su Majestad para que esta tristeza llegase á lo sumo natural y milagrosamente, según toda la condición pasible de su humanidad santísima. Y no sólo se entristeció por el natural apetito de la vida en la porción inferior de ella, sino también según la parte superior, con qué miraba la reprobación de tantos por quienes había de morir, y la conocía en los juicios y decretos inescrutables de la divina justicia. Esta fué la causa de su mayor tristeza, como adelante veremos. No dijo que estaba triste por la muerte, sino hasta la muerte; porque fué menor la tristeza del apetito natural de la vida, por la muerte que le amenazaba de cerca. Y á más de la necesidad de ella para la redención, estaba pronta su voluntad santísima para vencer este natural apetito para nuestra enseñanza, por haber gozado, por la parte que era viador, de la gloria del cuerpo en su Transfiguración. Porque con este gozo se juzgaba como obligado á padecer, para dar el retorno de aquella gloria que recibió la parte de viador, para que hubiese correspondencia en el recibo y en la paga, y quedásemos enseñados de esta doctrina en los tres Apóstoles, que fueron testigos de aquella gloria y de esta tristeza y congojas; que por esto fueron

escogidos para el uno y otro misterio: y así lo entendieron en esta ocasión con luz particular que para esto se les dió.

Fué también como necesario, para satisfacer al inmenso amor con que nos amó nuestro Salvador Jesús, dar licencia á esta tristeza misteriosa, para que con tanta profundidad le anegase; porque si no padeciera en ella lo sumo á que pudo llegar, no quedara saciada su caridad, ni se conociera tan claramente que era inextinguible por las muchas aguas de tribulaciones (1). Y en el mismo padecer la ejercitó esta caridad con los tres Apóstoles que estaban presentes, y turbados con saber que ya se llegaba la hora en que el divino Maestro había de padecer y morir, como él mismo se lo había declarado por muchos modos y prevenciones. Esta turbación y cobardía que padecieron, los confundía y avergonzaba en sí mismos, sin atreverse á manifestarla; pero el amantísimo Señor los alentó manifestándoles su misma tristeza, que padecería hasta la muerte; para que viéndole á él afligido y congojado, no se confundiesen de sentir ellos sus penas y temores en que estaban. Tuvo juntamente otro misterio esta tristeza del Señor para los tres apóstoles, Pedro, Juan y Diego,

(1) Cant. VIII, 7.

porque entre todos los demás ellos tres habían hecho más alto concepto de la divinidad y excelencia de su Maestro, así por la grandeza de su doctrina, santidad de sus obras y potencia de sus milagros: que en todo esto estaban más admirados y más atentos al dominio que tenía sobre las criaturas. Y para confirmarnos en la fe de que era hombre verdadero y pasible, fue conveniente que de su presencia conociesen y viesen estaba triste y afligido como hombre verdadero; y en el testimonio de estos tres Apóstoles, privilegiados con tales favores, quedase la Iglesia santa informada contra los errores que el demonio pretendía sembrar en ella sobre la verdad de la humanidad de Cristo nuestro Salvador; y también los demás fieles tuviésemos este consuelo, cuando nos aflijan los trabajos y nos posea la tristeza.

Ilustrados interiormente los tres Apóstoles con esta doctrina, añadió el Autor de la vida y les dijo: *Esperadme aquí, velad y orad conmigo* (1). Que fué enseñarles la práctica de todo lo que les había prevenido y advertido, y que estuviesen con él constantes en su doctrina y fe, y no se desviasen á la parte del enemigo; y para conocerle y

(1) Matth. xxvi, 38.

resistirle, estuviesen atentos y vigilantes, esperando que después de las ignominias de la pasión verían la exaltación de su nombre. Con esto se apartó el Señor de los tres Apóstoles algún espacio dellugar de donde los dejó. Y postrado en tierra sobre su divino rostro oró al Padre eterno, y le dijo: *Padre mío, si es posible, pase de mi este cáliz* (1). Esta oración hizo Cristo nuestro bien después que bajó del cielo con voluntad eficaz de morir y padecer por los hombres; después que despreciando la confusión de su pasión (2), la abrazó de voluntad, y no admitió el gozo de su humanidad; después que con ardentísimo amor corrió á la muerte, á las afrentas, dolores y aflicciones; después que hizo tanto aprecio de los hombres, que determinó redimirlos con el precio de su sangre. Y cuando con su divina y humana sabiduría, y con su inextinguible caridad sobrepujaba tanto al temor natural de la muerte, no parece que solo él pudo dar motivo á esta petición. Así lo he conocido en la luz que se me ha dado de los ocultos misterios que tuvo esta oración de nuestro Salvador.

Y para manifestar lo que yo entiendo, advertido que en esta ocasión entre nuestro Re-

(1) Matth. xxvi, 39.—(2) Hebr. xiii, 2.

dentor Jesús y el eterno Padre se trataba del negocio más arduo que tenía por su cuenta, que era la redención humana y el fruto de su pasión y muerte de cruz, para la oculta predestinación de los santos. Y en esta oración propuso Cristo nuestro bien, sus tormentos, su sangre preciosísima y su muerte al eterno Padre, ofreciéndola de su parte por todos los mortales, como precio superabundantísimo para todos y para cada uno de los nacidos, y de los que después habían de nacer hasta el fin del mundo; y de parte del linaje humano presentó todos los pecados, infidelidades, ingratitudes y desprecios que los malos habían de hacer para malograr su afrentosa muerte y pasión, por ellos admitida y padecida; y los que en efecto se habían de condenar á pena eterna, por no haberse aprovechado de su clemencia. Y aunque el morir por los amigos y predestinados era agradable y como apetecible para nuestro Salvador; pero morir y padecer por la parte de los réprobos era muy amargo y penoso; porque de parte de ellos no había razón final para sufrir el Señor la muerte. Á este dolor llamó su Majestad cáliz, que era el nombre con que los hebreos significaban lo que era muy trabajoso y de grande pena, como lo significó el mismo Señor hablando con los hijos del Zebe-

deó, cuando les dijo: Si podrían beber el cáliz como su Majestad le había de beber (1). Este cáliz fué tanto más amargo para Cristo nuestro bien, cuanto conoció que su pasión y muerte para los réprobos no sólo sería sin fruto, sino que sería ocasión de escándalo (2), y redundaría en mayor pena y castigo para ellos, por haberla despreciado y malogrado.

Entendí, pues, que la oración de Cristo nuestro Señor fué pedir al Padre pasase de él aquel cáliz amarguísimo de morir por los réprobos. Y que siendo ya inexcusable la muerte, ninguno, si era posible, se perdiese; pues la redención que ofrecía era superabundante para todos, y cuanto era de su voluntad á todos la aplicaba, para que á todos aprovechase, si era posible eficazmente; y si no lo era, resignaba su voluntad santísima en la de su eterno Padre. Esta oración repitió nuestro Salvador tres veces por intervalos (3), orando prolijamente con agonia, como dice san Lucas (4), según lo pedía la grandeza y peso de la causa que se trataba. Y á nuestro modo de entender, en ella intervino una como altercación y contienda entre la humanidad santísima de Cristo y la divinidad. Porque la humanidad, con íntimo

(1) Matth. xx, 22.—(2) I Cor. i, 23.—(3) Matth. xxvi, 44.
—(4) Luc. xxii, 43.

amor que tenía á los hombres de su misma naturaleza, deseaba que todos por la pasión consiguieran la salud eterna. Y la divinidad representaba que por sus juicios altísimos estaba fijó el número de los predestinados; y conforme á la equidad de su justicia, no se debía conceder el beneficio á quien tanto le despreciaba, y de su voluntad libre se hacían indignos de la vida de las almas, resistiendo á quien se la procuraba y ofrecía. De este conflicto resultó la agonía de Cristo y la prolija oración que hizo, alegando el poder de su eterno Padre (1), y que todas las cosas le eran posibles á su infinita majestad y grandeza.

Creció esta agonía en nuestro Salvador con la fuerza de la caridad, y con la resistencia que conocía de parte de los hombres, para lograr en todo su pasión y muerte: y entonces llegó á sudar sangre con tanta abundancia de gotas muy gruesas, que corría hasta llegar al suelo (2). Y aunque su oración y petición fué condicionada, y no se le concedió lo que debajo de condición pedía, porque faltó por los réprobos; mas alcanzó en ella que los auxilios fuesen grandes y frecuentes para todos los mortales, y que se fuesen multiplicando en aquellos

(1) Marc. xiv, 36.—(2) Luc. xxii, 44.

que los admitiesen y no pusiesen óbice, y que los justos y santos participasen el fruto de la redención con grande abundancia, y les aplicasen muchos dones y gracias de que los réprobos se harían indignos. Y conformándose la voluntad humana de Cristo con la divina aceptó la pasión por todos respectivamente: para los réprobos como suficiente, y para que se les diesen auxilios suficientes, si ellos querían aprovecharlos; y para los predestinados como eficaz, porque ellos cooperarían á la gracia. Así quedó dispuesta y como efectuada la salud del cuerpo místico de la santa Iglesia, debajo de su cabeza (1) y de su artífice Cristo nuestro bien.

Y para el lleno de este divino decreto, estando su Majestad en la agonía de su oración tercera vez, envió el eterno Padre al santo arcángel Miguel (2), que le respondiese y confortase por medio de los sentidos corporales, declarándole en ellos lo que él mismo Señor sabía por la ciencia de su santísima alma; porque nada le pudo decir el Ángel que el Señor no supiera, ni tampoco podía obrar en su interior otro efecto para este intento. Pero, como arriba se ha dicho, tenía Cristo nuestro bien sus-

(1) Colos. 1, 18.— Luc. xxii, 43.

pendido el alivio que de su ciencia y amor podía redundar en su humanidad santísima, dejándola en cuanto pasible, á todo padecer en sumo grado, como después lo dijo en la cruz; y en lugar de este alivio y confortación recibió alguna con la embajada del santo Arcángel por parte de los sentidos, al modo que obra la ciencia ó noticia experimental de lo que antes se sabía por otra ciencia; porque la experiencia es nueva y mueve los sentidos y potencias naturales. Lo que le dijo san Miguel de parte del Padre eterno fué representarle é intimarle en el sentido, que no era posible, como su Majestad sabía, salvarse los que no quieren ser salvos; pero que en la aceptación divina valía mucho el número de los predestinados, aunque fuese menor que el de los réprobos; y que entre aquellos estaba su Madre santísima, que era digno fruto de su redención; y que se lograría en los Patriarcas, Profetas, Apóstoles, Mártires, Vírgenes y Confesores, que serían muy señalados en su amor, y obrarían cosas admirables para ensalzar el santo nombre del Altísimo; y entre ellos le nombró el Ángel algunos, después de los Apóstoles, como fueron los Patriarcas fundadores de las religiones, con las condiciones de cada uno. Otros grandes y ocultos sacramentos manifestó ó refirió el Ángel,

que ni es necesario declararlos, ni tengo orden para hacerlo, porque basta lo dicho para seguir el discurso de esta Historia.

En los intervalos de esta oración que hizo nuestro Salvador, dicen los Evangelistas (1) que volvió á visitar á los Apóstoles y á exhortarlos á que velasen, orasen y no entrasen en la tentación. Esto hizo el vigilantísimo Pastor, para dar forma á los prelados de su Iglesia del cuidado y gobierno que han de tener de sus ovejas; porque si para cuidar de ellas dejó Cristo Señor nuestro la oración, que tanto importaba, dicho está lo que deben hacer los prelados, posponiendo otros negocios é intereses á la salud de sus súbditos. Y para entender la necesidad que tenían los Apóstoles advierto, que el dragón infernal, después que arrojado del cenáculo, como se dijo arriba, estuvo algún tiempo oprimido en las cavernas del profundo, dió el Señor permiso para que saliese, por lo que había de servir su malicia á la ejecución de los decretos del Señor. Y de golpe fueron muchos á embestir á Judas para impedir la venta en la forma que se ha declarado. Y como no le pudieron disuadir, se convirtieron contra los demás Apóstoles, sospechando que en el cenáculo habían re-

(1) Matth. xxvi, 41; Marc. xiv, 38; Luc. xxii. 42.

cibido algún favor grande de su Maestro; y lo deseaba rastrear Lucifer, para conocerlo y destruirlo si pudiera. Esta crueldad y furor del príncipe de las tinieblas y de sus ministros vió nuestro Salvador; y como Padre y Pastor vigilante, acudió á prevenir los hijos pequeñuelos y súbditos principiantes, que eran sus Apóstoles, y los despertó, y mandó que orasen y velasen contra sus enemigos, para que no entrasen en la tentación que actualmente los amenazaba, y ellos no prevenían ni advertían.

Volvió, pues, á donde estaban los tres Apóstoles, que por más favorecidos tenían más razones que los obligasen á estar en vela y á imitar á su divino Maestro. Pero hallólos durmiendo, porque se dejaron vencer del tedio y tristeza que padecían, y con ella vinieron á caer en aquella negligencia y tibieza de espíritu, en que los venció el sueño y pereza. Antes de hablarles ni despertarlos estuvo su Majestad mirándolos, y lloró un poco sobre ellos, viéndolos por su negligencia y tibieza sepultados y oprimidos de aquella sombra de la muerte, en ocasión que Lucifer se desvelaba tanto contra ellos. Habló con Pedro, y le dijo: *Simón, ¿así duermes, y no pudiste velar una hora conmigo?* (1).

(1). Marc. xiv, 37, 38.

Luego replicó á él y á los demás, y les dijo: *Velad y orad para que no entréis en tentación; que mis enemigos y los vuestros no se duermen como vosotros.* La razón por qué reprendió á san Pedro fué, no sólo porque él era cabeza y elegido para prelado de todos, y porque entre ellos se había señalado en las protestas y esfuerzos de que moriría por el Señor, y no le negaría, cuando todos los demás escandalizados le dejaran y negasen; sino que también le reprendió, porque con aquellos propósitos y ofrecimientos, que entonces hizo de corazón, mereció ser reprendido y advertido entre todos; porque sin duda el Señor á los que ama corrige, y los buenos propósitos siempre le agradan, aunque después en la ejecución desfallezcamos, como le sucedió al más fervoroso de los Apóstoles, san Pedro. La tercera vez que volvió Cristo nuestro Redentor á despertar á todos los Apóstoles, era cuando ya Judas venía cerca á entregarle á sus enemigos, como diré en el capítulo siguiente.

Volvamos al cenáculo, donde estaba la Señora de los cielos retirada con las mujeres santas que la acompañaban, y mirando con suma claridad en la divina luz todas las obras y misterios de su Hijo santísimo en el huerto, sin ocultársele cosa alguna. Al

mismo tiempo que se retiró el Señor con los tres apóstoles Pedro, Juan y Diego, se retiró la divina Reina de la compañía de las mujeres á otro aposento; y dejando á las demás, y exhortándolas á que orasen y velasen para no caer en tentación, llevó consigo á las tres Marías, señalando á María Magdalena como por superiora de las otras. Estando con las tres, como más familiares suyas, suplicó al eterno Padre que se suspendiese en ella todo el alivio y consuelo que podía impedir, en la parte sensitiva y en la alma, el sumo padecer con su Hijo santísimo, y á su imitación; y que en su virginal cuerpo participase y sintiese los dolores de las llagas y tormentos que el mismo Jesús había de padecer. Esta petición aprobó la beatísima Trinidad, y sintió la Madre los dolores de su Hijo santísimo respectivamente, como adelante diré. Y aunque fueron tales, que con ellos pudiera morir muchas veces, si la diestra del Altísimo con milagro no la preservara; pero por otra parte estos dolores, dados por la mano del Señor, fueron como fiadores y alivio de su vida; porque en su ardiente amor tan sin medida, fuera más violenta la pena de ver padecer y morir á su Hijo benditísimo, y no padecer con él las mismas penas respectivamente.

Á las tres Marías señaló la Reina, para que en la pasión la acompañasen y asistiesen, y para esto fueron ilustradas con mayor gracia y luz de los misterios de Cristo que las otras mujeres. En retirándose con las tres comenzó la purísima Madre á sentir nueva tristeza y congojas, y hablando con ellas las dijo: *Mi alma está triste, porque ha de padecer y morir mi Hijo y Señor, y no he de morir yo con él y sus tormentos. Orad, amigas mías, para que no os comprenda la tentación.* Dichas estas razones, se alejó de ellas un poco, y acompañando la oración que hacía nuestro Salvador en el huerto, hizo la misma súplica, como á ella le tocaba, y conforme á lo que conocía de la voluntad humana de su Hijo santísimo, y volviendo por los mismos intervalos á exhortar á las tres mujeres (que también conoció la indignación de el dragón contra ellas), continuó la oración y petición, y sintió otra agonía como la del Salvador. Lloró la reprobación de los prescitos, porque se le manifestaron grandes sacramentos de la eterna predestinación y reprobación. Y para imitar en todo al Redentor del mundo y cooperar con él, tuvo la gran Señora otro sudor de sangre semejante al de Cristo nuestro Señor, y por disposición de la beatísima Trinidad le fué enviado el arcángel

san Gabriel que la confortase, como san Miguel á nuestro Salvador Jesús. Y el santo príncipe la propuso y declaró la voluntad del Altísimo, con las mismas razones que san Miguel habló á su Hijo santísimo; porque en entrambos era una misma la petición y la causa del dolor y tristeza que padecieron; y así fueron semejantes en el obrar y conocer, con la proporción que convenía. Entendí en esta ocasión, que la prudentísima Señora estaba prevenida de algunos paños para lo que en la pasión de su amantísimo Hijo le había de suceder; y entonces envió algunos de sus Ángeles con una toalla al huerto, donde el Señor estaba sudando sangre, para que le enjugasen y limpiasen su venerable rostro; y así lo hicieron los ministros del Altísimo, que por el amor de madre y por su mayor merecimiento condescendió su Majestad á este piadoso y tierno afecto. Cuando llegó la hora de prender á nuestro Salvador, se lo declaró la dolorosa Madre á las tres Marías: y todas se lamentaban con amarguísimo llanto, señalándose la Magdalena, como más inflamada en el amor y piedad fervorosa.



*Doctrina que me dió la Reina del cielo
María santísima.*

Hija mía, todo lo que en este capítulo has entendido y escrito es un despertador y aviso para tí, y para todos los mortales de suma importancia, si en él cargas la consideración. Atiende, pués, y confiere en tus pensamientos, cuánto pesa el negocio de la predestinación ó reprobación eterna de las almas, pues le trató mi Hijo santísimo con tanta ponderación; y la dificultad ó imposibilidad de que todos los hombres fuesen salvos y bienaventurados le hizo tan amarga la pasión y muerte, que para remedio de todos admitía y padecía. En este conflicto manifestó la importancia y gravedad de esta empresa; y por esto multiplicó las peticiones y oraciones á su eterno Padre, obligándole el amor de los hombres á sudar copiosamente su sangre de inestimable precio, porque no se podía lograr en todos su muerte, supuesta la malicia con que los réprobos se hacen indignos de su participación. Justificada tiene su causa mi Hijo y mi Señor, con haber procurado la salvación

de todos, sin tasa ni medida de su amor y merecimientos; y justificada la tiene el eterno Padre con haber dado al mundo este remedio, y haberle puesto en manos de cada uno, para que la extienda á la muerte ó á la vida, á la agua ó al fuego (1), conociendo la distancia que hay de lo uno y de lo otro.

Pero ¿qué descargo ó qué disculpa pretenderán los hombres, de haber olvidado su propia y eterna salvación, cuando mi Hijo y yo con su Majestad se la deseamos, y procuramos con tanto desvelo y afecto de que la admitiesen? Y si ninguno de los mortales tiene excusa de su tardanza y estulticia, mucho menos la tendrán en el juicio los hijos de la santa Iglesia, que han recibido la fe de estos admirables sacramentos, y se diferencian poco en la vida de los infieles y paganos. No entiendas, hija mía, que está escrito en vano: Muchos son los llamados, y pocos son los escogidos (2). Teme esta sentencia, y renueva en tu corazón el cuidado y celo de tu salvación, conforme á la obligación que en tí ha crecido con la ciencia de tan altos misterios. Y cuando no interesaras en esto la vida eterna y tu felicidad, debías corresponder á la caricia con que yo te manifiesto tantos y tan divi-

(1) Ececl. xv, 17. 18.—(2) Matth. xx, 16.

nos secretos; y dándote el nombre de hija mía y esposa de mi Señor, debes entender que tu oficio ha de ser amar y padecer, sin otra atención á cosa alguna visible: pues yo te llamo para mi imitación, que siempre ocupé mis potencias en estas dos cosas con suma perfección; y para que tú la alcances, quiero que tu oración sea continua sin intermisión, y que veles una hora conmigo, que es todo el tiempo de la vida mortal; porque comparada con la eternidad, menos es que una hora y un punto. Con esta disposición quiero que prosigas los misterjos de la pasión, que los escribas, sientas, é imprimas en tu corazón.





CAPÍTULO VII.

LA ENTREGA Y PRENDIMIENTO DE NUESTRO SALVADOR POR
LA TRAIÇÃO DE JUDAS; Y LO QUE EN ESTA OCASIÓN
HIZO MARÍA SANTÍSIMA, Y ALGUNOS MISTERIOS
DE ESTE PASO,

AL mismo tiempo que nuestro Salvador Jesús estaba en el monte Olivete orando á su eterno Padre, y solicitando la salud espiritual de todo el linaje humano, el pérfido discípulo Judas apresuraba su prisión y entrega á los pontífices y fariseos. Y como Lucifer y sus demonios no pudieron disuadir aquellas perversas voluntades de Judas y los demás del intento de quitar la vida á su Hacedor y Maestro, mudó el ingenio su antigua soberbia, añadiendo nueva malicia, y administró impías sugerencias á los judíos, para que con mayor crueldad y torpísimas injurias atormentasen á Cristo. Estaba ya el dragón infernal muy lleno de sospechas, como hasta ahora he dicho, que aquel hombre tan nuevo era el Mesías y Dios verdadero; y quería hacer nue-

vas pruebas y experiencias de esta sospecha por medio de las atrocísimas injurias que puso en la imaginación de los judíos y sus ministros contra el Señor, comunicándoles también su formidable envidia y soberbia, como lo dejó escrito Salomón en la Sabiduría (1), y se cumplió á la letra en esta ocasión. Porque le pareció al demonio que si Cristo no era Dios, sino puro hombre, desfallecería en la persecución y tormentos, y así le vencería; y si lo era, lo manifestaría librándose de ellos y obrando nuevas maravillas.

Con esta impía temeridad se movió también la envidia de los pontífices y escribas, y con la instancia de Judas juntaron con presteza mucha gente, para que llevándole por caudillo, él y los soldados gentiles, un tribuno y otros muchos judíos fuesen á prender al inocentísimo Cordero, que estaba esperando el suceso y mirando los pensamientos y estudio de los sacrílegos pontífices, como lo había profetizado Jeremías (2) expresamente. Salieron todos estos ministros de maldad de la ciudad hacia el monte Olivete, armados y prevenidos de sogas y de cadenas, con hachas encendidas y linternas (3), como el autor de la traición lo ha-

(1) Sap. II, 17.—(2) Jerem. XI, 19.—(3) Joan. XVIII, 3.

bía prevenido, temiendo como alevoso y pérfido que su mansísimo Maestro, á quien juzgaba por hechicero y mago, no hiciese algún milagro con que escapársele. Como si contra su divina potencia valieran las armas y prevenciones de los hombres, si quisiera usar de eila, como pudiera y como lo había hecho en otras ocasiones, antes que llegara aquella hora determinada para entregarse de su voluntad á la pasión, afrentas y muerte de cruz.

En el ínterin que llegaban, volvió su Majestad tercera vez á sus discípulos, y hallándolos dormidos les dijo (1): *Bien podéis dormir y descansar, que ya llegó la hora en que veréis al Hijo del Hombre entregado en manos de los pecadores. Pero basta; levantaos, y vamos, que ya está cerca el que me ha de entregar, porque me tiene ya vendido.* Estas razones dijo el Maestro de la santidad á los tres Apóstoles más privilegiados, sin reprenderlos con más rigor, sino con suma paciencia, mansedumbre y suavidad. Y hallándose confusos, dice el texto que no sabían que responder al Señor (2). Levantáronse luego y volvió con los tres á juntarse con los otros ocho, donde los había dejado y también los halló durmiendo vencidos y

(1) Marc. xiv, 40.—(2) Marc. xiv, 41.

oprimidos del sueño por la gran tristeza que padecían. Ordenó el divino Maestro que todos juntos debajo de su cabeza, en forma de congregación y de un cuerpo místico, saliesen al encuentro de los enemigos; enseñándoles en esto la virtud de una comunidad perfecta para vencer al demonio y sus secuaces, y no ser vencida de él; porque el cordel tresdoblado, como dice el Eclesiastés, (1), difícil es de romper, y al que contra uno es poderoso, dos le podrán resistir, que este es el emolumento de vivir en compañía de otros (2). Amonestó de nuevo el Señor á todos los Apóstoles juntos, y previniólos para el suceso. Y luego se descubrió el estrépito de los soldados y ministros que venían á prenderle. Su Majestad adelantó el paso para salirles al encuentro y en su interior, con incomparable afecto, valor majestuoso y piedad suprema, habló y dijo: «Pasión deseada de mi alma, dolores, llagas, «afrentas, penalidades, aflicciones y muerte «ignominiosa, llegad, llegad, llegad presto, «que el incendio del amor que tengo á la «salud de los mortales os aguarda: llegad al «inocente entre las criaturas, que conoce «vuestro valor, y os ha buscado, deseado, «solicitado y os recibe de su propia volun-

(2) Eccles. iv, 12.—(3) Ibid. 9.

« tad con alegría; os he comprado con mis an-
« sias de poseeros, y os aprecio por lo que
« merecéis, Quiero remediar y acreditar
« vuestro desprecio, levántandoos á lugar
« y dignidad muy eminente. Venga la muer-
« te, para que admitiéndola sin merecerla,
« alcance de ella el triunfo (1), y merezca la
« vida de los que la recibieron por castigo
« del pecado. Permito que me desamparen
« mis amigos; porque yo solo quiero y pue-
« do entrar en la batalla (2), para ganarles
« á todos el triunfo y la victoria».

Entre estas y otras razones que decía el Autor de la vida, se adelantó Judas para dar á sus ministros la seña con que los dejaba prevenidos (3); que su Maestro era aquel á quien él se llegase á saludarle, dándole el ósculo fingido de paz que acostumbraba; que le prendiesen luego, y no á otro por yerro. Hizo todas estas prevenciones el infeliz discípulo, no sólo por la avaricia del dinero, y por el odio que contra su divino Maestro había concebido, sino también por el temor que tuvo. Porque le pareció al desdichado, que si Cristo nuestro bien no muriera en aquella ocasión, era inexcusable volver á su presencia y ponerse en ella; y temiendo esta confusión más que la muerte

(1) Osee, XIII, 14.—(2) Isai. LXIII, 3.—(3) Matth. xxvi, 48.

del alma, y que la de su divino Maestro, deseaba, para no verse en aquella vergüenza, apresurar el fin de su traición, y que el Autor de la vida muriese á manos de sus enemigos. Llegó, pues, el traidor al mansísimo Señor, y como insigne artífice de la hipocresía, disimulándose enemigo, le dió paz en el rostro y le dijo: *Dios te salve, Maestro* (1); y en esta acción tan alevosa se acabó de sustanciar el proceso de la perdición de Judas, y se justificó últimamente la causa de parte de Dios, para que desde entonces le desamparase más la gracia y sus auxilios. De parte del pérfido discípulo llegó la desmesura y temeridad contra Dios á lo sumo de la malicia, porque negando interiormente ó descreyendo la sabiduría increada y creada que Cristo nuestro Señor tenía para conocer su traición, y el poder para aniquilarle, pretendió ocultar su maldad con fingida amistad de discípulo verdadero; y esto para entregar á tan afrentosa muerte y crueldades á su Criador y Maestro, de quien se hallaba tan obligado y beneficiado. En una traición encerró tantos pecados y tan formidables, que no hay ponderación igual á su malicia; porque fué infiel, homicida, sacrílego, ingrato, inhumano,

(1) Marc. xiv, 45.

inobediente, falso, mentiroso, codicioso, impío, y maestro de todos los hipócritas; y todo lo ejecutó con la persona del mismo Dios humanado.

De parte del Señor se justificó también su inefable misericordia y equidad de su justicia, con que cumplió con eminencia aquellas palabras de David: *Con los que aborrecieron la paz, era yo pacífico: y cuando les hablaba, me impugnaban de balde, y sin causa* (1). Esto lo cumplió su Majestad tan altamente, que al contacto de Judas, y con aquella dulcísima respuesta que le dió (2): *Amigo, ¿á qué veniste?* por intercesión de su Madre santísima envió al corazón del traidor discípulo nueva y clarísima luz, con que conoció la maldad atrozísima de su traición, las penas que por ella le esperaban, si no se retractaba con verdadera penitencia; y que si la quería hacer, hallaría misericordia y perdón en la divina clemencia. Lo que en estas palabras de Cristo nuestro bien entendió Judas fué, como si le pusiera estas en el corazón: « Amigo, advierte que « te pierdes, y malogras mi liberal manse- « dumbre con esta traición. Si quieres mi « amistad, no te la negaré por esto, como te « duelas de tu pecado. Pondera tu temeri-

(1) Psalm. cxix, 7.—(2) Matth. xxvi, 50.

« dad, entregándome con fingida paz y ósculo de reverencia y amistad. Acuérdate « de los beneficios que de mi amor has recibido, y que soy Hijo de la Virgen, de « quién también has sido muy regalado y « favorecido en mi apostolado, con amonestaciones y consejos de amorosa madre. « Por ella sola debías no cometer tal traición como venderle y entregar á su Hijo; « pues nunca te desobligó, ni lo merece su « dulcísima caridad y mansedumbre, ni que « le hagas tan desmedida ofensa. Pero aunque la has cometido no desprecies su intercesión, sólo ella será poderosa conmigo, y por ella te ofrezco el perdón y la vida, que para tí muchas veces me ha perdido. Asegúrate que te amamos; porque « estás aún en lugar de esperanza, y no te negarémos nuestra amistad si tú la quieres. « Y sino merecerás nuestro aborrecimiento « y tu eterna pena y castigo.» No prendió esta semilla tan divina en el corazón del desdichado é infeliz discípulo, más duro que un diamante y más inhumano que de fiera, pues resistiendo á la divina clemencia llegó á la desesperación, que diré en el capítulo siguiente.

Dada la seña del ósculo por Judas, llegaron á carearse el Autor de la vida y sus discípulos con la tropa de los soldados que

venían á prenderle; y se presentaron cara á cara, como dos escuadrones los más opuestos y encontrados que jamás hubo en el mundo. Porque de la una parte estaba Cristo nuestro Señor, Dios y hombre verdadero, como capitán y cabeza de todos los justos, acompañado de los once Apóstoles, que eran y habían de ser los mejores hombres y más esforzados de su Iglesia, y con ellos le asistían innumerables ejércitos de espíritus angélicos, que admirados del espectáculo le bendecían y adoraban. De la otra parte venía Judas como autor de la traición, armado de la hipocresía y de toda maldad, con muchos ministros judíos y gentiles, para ejecutarla con mucha crueldad. Entre este escuadrón venía Lucifer con gran número de demonios, incitando y adiestrando á Judas y á sus aliados, para que intrépidos echasen sus manos sacrílegas en su Criador. Habló con los soldados su Majestad, y con increíble afecto al padecer y grande esfuerzo y autoridad, les dijo: *¿A quién buscáis?* (1) Respondieron ellos: *A Jesús Nazareno.* Replicó el Señor, y dijo: *Yo soy.* En esta palabra de incomparable precio y felicidad para el linaje humano, se declaró Cristo por nuestro Salvador y Reparador,

(1) Joan. XVIII, 4, 5.

dándonos prendas ciertas de nuestro remedio, y esperanzas de salud eterna, que sólo estaba librada en que fuese su Majestad quien se ofrecía de voluntad á redimirnos con su pasión y muerte.

No pudieron entender este misterio los enemigos, ni percibir el sentido legítimo de aquella palabra: *Yo soy*. Pero entendióle su beatísima Madre, los Ángeles, y también entendieron mucho los Apóstoles. Y fué como decir: *Yo soy el que soy* (1), y lo dije á mi profeta Moisés; porque soy por mí mismo, y todas las criaturas tienen por mí su sér y existencia; soy eterno, inmenso, infinito, una sustancia y atributos; y me hice hombre ocultando mi gloria, para que por medio de la pasión y muerte que me queréis dar, redimiese al mundo. Como el Señor dijo aquella palabra en virtud de su divinidad, no la pudieron resistir los enemigos, y al entrar en sus oídos cayeron todos en tierra (2) de cerebro y hacia atrás. Y no sólo fueron derribados los soldados, pero los perros que llevaban y algunos caballos en que iban, todos cayeron en tierra, quedando inmóviles como piedras. Y Lucifer con sus demonios también fueron derribados y aterrados entre los demás, padecien-

(1) Exod. III, 14.—(2) Joan. XVIII, 6.

do nueva confusión y tormento. De esta manera estuvieron casi medio cuarto de hora, sin movimiento de vida, más que si fueran muertos. ¡Oh palabra misteriosa en la doctrina, y más que invencible en el poder! No se glorie en tu presencia el sabio en su sabiduría y astucia; no el poderoso en su valentía (1); humíllese la vanidad y arrogancia de los hijos de Babilonia; pues una sola palabra de la boca del Señor, dicha con tanta mansedumbre y humildad, confunde, aniquila y destruye todo el poder y arrogancia de los hombres y del infierno. Entendamos también los hijos de la Iglesia que las victorias de Cristo se alcanzan confesando la verdad, dando lugar á la ira (2), profesando su mansedumbre de corazón (3), venciendo, y siendo vencidos, con sinceridad de palomas, con pacificación y rendimiento de ovejas, sin resistencia de lobos iracundos y carniceros.

Estuvo nuestro Salvador con los once Apóstoles mirando el efecto de su divina palabra en la ruina de aquellos ministros de maldad. Y su Majestad divina, con semblante doloroso contempló en ellos el retrato del castigo de los réprobos, y oyó la intercesión de su Madre santísima para de-

(1) Jerem. ix, 23.—(2) Rom. xii, 19.—(3) Matth. xi, 29.

jarlos levantar, que por este medio lo tenía ordenado su divina voluntad. Y cuando fué tiempo de que volviesen en sí, oró al eterno Padre, y dijo: *Padre mío y Dios eterno, en mis manos pusiste todas las cosas, (1) y en mi voluntad la redención humana que tu justicia pide. Yo quiero con plenitud de toda mi voluntad satisfacerla y entregarme á la muerte, para merecerles á mis hermanos la participación de tus tesoros y eterna felicidad, que les tienes preparada.* Con esta voluntad eficaz dió permiso el muy alto para que toda aquella canalla de hombres, demonios y los demás animales, se levantasen restituidos al primer estado que tenían antes que cayeran en tierra. Y nuestro Salvador les dijo segunda vez: *¿A quién buscáis? (2).* Respondieron ellos otra vez: *¿A Jesús Nazareno.* Replicó su Majestad mansísimamente: *Ya os he dicho que yo soy: y si me buscáis á mí, dejad ir libres á estos que están conmigo (3).* Con estas palabras dió licencia á los ministros y soldados para que le prendiesen, y ejecutasen su determinación; que sin entenderlo ellos era cargar en su persona divina todos nuestros dolores y enfermedades (4).

(1) Joan. XIII, 3.—(2) Ibid. XVIII, 7.—(3) Ibid., 8.

(4) Isai. LIII, 4.

El primero que se adelantó descomedidamente á echar mano del Autor de la vida para prenderle, fué un criado de los pontífices, llamado Malco. Y aunque todos los Apóstoles estaban turbados y afligidos del temor, con todo eso san Pedro se encendió más que los otros en el celo de la honra y defensa de su divino Maestro. Y sacando un terciado que tenía le tiró un golpe á Malco, y le cercenó una oreja (1) derribándosela del todo. Y el golpe fué encaminado á mayor herida, si la providencia divina del Maestro de la paciencia y mansedumbre no le divirtiera. Pero no permitió su Majestad que en aquella ocasión interviniese muerte de otro alguno más que la suya; sus llagas, sangre y dolores, cuando á todos, si la admitieran, venía á dar la vida eterna y rescatar el linaje humano. Ni tampoco era según su voluntad y doctrina que su persona fuese defendida con armas ofensivas, ni quedase este ejemplar en su Iglesia como de principal intento para defenderla. Y para confirmar esta doctrina, como lo había enseñado, tomó la oreja cortada, y se la restituyó al siervo Malco, dejándosela en su lugar con perfecta sanidad mejor que antes. Y primero se volvió á reprender á san Pedro y le

(1) Joan. XVIII, 10.

dijo: *Vuelve la espada á su lugar, porque todos los que la tomaren para matar con ella, perecerán. ¿No quieres que beba yo el cáliz que me dió mi Padre? ¿Piensas tú que no le puedo yo pedir muchas legiones de Angeles en mi defensa, y me los daría luego? Pero ¿cómo se cumplirán las Escrituras y profecias?* (1).

Con esta amorosa corrección quedó advertido é ilustrado san Pedro como cabeza de la Iglesia, que sus armas para establecerla y defenderla habían de ser de potestad espiritual, y que la ley del Evangelio no enseñaba á pelear ni vencer con espadas materiales, sino con la humildad, paciencia, mansedumbre y caridad perfecta, venciendo al demonio, al mundo y á la carne; que mediante estas victorias triunfa la virtud divina de sus enemigos, y de la potencia y astucia de este mundo; y que el ofender y defenderse con armas no es para los seguidores de Cristo nuestro Señor, sino para los príncipes de la tierra, por las posesiones terrenas; y el cuchillo de la santa Iglesia ha de ser espiritual, que toque á las almas antes que á los cuerpos. Luego se volvió Cristo nuestro Señor á sus enemigos y ministros de los judíos y les habló con

(1) Joan. xviii, 11.; Matth. xxvi, 53.

grandeza de majestad, y les dijo: *Como si fuera ladrón, venís con armas y con lanzas á prenderme, y nunca lo habéis hecho cuando estaba cada día con vosotros, enseñando en el templo; pero esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas* (1). Todas las palabras de nuestro Salvador eran profundísimas en los misterios que encerraban, y no es posible comprenderlos todos, ni declararlos, en especial las que habló en la ocasión de su pasión y muerte.

Bien pudieran aquellos ministros del pecado ablandarse y confundirse con esta reprehensión del divino Maestro; pero no lo hicieron, porque era tierra maldita y estéril, desamparada del rocío de las virtudes y piedad verdadera. Con todo eso quiso el Autor de la vida reprenderles y enseñarles la verdad hasta aquel punto, para que su maldad fuese menos excusable, y porque en la presencia de la suma santidad y justicia no quedasen sin reprehensión y doctrina aquel pecado y pecados que cometían, y que no volviesen sin medicina para ellos, si la querían admitir; y para que junto con esto se conociera que él sabía todo lo que había de suceder, y que se entregaba de su voluntad á la muerte, y en manos de los que se la procu-

(1) Matth. xxvi, 55; Marc. xiv, 48; Luc. xxii, 53.

rabán. Para todo esto y otros fines altísimos dijo su Majestad aquellas palabras, al corazón, como quien le penetraba y conocía su malicia, y el odio que contra él habían concebido y la causa de su envidia, que era haberles reprendido los vicios á los sacerdotes y fariseos, y haber enseñado al pueblo la verdad y el camino de la vida eterna; y porque con su doctrina, ejemplo y milagros, se llevaba la voluntad de todos los humildes y piadosos, y reducía á muchos pecadores á su amistad y gracia; y quien tenía potencia para obrar estas cosas en lo público, claro estaba la tuviera para que sin su voluntad no le pudieran prender en el campo, pues no le habían preso en el templo, ni en la ciudad donde predicaba, porque él mismo no quería ser preso entonces, hasta que llegase la hora determinada por su voluntad para dar este permiso á los hombres y á los demonios. Y porque entonces se le había dado para ser abatido, afligido, maltratado y preso, por eso les dijo: *Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas.* Como si les dijera: Hasta ahora ha sido necesario que estuviera con vosotros como maestro para vuestra enseñanza, y por esto no he consentido que me quitéis la vida. Pero ya quiero consumir con mi muerte la obra de la redención humana que me ha encomendado mi Padre

eterno; y así os permito que me llevéis preso y ejecutéis en mí vuestra voluntad. Con esto le prendieron, embistiendo como tigres inhumanos al mansísimo Cordero, y le ataron y aprisionaron con sogas y cadenas; y así le llevaron á casa del pontífice, como adelante diré.

Á todo lo que sucedía en la prisión de Cristo nuestro bien estaba atentísima su purísima Madre con la visión clara que se le manifestaba, más que si estuviera presente con el cuerpo; que con la inteligencia penetraba todos los sacramentos que encerraban las palabras y obras que su Hijo santísimo ejecutaba. Cuando vió que partía de la casa del pontífice aquel escuadrón de soldados y ministros, previno la prudentísima Señora las irreverencias y desacatos con que tratarían á su Criador y Redentor; y para recompensarlas en la forma que su piedad alcanzó, convidó á sus santos ángeles, y á otros muchos para que todos juntos con ella diesen culto de adoración y alabanza al Señor de las criaturas, en vez de las injurias y denuestos con que había de ser tratado de aquellos malos ministros de tinieblas. El mismo aviso dió á las mujeres santas que con ella estaban orando; y las manifestó como en aquella hora su Hijo santísimo había dado permiso á sus enemigos para

que le prendiesen y maltratasen, y que se iba ejecutando con lamentable impiedad y crueldad de los pecadores. Y con la asistencia de los santos Ángeles y mujeres piadosas hizo la religiosa Reina admirables actos de fe, amor y religión interior y exteriormente, confesando, adorando, alabando y magnificando la divinidad infinita y la humanidad santísima de su Hijo y Criador. Las mujeres santas la imitaban en las genuflexiones y postraciones que hacía, y los príncipes la respondían á los cánticos con que magnificaba y confesaba el ser divino y humano de su amantísimo Hijo. Y al paso que los hijos de la maldad le iban ofendiendo con injurias é irreverencias, lo iba ella recompensando con loores y veneración. Y de camino aplacaba á la divina justicia para que no se indignase contra los perseguidores de Cristo, y los destruyese; porque sólo María santísima pudo detener el castigo de aquellas ofensas.

No sólo pudo aplacar la gran Señora el enojo del justo Juez, pero pudo alcanzar favores y beneficios para los mismos que le irritaban, y que la divina clemencia les diese bien por mal, cuando ellos daban á Cristo nuestro Señor mal por bien en retribución de su doctrina y beneficios. Esta misericordia llegó á lo sumo en el desleal y

obstinado Judas; porque viendo la piadosa Madre que le entregaba con el ósculo de fingida amistad, y que en aquella inmundísima boca había estado poco antes el mismo Señor Sacramentado, y entonces se le daba consentimiento para que con ella llegase á tocar inmediatamente el venerable rostro de su Hijo santísimo, traspasada de dolor y vencida de la caridad, le pidió al mismo Señor diese nuevos auxilios á Judas, para que, si él los admitiese, no se perdiese quien había llegado á tal felicidad como tocar en aquel modo la cara en que desean mirarse los mismos Ángeles. Por esta petición de María santísima envió su Hijo y Señor aquellos grandes auxilios que recibió el traidor Judas (como queda dicho) en lo último de su traición y entrega. Y si el desdichado los admitiera y comenzara á responder á ellos, esta Madre de misericordia muchos más le alcanzara, y finalmente el perdón de su maldad, como lo hace con otros grandes pecadores, que á ella le quieren dar esta gloria, y para sí granjean la eterna. Pero Judas no alcanzó esta ciencia, y lo perdió todo, como diré en el capítulo siguiente.

Cuando vió también la gran Señora que en virtud de la divina palabra cayeron en tierra todos los ministros y soldados que le

venían á prender, hizo con los Ángeles otro cántico misterioso, engrandeciendo el poder infinito y la virtud de la humanidad santísima; y renovando en él la victoria que tuvo el nombre del Altísimo, anegando en el mar rubro á Faraón y sus tropas (1), y alabando á su Hijo y Dios verdadero, porque siendo Señor de los ejércitos y victorias se quería entregar á la pasión y muerte, para rescatar por más admirable modo al linaje humano de la cautividad de Lucifer. Luego pidió al Señor que dejase levantar y volver en sí mismos á todos aquellos que estaban derribados y aterrados. Y se movió á esta petición, por su liberalísima piedad y fervorosa compasión que tuvo de aquellos hombres criados por la mano del Señor á imagen y semejanza suya: lo otro, por cumplir con eminencia la ley de la caridad en perdonar á los enemigos y hacer bien á los que nos persiguen (2), que era la doctrina enseñada y practicada por su mismo Hijo y Maestro; y finalmente, porque sabía se habían de cumplir las profecías y escrituras en el misterio de la redención humana. Y aunque todo esto era infalible, no por eso implica lo pidiese María santísima, y que por sus ruegos se moviese el Altísimo para estos

(1) Exod. xv, 4.—(2) Mat th. v, 44.

beneficios; porque en la sabiduría infinita y decretos de su voluntad eterna todo estaba previsto y ordenado por estos medios ó peticiones, y este modo era el más conveniente á la razón y providencia del Señor, en cuya declaración no es necesario detenerme ahora. Al punto que prendieron y ataron á nuestro Salvador, sintió la purísima Madre en sus manos los dolores de las sogas y cadenas, como si con ellas fuera atada y constreñida; y lo mismo sucedió con los golpes y tormentos que iba recibiendo el Señor, porque se le concedió á su Madre este favor, como arriba queda dicho, y veremos en el discurso de la pasión. Esta pena en lo sensitivo fué algún alivio en la del alma, que le diera el amor, sino padeciera con su Hijo santísimo por aquel modo.

*Doctrina que me dió la Reina del cielo
María santísima.*

Hija mía, en todo lo que vas escribiendo y entendiendo por mi doctrina, vas fulminando el proceso contra tí y todos los mortales, si tú no salieres de su parvulez, y vencieres su ingratitud y grosería, meditando de día y de noche en la pasión, dolores y muerte de Jesús crucificado. Esta es la cien-

cia de los Santos (1) que ignoran los mundanos: es el pan de la vida y entendimiento que sacia á los pequeños, y les da sabiduría, dejando vacíos y hambrientos á los soberbios amadores del siglo. En esta ciencia te quiero estudiosa y sabia, que con ella te vendrán todos los bienes (2). Mi Hijo y mi Señor enseñó el orden de esta sabiduría oculta, cuando dijo: *Yo soy camino, verdad y vida: ninguno viene á mi Padre, sino es por mí* (3). Pues, dime, carísima, si mi Señor y Maestro se hizo camino y vida de los hombres por medio de la pasión y muerte que padeció por ellos, ¿no es forzoso que para andar este camino y profesar esta verdad han de pasar por Cristo crucificado, afligido, azotado y afrentado? Atiende, pues, ahora la ignorancia de los mortales que quieren llegar al Padre sin pasar por Cristo; porque sin haber padecido ni haberse compadecido con él, quieren reinar con su Majestad; sin haberse acordado de su pasión y muerte, ni para gustarla en algo, ni agradecerla de veras, quieren que les valga para que en la vida presente y en la eterna gocen ellos de deleites y de gloria, habiendo padecido su Criador acerbísimos dolores y pa-

(1) Sap. xv, 3.—(2) Ibid. vii, 11.—(3) Joan. xiv, 6.

sión para entrar en ella (1), y dejarles este ejemplo y abrirles el camino de la luz.

No es compatible el descanso con la confusión de no haber trabajado quien le debía adquirir por este camino. No es verdadero hijo el que no imita á su padre, ni fiel siervo el que no acompaña á su señor, ni discípulo el que no sigue á su maestro; ni yo reputo por mi devoto al que no se complace con mi Hijo y conmigo de lo que padecemos. Mas el amor con que procuramos la salud eterna de los hombres nos obliga, viéndolos tan olvidados de esta verdad, y tan adversos á padecer, á enviarles trabajos y penalidades, para que si no los aman de voluntad, á lo menos los admitan y sufran forzosamente, y por este modo entren en el camino cierto del descanso eterno que desean. Y con todo esto no basta; porque la inclinación y amor ciego á las cosas visibles y terrenas los detiene y embaraza, y los hace tardos y pesados de corazón; les roba toda la memoria, atención y afectos para no levantarse sobre sí mismos y sobre lo transitorio. De aquí nace que en las tribulaciones no hallan alegría, ni en los trabajos alivio, ni en las penas consuelo, ni en las adversidades gozo ni quietud alguna; porque todo

(1) Luc. xxiv, 26.

esto aborrecen, y nada desean que sea penoso para ellos, como lo deseaban los Santos, y por eso se gloriaban en las tribulaciones (1), como quien llegaba á la posesión de sus deseos. En muchos fieles pasa esta ignorancia más adelante; porque algunos piden ser abrasados en amor de Dios, otros que se les perdonen muchas culpas, otros que se les concedan grandes beneficios, y nada se les puede dar, porque no lo piden en nombre de Cristo mi Señor, imitándole y acompañándole en su pasión.

Abraza, pues, hija mía, la cruz, y sin ella no admitas consolación alguna en tu vida mortal. Por la pasión sentida y meditada subirás á lo alto de la perfección y granjearás el amor de esposa. Imitame en esto según tienes la luz, y la obligación en que te pongo. Bendice y magnifica á mi Hijo santísimo por el amor con que se entregó á la pasión por la salud humana. Poco reparan los mortales en este misterio; mas yo como testigo de vista te advierto que en la estimación de mi Hijo santísimo, después de subir á la diestra del eterno Padre, ninguna cosa fué más estimable ni deseada de todo su corazón, que ofrecerse á padecer y morir, y entregarse para esto á sus enemigos. También

(1) Rom. v, 3.

quiero que te lamente con íntimo dolor de que Judas tenga en sus maldades y alevosías más seguidores que Cristo. Muchos son los infieles, muchos los malos católicos, muchos los hipócritas, que con nombre de cristianos le venden y entregan, y de nuevo le quieren crucificar. Llorá por todos estos males que entiendes y conoces, para que también en esto me imites y sigas.





CAPÍTULO VIII.

LA FUGA Y DIVISIÓN DE LOS APÓSTOLES POR LA PRISIÓN DE SU MAESTRO; LA NOTICIA QUE TUVO SU MADRE SANTÍSIMA, Y LO QUE HIZO EN ESTA OCASIÓN; LA CONDENACIÓN DE JUDAS, Y TURBACIÓN DE LOS DEMONIOS CON LO QUE IBAN CO-SOCIENDO.

EJECUTADA la prisión de nuestro Salvador Jesús, como queda dicho, se cumplió el aviso que á los Apóstoles había dado en la cena, que aquella noche padecerían todos grande escándalo sobre su persona (1), y que Satanás los acometería para zarandarlos como al trigo (2). Porque cuando vieron prender y atar á su divino Maestro, y que ni su mansedumbre y palabras tan dulces y poderosas, ni sus milagros y doctrina sobre tan inculpable conversación de vida no habían podido aplacar la ira de los ministros, ni templar la envidia de los pöntífices y fariseos, quedaron muy tur-

(1) Matth. xxvi, 31.—(2) Luc. xxii, 31.

bados los afligidos Apóstoles. Y con el natural temor se acobardaron, perdiendo el ánimo y el consejo de su Maestro, y comenzando á vacilar en la fe, cada uno de ellos imaginaba cómo se pondría en salvo del peligro que los amenazaba, viendo lo que con su Maestro y Capitán iba sucediendo. Y como todo aquel escuadrón de soldados y ministros acometió á prender y encadenar al mansísimo cordero Jesús, con quien todos estaban irritados y ocupados; entonces los Apóstoles, aprovechando la ocasión, huyeron (1), sin ser vistos ni atendidos de los judíos, que cuanto era de su parte, si lo permitiera el Autor de la vida, sin duda prendieran á todo el apostolado, y más viéndolos huir como cobardes ó reos. Pero no convenía que entonces fueran presos y padecieran. Esta voluntad manifestó nuestro Salvador cuando dijo, que si buscaban á su Majestad, dejásen ir libres á los que le acompañaban(2); y así lo dispuso con la fuerza de su divina Providencia. Pero el odio de los pontífices y fariseos también se extendía contra los Apóstoles, para acabar con todos ellos si pudieran; y por eso le preguntó el pontífice Anás al divino Maestro por sus discípulos y doctrina (3).

(1) Matth. xxvi, 53.—(2) Joan. xviii, 8.—(3) Ibid. 19.

Anduvo también Lucifer en esta fuga de los Apóstoles, ya alucinado y perplejo, ya redoblando la malicia con varios fines. Por una parte deseaba extinguir la doctrina del Salvador del mundo y á todos sus discípulos, para que no quedara memoria de ellos; y para esto era conforme á su deseo que fuesen presos y muertos por los judíos. Este acuerdo no le pareció fácil de conseguir al demonio; y reconociendo la dificultad, procuró incitar á los Apóstoles y turbarlos con sugerencias, para que huyesen y no viesen la paciencia de su Maestro en la pasión, ni fuesen testigos de lo que en ella sucediese. Temió el astuto dragón que con la nueva doctrina y ejemplo quedarían los Apóstoles más confirmados y constantes en la fe, y resistirían á las tentaciones que contra ella les arrojaba; y le pareció que si entonces comenzasen á titubear, los derribaría después con nuevas persecuciones, que les levantaría por medio de los judíos, que siempre estarían prontos para ofenderles por la enemistad de su Maestro. Con este mal consejo se engañó á sí mismo el demonio. Y cuando conoció que los Apóstoles estaban tímidos y cobardes, y muy caídos de corazón con la tristeza, juzgó este enemigo que aquella era la peor disposición de la criatura, y para sí la mejor oca-

sión de tentarlos; y les acometió con rabioso furor, proponiéndoles grandes dudas y recelos contra el Maestro de la vida, y que le desamparasen y huyesen. Y en cuanto á la fuga no resistieron, como en muchas de las sugerencias falsas contra la fe; aunque también desfallecieron en ella unos más y otros menos, porque en esto no fueron todos igualmente turbados ni escandalizados.

Dividiéronse unos de otros, huyendo á diferentes partes, porque todos juntos era dificultoso ocultarse, que era lo que entonces pretendían. Solos Pedro y Juan se juntaron para seguir de lejos á su Dios y Maestro, hasta ver el fin de su pasión. (1). Pero en el interior de cada uno de los once Apóstoles pasaba una contienda de sumo dolor y tribulación, que les prensaba el corazón, sin dejarles consuelo ni descanso alguno. Peleaban de una parte la razón, la gracia, la fe, el amor y la verdad; de otra las tentaciones, sospechas, temor, natural cobardía y tristeza. La razón y la luz de la verdad les reprendían su inconstancia y deslealtad en haber desamparado á su Maestro, huyendo como cobardes del peligro, después de estar avisados y haberse ofrecido ellos tan

(1) Joan. xviii, 15; Matth. xxvi, 58.

poco antes á morir con él, si fuera necesario. Acordábanse de su negligente inobediencia y descuido en orar y prevenirse contra las tentaciones, como su mansísimo Maestro se lo había mandado. El amor que le tenían por su amable conversación y dulce trato, por su doctrina y maravillas, y el acordarse que era Dios verdadero les animaba y movía para que volviesen á buscarle y se ofreciesen al peligro y á la muerte, como fieles siervos y discípulos. Á esto se juntaba acordarse de su Madre santísima y considerar su dolor incomparable y la necesidad que tendría de consuelo, y deseaban ir á buscarla y asistirle en su trabajo. Por otra parte pugnaba en ellos la cobardía y el temor para entregarse á la crueldad de los judíos, á la muerte, á la confusión y persecución. Para ponerse en presencia de la dolorosa Madre les afligía y turbaba, que los obligaría á volver donde estaba su Maestro, y si con ella estarían menos seguros, porque los podían buscar en su casa. Sobre todo esto eran las sugestiones de los demonios impías y terribles. Porque les arrojaba el dragón en el pensamiento terribles imaginaciones, de que no fuesen homicidas de sí mismos entregándose á la muerte, y que su Maestro no se podía librar á sí y menos podría sacarlos á ellos de las ma-

nos de los Pontífices, y que en aquella ocasión le quitarían la vida, y con esto se acabaría toda la dependencia que de él tenían, pues no le verían más; y que no obstante, que su vida parecía inculpable, con todo esto enseñaba algunas doctrinas muy duras y ásperas, hasta entonces nunca vistas; y que por ellas le aborrecían los sabios de la ley y los Pontífices, y todo el pueblo estaba indignado contra él; y que era fuerte cosa seguir á un hombre que había de ser condenado á muerte infame y afrentosa.

Esta contienda y lucha interior pasaba en el corazón de los fugitivos Apóstoles; y entre unas y otras razones pretendía Satanás que dudasen de la doctrina de Cristo y de las profecías que hablaban de sus misterios y pasión. Y como en el dolor de este conflicto no hallaban esperanza de que su Maestro saliese con vida del poder de los pontífices, llegó el temor á pasar en una tristeza y melancolía profunda, con que eligieron el huir del peligro y salvar sus vidas. Y esto era con tal pusilanimidad y cobardía, que en ningún lugar se juzgaban aquella noche por seguros, y cualquiera sombra ó ruido los sobresaltaba. Añadióles mayor temor la deslealtad de Judas; porque temían irritaría también contra ellos la ira de los pontífices, por no volver á verse con algu-

no de los once, después de ejecutada su alevosía y traición. San Pedro y san Juan, como más fervientes en el amor de Cristo, resistieron al temor y al demonio más que los otros; y quedándose los dos juntos determinaron seguir á su Maestro con algún retiro. Para tomar esta resolución les ayudó el conocimiento que tenía san Juan con el pontífice Anás (1), entre el cual y Caifás andaba el pontificado, alternando los dos: y aquel año lo era Caifás, que había dado el consejo profético en el concilio, de que importaba muriese un hombre, para que todo el mundo no pereciese (2). Este conocimiento de san Juan se fundaba en que el Apóstol era tenido por hombre principal, y en su linaje noble; en su persona afable y cortés, y de condiciones muy amables. Con esta confianza fueron los dos Apóstoles siguiendo á Cristo nuestro Señor con menos temor. Á la gran Reina del cielo tenían en su corazón los dos Apóstoles, lastimados de su amargura, y deseosos de su presencia para aliviarla y consolarla cuanto fuera posible; y particularmente se señaló en este afecto devoto el evangelista san Juan.

La divina Princesa desde el cenáculo en esta ocasión estaba mirando por intelligen-

(1) Joan. xviii, 15.—(2) Ibid. xi, 49 y 50.

cia clarísima, no sólo á su Hijo santísimo en su prisión y tormentos, sino junto con esto conocía y sabía todo cuanto pasaba por los Apóstoles interior y exteriormente. Porque miraba su tribulación y tentaciones, sus pensamientos y determinaciones, y dónde estaba cada uno de ellos y lo que hacía. Pero aunque todo le fué patente á la candidísima paloma, no sólo no se indignó con los Apóstoles, ni jamás les dió en rostro con la deslealtad que habían cometido; antes bien ella fué el principio y el instrumento de su remedio, como adelante diré. Y desde entonces comenzó á pedir por ellos, y con dulcísima caridad y compasión de madre dijo en su interior: «Ovejas sencillas
« y escogidas, ¿por qué dejáis á vuestro
« amantísimo Pastor, que cuidaba de voso-
« tras y os daba pasto y alimento de vida
« eterna? ¿Por qué, siendo discípulos de tan
« verdadera doctrina, desamparáis á vuestro
« Bienhechor y Maestro? ¿Cómo olvidáis
« aquel trato tan dulce y amoroso que atraía
« á sí vuestros corazones? ¿Por qué escucháis
« al maestro de la mentira, al lobo carnicero
« que pretende vuestra ruina? ¡Oh amor mío
« dulcísimo y pacientísimo, qué manso, qué
« benigno y misericordioso os hace el amor
« de los hombres! Alargad vuestra piedad á
« esta pequeña grey, á quien el furor de la

«serpiente ha turbado y derramado. No en-
«treguéis á las bestias las almas que os han
«confesado (1). Grande espera tenéis con los
«que elegís para vuestros siervos, y gran-
«des obras habéis hecho con vuestros dis-
«cípulos. No se malogre tanta gracia, ni
«reprobéis á los que escogió vuestra vo-
«luntad para fundamentos de vuestra Igle-
«sia. No se glorie Lucifer de que triunfó á
«vuestra vista de lo mejor de vuestra casa
«y familia. Hijo y Señor mío, mirad á vues-
«tro amado discípulo Juan, á Pedro y Jacobo
«favorecidos de vuestro singular amor y vo-
«luntad. Volved también los ojos de vues-
«tra clemencia á todos los demás, y que-
«brantad la soberbia del dragón, que con
«implacable crueldad los ha turbado.»

A toda capacidad humana y angélica ex-
cede la grandeza de María santísima en esta
ocasión, y las obras que hizo, y plenitud de
santidad que manifestó en los ojos y bene-
plácito del Altísimo. Porque sobre los dolo-
res sensibles y espirituales que padeció de
los tormentos de su Hijo santísimo y de las
injurias afrentosas que padeció su divina
persona, cuya veneración y ponderación es-
taba en lo sumo en su prudentísima Madre;
sobre todo esto se le juntó el dolor de la

(1) Psalm LXXIII, 19.

caída de los Apóstoles, que sola su Majestad sabía ponderarla. Miraba su fragilidad y el olvido que habían mostrado de los favores, doctrina, avisos y amonestaciones de su Maestro, y esto en tan breve tiempo, después de la cena, del sermón que en ella hizo y de la comunión que les había dado, con la dignidad de sacerdotes, en que los dejaba tan levantados y obligados. Conocía también su peligro de caer en mayores pecados por la sagacidad con que Lucifer y sus ministros de tinieblas trabajaban por derribarlos, y la inadvertencia con que el temor tenía poseídos los corazones de todos los Apóstoles más ó ménos. Y por todo esto multiplicó y acrecentó las peticiones hasta merecerles el remedio, y que su Hijo santísimo los perdonase y acelerase sus auxilios para que luego volviesen á la fe y amistad de su gracia, que de todo esto fué María el instrumento eficaz y poderoso. En el interin recopiló esta gran Señora en su pecho toda la fe, la santidad, el culto y veneración de toda la Iglesia, que estuvo toda en ella, como en arca incorruptible, conservando y encerrando la ley evangélica, el sacrificio, el templo y el santuario. Sola María santísima era entonces toda la Iglesia; y sola ella creía amaba, esperaba, veneraba y adoraba al objeto de la fe por sí, por los Apóstoles y por

todo el linaje humano. Y esto de manera que recompensaba, cuanto era posible á una pura criatura las menguas y falta de fe de todo lo restante de los miembros místicos de la Iglesia. Hacía heroicos actos de fe, esperanza, amor, veneración y culto de la divinidad y humanidad de su Hijo y Dios verdadero, y con genuflexiones y postraciones le adoraba, y con admirables cánticos le bendecía, sin que el dolor íntimo y amargura de su alma destemplasen el instrumento de sus potencias, concertado y templado con la mano poderosa del Altísimo. No se entendía de esta gran Señora lo que dijo el Eclesiástico: Que la música en el dolor es importuna (1); porque sola María santísima pudo y supo en medio de sus penas aumentar la dulce consonancia de las virtudes.

Dejando á los once Apóstoles en el estado en que se ha dicho, vuelvo á contar el infelicísimo término del traidor Judas, anticipando algo este suceso, para dejarle en su lamentable y desdichada suerte y volver al discurso de la pasión. Llegó, pues, el sacrilego discípulo, con el escuadrón que llevaba preso á nuestro Salvador Jesús, á casa de los pontífices, Anás primero, y después Caifás, donde le esperaban con los escribas y

(1) Eclli. xxii, 6.

fariseos. Y como el divino Maestro, á vista de su pérfido discípulo, era tan maltratado y atormentado con blasfemias y con heridas, y todo lo sufría con silencio, mansedumbre y paciencia tan admirable; comenzó Judas á discurrir sobre su propia alevosía, conociendo que sola ella era causa de que un hombre tan inculpable y bienhechor suyo, fuese tratado con tan injusta crueldad sin merecerlo. Acordóse de los milagros que había visto, de la doctrina que le oyó, de los beneficios que le hizo, y también se le representó la piedad y mansedumbre de María santísima, y la caridad con que había solicitado su remedio, y la maldad obstinada con que ofendió á Hijo y Madre por un vilísimo interés; y todos los pecados juntos que había cometido se le pusieron delante como un caos impenetrable y un monte inhabitable y grave.

Estaba Judas, como arriba se dijo, desamparado de la divina gracia (1), después de la entrega que hizo con el ósculo y contacto de Cristo nuestro Salvador. Y por ocultos juicios del Altísimo, aunque estaba entregado en manos de su consejo, hizo aquellos discursos, permitiéndolo la justicia y equidad divina en la razón natural y con

(1) Eccli. xv, 14.

muchas sugerencias de Lucifer, que le asistía. Aunque discurría Judas y hacía juicio verdadero en lo que se ha dicho; pero como estas verdades eran administradas por el padre de la mentira, juntaba á ellas otras proposiciones falsas y mentirosas, para que viniese á inferir, no su remedio y confianza de conseguirle, sino que aprendiese la imposibilidad, y desesperase de él, como sucedió. Despertóle Lucifer íntimo dolor de sus pecados, mas no por buen fin, ni motivos de haber ofendido á la verdad divina, sino por la deshonra que padecería con los hombres, y por el daño que su Maestro, como poderoso en milagros, le podía hacer; y que no era posible escaparse de él en todo el mundo, donde la sangre del justo clamaría contra él. Con estos y otros pensamientos que le arrojó el demonio, quedó lleno de confusión, tinieblas y despechos muy rabiosos contra sí mismo. Y retirándose de todos estuvo para arrojarse de muy alto en casa de los pontífices, y no lo pudo hacer. Salióse fuera, y como una fiera, indignado contra sí mismo, se mordía de los brazos y manos, y se daba desatinados golpes en la cabeza, tirándose del pelo y hablando desatinadamente, se echaba muchas maldiciones y execraciones, como infelicísimo y desdichado entre los hombres.

Viéndole tan rendido Lucifer, le propuso que fuese á los sacerdotes, y confesado su pecado les volviese su dinero. Hízolo Judas con presteza, y á voces les dijo aquellas palabras: *Pequé, entregando la sangre del justo* (1). Pero ellos, no menos endurecidos, le respondieron que lo hubiera mirado primero. El intento del demonio era, si pudiera, impedir la muerte de Cristo nuestro Señor, por las razones que dejo dichas y diré más adelante. Con esta repulsa que le dieron los príncipes de los sacerdotes tan llena de impiísima crueldad, acabó Judas de desconfiar, persuadiéndose no sería posible excusar la muerte de su Maestro. Lo mismo juzgó el demonio, aunque hizo más diligencias por medio de Pilatos. Pero como Judas no le podía servir ya para su intento, le aumentó la tristeza y despechos, y le persuadió que, para no esperar más duras penas, se quitase la vida. Admitió Judas este formidable engaño, y saliéndose de la ciudad se colgó (2) de un árbol seco, haciéndose homicida de sí mismo el que se había hecho deicida de su Criador. Sucedió esta infeliz muerte de Judas el mismo día del viernes, á las doce, que es al medio día, antes que muriera nuestro Salvador, por-

(1) Matth. xxviii, 4.—(2) Ibid. 5.

que no convino que su muerte y nuestra consumada redención cayese luego sobre la execrable muerte del traidor discípulo, que con suma malicia la había despreciado.

Recibieron luego los demonios el alma de Judas y la llevaron al infierno, pero su cuerpo quedó colgado, y reventadas sus entrañas (1) con admiración y asombro de todos, viendo el castigo tan estupendo de la traición de aquel pésimo discípulo. Perseveró el cuerpo ahorcado tres días en lo público. Y en este tiempo intentaron los judíos quitarle del árbol y ocultamente enterrarle, porque de aquel espectáculo redundaba gran confusión contra los sacerdotes y fariseos, que no podían contradecir aquel testimonio de su maldad. Mas no pudieron con industria alguna derribar ni quitar el cuerpo de Judas de donde se había colgado. Hasta que pasados tres días, por dispensación de la justicia divina, los mismos demonios le quitaron de la horca y le llevaron con su alma, para que en lo profundo del infierno pagase en cuerpo y alma eternamente su pecado. Y porque es digno de admiración temerosa, lo que he conocido del castigo y penas que se le dieron á Judas, lo diré como se me ha mostrado y

(1) Act. I, 18.

mandado. Entre las oscuras cavernas de los calabozos infernales estaba desocupada una muy grande y de mayores tormentos que las otras, porque los demonios no habían podido arrojar en aquel lago alguna alma, aunque la crueldad de estos enemigos lo había procurado desde Caín hasta aquel día. Esta imposibilidad admiraba al infierno, ignorante del secreto, hasta que llegó el alma de Judas, á quien fácilmente arrojaron y sumergieron en aquel calabozo, nunca antes ocupado de otro alguno de los condenados. Y la razón era, porque desde la creación del mundo quedó señalada aquella caverna de mayores tormentos y fuego que lo restante del infierno, para los cristianos que recibido el bautismo se condenasen, por no haberse aprovechado de los sacramentos, doctrina, pasión y muerte del Redentor y de la intercesión de su Madre santísima. Y como Judas fué el primero que había participado de estos beneficios con tanta abundancia para su remedio, y formidablemente los despreció, por esto fué también el que primero estrenó aquel lugar y tormentos, aparejados para él y los que le imitaren y siguieren.

Este misterio se me ha mandado escribir con particularidad para aviso y escarmiento de todos los cristianos, y en especial de

los sacerdotes, prelados y religiosos que tratan con más frecuencia el sagrado cuerpo y sangre de Cristo Señor nuestro; y por oficio y estado son más familiares suyos; que por no ser reprendida, quisiera hallar términos y razones con que darle la ponderación y sentido que pide nuestra insensible dureza, para que en este ejemplo todos tomáramos escarmiento y temiéramos el castigo que nos aguarda á los malos cristianos, según el estado de cada uno. Los demonios atormentaron á Judas con inexplicable crueldad, porque no había desistido de vender á su Maestro, con cuya pasión y muerte ellos quedarían vencidos y desposeídos del mundo. La indignación que por esto cobraron de nuevo contra nuestro Salvador y contra su Madre santísima, la ejecutan, en el modo que se les permite, contra todos los que imitan al traidor discípulo y cooperan con él en despreñar la doctrina evangélica, los sacramentos de la ley de gracia y fruto de la Redención. Y es justa razón que estos malignos espíritus tomen venganza en los miembros del cuerpo místico de la Iglesia, porque no se unieron con su cabeza Cristo, y porque voluntariamente se apartaron de ella, y se entregaron á ellos, que con implacable soberbia la aborrecen y maldicen;

y como instrumentos de la justicia divina castigan las ingraticudes que tienen los redimidos contra su Redentor. Consideren los hijos de la Santa Iglesia esta verdad atentamente, que si la tuvieran presente no es posible dejase de moverles el corazón y les diese juicio para desviarse de tan lamentable peligro.

Entre los sucesos de todo el discurso de la pasión andaba Lucifer con sus ministros de maldad muy desvelado y atento para acabarse de asegurar si Cristo nuestro Señor era el Mesías y Redentor del mundo. Porque unas veces le persuadían los milagros, y otras le disuadían las acciones y padecer de la flaqueza humana, que tomó por nosotros nuestro Salvador; pero donde más crecieron las sospechas del dragón fué en el huerto, donde sintió la fuerza de aquella palabra que dijo el Señor: *Yo soy* (1); y fué arruinado el mismo demonio, cayendo con todos en la presencia de Cristo nuestro Señor. Había poco rato que salió del infierno acompañado de sus legiones, después que habían sido arrojados desde el cenáculo á lo profundo. Y aunque fué María santísima la que de allí los derribó, como arriba se dijo, con todo eso confirió Lucifer consigo y con

(1) Joan. xviii, 5.

sus ministros que aquella virtud y fuerza de Hijo y Madre eran nuevas y nunca vistas contra ellos. Y en dándole permiso que se levantase en el huerto, habló con los demás, y les dijo: No es posible que sea este poder de hombre sólo; sin duda este es Dios juntamente con ser hombre. Y si muere, como lo disponemos, por este camino hará la redención y satisfará á Dios, y queda perdido nuestro imperio, y frustrado nuestro deseo. Mal hemos procedido procurándole la muerte. Y si no podemos impedir que muera, probemos hasta donde llega su paciencia, y procuremos con sus mortales enemigos que le atormenten con crueldad impía. Irritémosles contra él; arrojémosles sugestiones de desprecios, afrentas, ignominias y tormentos que ejecuten en su persona; compelémoslos á que empleen su ira en irritarle, y atendamos á los efectos que hacen todas estas cosas en él. Todo lo intentaron los demonios como lo propusieron; aunque no todo lo consiguieron, como en el discurso de la pasión se manifiesta, por los ocultos misterios que diré y he referido arriba. Provocaron á los sayones para que intentasen atormentar á Cristo nuestro bien con algunos tormentos menos decentes á su Real y divina persona, de los que le dieron; porque no consintió su Majestad otros mas de los

que quiso y convino padecer, dejándoles ejecutar en estos toda su inhumana sevicia y furor.

Intervino también en impedir la malicia insolente de Lucifer la gran Señora del cielo María santísima, porque le fueron patentes todos los conatos de este infernal dragón. Unas veces con imperio de Reina le impedía muchos intentos, para que no se los propusiese á los ministros de la pasión. Otras veces en los que les proponía, pedía la divina Princesa á Dios no se los dejase ejecutar, y por medio de sus santos Angeles concurría á desvanecerlos y estorbarlos. Y en los que su gran sabiduría conocía era voluntad de su Hijo santísimo padecerlos, cesaba en estas diligencias, y en todo se ejecutaba la permisión de la divina voluntad. Conoció asimismo todo lo que sucedió en la infeliz muerte, tormentos de Judas y el lugar que le daban en el infierno; el asiento de fuego que había de tener por toda la eternidad, como maestro de la hipocresía y precursor de todos los que habían de negar á Cristo nuestro Redentor con la mente y con las obras, desamparando, como dice Jeremías (1) las venas de las aguas vivas, que son el mismo Señor, para ser escritos

(1) Jerem.: xvii, 13.

y sellados en la tierra, y alejados del cielo, donde están escritos los predestinados. Todo esto conoció la Madre de misericordia, y lloró sobre ello amargamente, y oró al Señor por la salud de los hombres, suplicándole los apartase de tan gran ceguera, precipicio y ruina; pero conformándose con los ocultos y justos juicios de su Providencia divina.

*Doctrina que me dió la Reina del cielo
María santísima.*

Hija mía, admirada estás y no sin causa, de lo que has entendido y escrito de la infeliz suerte de Judas y de la caída de los Apóstoles, estando todos en la escuela de Cristo mi Hijo santísimo, criados á los pechos de su doctrina, vida, ejemplo y milagros y favorecidos de su dulcísima mansedumbre y trato, de mi intercesión y consejos, y otros beneficios que recibían por mi medio. Pero de verdad te digo, que si todos los hijos de la Iglesia tuvieran la atención y admiración que este raro ejemplo les puede causar, en él hallaran saludable aviso y escarmiento para temer el estado peligroso de la vida mortal, por más favores y beneficios que reciban las almas de la mano del Señor pues todo parecerá menos que verle, oírle;

tratarle y tenerle por dechado vivo de santidad. Lo mismo te digo de mí; pues á los Apóstoles dí amonestaciones, y fueron testigos de mi santa é inculpable conversación, y de mi piedad recibieron grandes beneficios, les comuniqué la caridad que de estar en Dios se dimanaba de su Majestad á mí. Y si en la atención, á vista de su mismo Señor y Maestro, olvidaron tantos favores y la obligación de corresponder á ellos, ¿quién será tan presuntuoso en la vida mortal, que no tema el peligro de la ruina, por más beneficios que haya recibido? Aquellos eran Apóstoles escogidos por su divino Maestro, que era Dios verdadero; y con todo eso el uno llegó á caer más infelizmente que todos los hombres, y los otros á desfallecer en la fe, que es el fundamento de toda la virtud; y fué conforme á la justicia y juicios inescrutables del Altísimo. Pues ¿por qué no temerán los que ni son Apóstoles ni han obrado tanto como ellos en la escuela de Cristo mi Hijo santísimo y su Maestro, y no merecen tanto mi intercesión?

De la ruina y perdición de Judás y de su justísimo castigo, dejás escrito lo que basta para que se entienda á cual estado pueden llegar y llevar los vicios y la mala voluntad á un hombre que se entrega á ellos y al demonio, y desprecia los llamamientos y auxi-

lios de la gracia. Lo que te advierto sobre lo que has escrito es, que no sólo los tormentos que padece el traidor discípulo Judas, sino también el de muchos cristianos que con él se condenan y bajan al mismo lugar de las penas, que para ellos fué señalado desde el principio del mundo, excede á los tormentos de muchos demonios. Porque mi Hijo santísimo no murió por los ángeles malos, sino por los hombres; ni á los demonios les tocó el fruto y efectos de la redención, los cuales reciben los hijos de la Iglesia con efecto en los Sacramentos; y despreciar este incomparable beneficio no es culpa del demonio tanto como de los fieles, y así les corresponde nueva y diferente pena por este desprecio. Y el engaño que Lucifer y sus ministros padecieron, no conociendo á Cristo por verdadero Dios y Redentor hasta la muerte, siempre atormenta y penetra las potencias de aquellos malignos espíritus; y de este dolor les resulta nueva indignación contra los redimidos, y mayor contra los cristianos, á quienes más se les aplica la redención y sangre del Cordero. Por esto se desvelan tanto los demonios en hacer que los fieles olviden la obra de la redención y la malogren; y después en el infierno se muestran más airados y rabiosos contra los malos cristianos; y sin piedad al-

guna les darían mayores tormentos, si la justicia divina no dispusiese con equidad que las penas fuesen ajustadas á las culpas, no dejando esto á la voluntad de los demonios, sino tasándolo con su poder y sabiduría infinita, que aun hasta aquel lugar alcanza la bondad del Señor.

En la caída de los demás Apóstoles quiero, carísima, que adviertas el peligro de la fragilidad humana, que aun en los mismos beneficios y favores que recibe del Señor fácilmente se acostumbra á ser grosera, tarda y desagradecida, como les sucedió á los once Apóstoles, cuando huyeron de su Maestro celestial, y le dejaron con la incredulidad. Este peligro se origina en los hombres de ser tan sensibles é inclinados á todo lo sensitivo y terreno, y haber quedado estas inclinaciones depravadas por el pecado, y acostumbrarse á vivir y á obrar según lo terreno, carnal y sensible, más que según el espíritu. De aquí nace que aun á los mismos beneficios y dones del Señor los tratan y aman sensiblemente. Y cuando les faltan por este modo, luego se divierten á otros objetos sensibles, se mueven por ellos, y pierden el tino de la vida espiritual; porque la trataban y recibían como sensible, con baja estimación del espíritu. Por esta inadvertencia ó grosería cayeron los Apóstoles, aunque

estaban tan favorecidos de mi Hijo santísimo y de mí; porque los milagros, la doctrina y ejemplos que tenían presentes eran sensibles, y como ellos aunque perfectos ó justos, eran terrenos y aficionados á solo aquello sensitivo que recibían; en faltándoles esto, se turbaron con la tentación y cayeron en ella, como quien había penetrado poco los misterios y espíritu de lo que habían visto y oído en la escuela de su Maestro. Con este ejemplo y doctrina quedarás, hija mía, enseñada á ser mi discípula espiritual y no terrena, y no acostumbrarte á lo sensible, aunque sea á los favores del Señor. Y cuando los recibieres, no te detengas en lo material y sensible, sino levanta tu mente á lo alto y espiritual, que se percibe con la luz y ciencia interior y no con el sentido animal (1). Y si lo sensible puede embarazar á la vida espiritual, ¿qué será lo que pertenece á la vida terrena, animal y carnal? Claro está que de tí quiero olvides y borres de tus potencias toda imagen y especies de criaturas, para que estés idónea y capaz de mi imitación y doctrina saludable.

(1) I Cor. II, 14.



CAPÍTULO IX.

LLEVAN Á NUESTRO SALVADOR JESÚS ATADO Y PRESO Á CASA
DEL PONTÍFICE ANÁS; LO QUE SUCEDIÓ EN ESTE
PASO Y LO QUE PADECIÓ EN ÉL SU
BEATÍSIMA MADRE.

DIGNA cosa fuera hablar de la pasión, afrentas y tormentos de nuestro Salvador Jesús con palabras tan vivas y eficaces, que pudieran penetrar más que la espada de dos filos, hasta dividir con íntimo dolor lo más oculto de nuestros corazones (1). No fueron comunes las penas que padeció; no se hallará dolor semejante como su dolor (2). No era su persona como las demás de los hijos de los hombres; no padeció su Majestad por sí mismo, ni por sus culpas, sino por nosotros (3) y por las nuestras. Pues razón es, que las palabras y términos con que tratamos de sus tormentos y dolores, no sean comunes y ordinarios, sino con otros vivos y eficaces se la pro-

(1) Hebr. iv, 12.—(2) Thren. i, 12.—(3) I Petr. ii, 12

pongamos á nuestros sentidos. Mas ¡ay de mí que no puedo dar fuerza á mis palabras, ni hallo las que mi alma desea para manifestar este secreto! Diré lo que alcanzare, hablaré como pudiere y se me administrare, aunque la cortedad de mi talento coarte y limite la grandeza de la inteligencia y los improporcionados términos no alcancen á declarar el concepto escondido del corazón. Supla el defecto de las razones la fuerza y viveza de la fe, que profesamos los hijos de la Iglesia. Y si las palabras son comunes, sea extraordinario el dolor y el sentimiento, el dictamen altísimo, la comprensión vehemente, la ponderación profunda, el agradecimiento cordial y el amor fervoroso; pues todo será menos que la verdad del objeto y de lo que nosotros debemos corresponder como siervos, como amigos y como hijos adoptados por medio de su pasión y muerte santísima.

Atado y preso el mansísimo cordero Jesús, fué llevado desde el huerto á casa de los pontífices, y primero á la de Anás (1). Iba prevenido aquel turbulento escuadrón de soldados y ministros con las advertencias del traidor discípulo (2), que no se fiasen de su Maestro, si no le llevaban muy amarrado y

(1) Joan. xviii, 13.—(2) Marc. xiv, 44.

atado; porque era hechicero, y se les podría salir de entre las manos. Lucifer y sus príncipes de tinieblas ocultamente los irritaban y provocaban, para que impía y sacrilegamente tratasen al Señor sin humanidad ni decoro. Y como todos eran instrumentos obedientes á la voluntad de Lucifer, nada que se les permitió dejaron de ejecutar contra la persona de su mismo Criador. Atáronle con una cadena de grandes eslabones de hierro con tal artificio, que rodeándosela á la cintura y al cuello sobran los dos extremos, y en ellos había unas argollas ó esposas con que encadenaron también las manos del Señor que fabricó los cielos (1), y los Angeles, y todo el universo. Y así argolladas y presas se las pusieron, no al pecho, sino á las espaldas. Esta cadena llevaron de la casa de Anás el pontífice, donde servía de levantar la puerta de un calabozo que era levadiza; y para el intento de aprisionar á nuestro divino Maestro la quitaron, y la acomodaron con aquellas argollas y cerraduras, como candados, con llaves de golpe. Y con este modo de prisión nunca oída, no quedaron satisfechos ni seguros; porque luego sobre la pesada cadena le ataron dos sogas harto largas: la una echaron sobre la gar-

(1) Hebr. 1, 10.

ganta de Cristo nuestro Señor, y cruzándola por el pecho le rodearon el cuerpo, atándole con fuertes nudos, y dejaron dos extremos largos de la sogá para que dos de los ministros ó soldados fuesen tirando de ellos y arrastrando al Señor. La segunda sogá sirvió para atarle los brazos, rodeándola también por la cintura, y dejaron pendientes otros dos cabos largos á las espaldas donde llevaba las manos, para que otros dos tirasen de ellos.

Con esta forma de ataduras se dejó apasionar y rendir el Omnipotente y Santo, como si fuera el más facineroso de los hombres y el más flaco de los nacidos; porque había puesto sobre sí las iniquidades de todos nosotros (1), y la flaqueza ó impotencia para el bien, en que por ellas incurrimos. Atáronle en el huerto, atormentándole no sólo con las manos, con las sogas y cadenas, sino con las lenguas; porque como serpientes venenosas arrojaron la sacrílega ponzoña que tenían, con blasfemias, contumelias y nunca oídos oprobios contra la persona que adoraban los Ángeles y los hombres, y le magnifican en el cielo y en la tierra. Partieron todos del monte Olivete con gran tumulto y vocería, llevando en medio

(1) Isai. LIII, 6.

al Salvador del mundo, tirando unos de las sogas de adelante, y otros de las que llevaba á las espaldas asidas de las muñecas; y con esta violencia nunca imaginada, unas veces le hacían caminar apriesa, atropellándole; otras le volvían atrás y le detenían; otras le arrastraban á un lado y á otro, á donde la fuerza diabólica los movía. Muchas veces le derribaban en tierra, y como llevaba las manos atadas, daba en ella con su venerable rostro, lastimándose, y recibiendo en él heridas y mucho polvo. En estas caídas arremetían á él, dándole de puntillazos y coces, atropellándole y pisándole, pasando sobre su Real persona, hollándole la cara y la cabeza, y celebrando estas injurias con algazara y mofa le hartaban de oprobrios, como lo lloró antes Jeremías (1).

En medio del furor tan impío que Lucifer encendía en aquellos sus ministros, estaba atento á las obras y acciones de nuestro Salvador, cuya paciencia pretendía irritar y conocer si era puro hombre, porque esta duda y perplejidad atormentaba su pésima soberbia sobre todas sus grandes penas. Y como reconoció la mansedumbre, tolerancia y suavidad que mostraba Cristo entre tantas injurias y tormentos, y que los reci-

(1) Thren. III, 30.

bía con semblante sereno y de majestad, sin turbación, ni mudanza alguna; con esto se enfureció más el infernal dragón, y como si fuera un hombre furioso y desatinado, pretendió tomar una vez las sogas que llevaban los sayones para tirar él y otros demonios con mayor violencia que lo hacían ellos para provocar con más crueldad la mansedumbre del Señor. Este intento impidió María santísima, que desde el lugar donde estaba retirada miraba por visión clara todo lo que se iba ejecutando con la persona de su Hijo santísimo, y cuando vió el atrevimiento de Lucifer, usando de la autoridad y poder de Reina, le mandó no llegase á ofender á Cristo nuestro Salvador como intentaba. Y al punto desfallecieron las fuerzas de este enemigo, y no pudo ejecutar su deseo, porque no era conveniente que su maldad se interpusiese, por aquel modo, en la pasión y muerte del Redentor. Pero diósele permiso para que provocase á sus demonios contra el Señor, y todos ellos á los judíos fautores de la muerte del Salvador, porque tenían libre alvedrío para consentir y disentir en ella. Así lo hizo Lucifer, que volviéndose á sus demonios, les dijo; ¿Qué hombre es éste que ha nacido en el mundo, que con su paciencia y sus obras así nos atormenta y destruye? Ningun-

no hasta ahora tuvo tal igualdad y sufrimiento en los trabajos desde Adán acá. Nunca vimos entre los mortales semejante humildad y mansedumbre. ¿Cómo sosegamos viendo en el mundo un ejemplo tan raro y poderoso para llevarle tras sí? Si este es el Mesías, sin duda abrirá el cielo y cerrará el camino por donde llevamos á los hombres á nuestros eternos tormentos, y quedaremos vencidos y frustrados nuestros intentos. Y cuando no sea más que puro hombre, no puedo sufrir que deje á los demás tan fuerte ejemplo de paciencia. Venid, pues, ministros de mi altiva grandeza, y persigámoslo por medio de sus enemigos, que como obedientes á mi imperio, han admitido contra él la furiosa envidia que les he comunicado.

Á toda la desapiadada indignación que Lucifer despertó y fomentó en aquel escuadrón de los judíos se sujetó el Autor de nuestra salud, ocultando el poder con que los pudiera aniquilar ó reprimir, para que nuestra redención fuese más copiosa. Llevándolo atado y maltratado, llegaron á casa del pontífice Anás, ante quien le presentaron como malhechor y digno de muerte. Era costumbre de los judíos presentar así atados á los delincuentes que merecían castigo capital; y aquellas prisiones eran como

testigos del delito que merecía la muerte: y así le llevaban como intimándole la sentencia, antes que se la diese el juez. Salió el sacrílego sacerdote Anás á una gransala, donde se asentó en el estrado ó tribunal que tenía, muy lleno de soberbia y arrogancia. Luego se puso á su lado el príncipe de las tinieblas Lucifer, rodeándole gran multitud de demonios. Los ministros y soldados le presentaron á Jesús atado y preso, y le dijeron: Ya, señor, traemos aquí este mal hombre, que con sus hechizos y maldades ha inquietado á toda Jerusalén y Judea, y esta vez no le ha valido su arte mágica para escaparse de nuestras manos y poder.

Estaba nuestro Salvador Jesús asistido de innumerables Ángeles que le adoraban y confesaban, admirados de los incomprendibles juicios de su sabiduría (1); porque su Majestad consentía ser presentado como reo y pecador, y el inicuo sacerdote se manifestaba como justo y celoso de la honra del Señor, á quien sacrílegamente pretendía quitarla con la vida; y callaba el amantísimo Cordero sin abrir su boca, como lo había dicho Isaías (2). El Pontífice con imperiosa autoridad le preguntó por sus discípulos (3), y qué doctrina era la que predicaba y enseñaba.

(1) Rom. xi, 33.—(2) Isai. lIII, 7.—(3) Joan. xviii, 19.

Esta pregunta hizo para calumniar la respuesta, si decía alguna palabra que motivase acusarle. Pero el Maestro de la santidad, que encamina y enmienda á los más sabios (1), ofreció al eterno Padre aquella humillación de ser presentado como reo ante el pontífice y preguntado por él como criminoso y autor de falsa doctrina. Respondió nuestro Redentor con humilde y alegre semblante á la pregunta de su doctrina: *Yo siempre he hablado en público, enseñando y predicando en el templo y sinagoga, donde concurren los judíos, y nada he dicho en oculto. ¿Qué me preguntas á mí? Pues ellos te dirán, si les preguntas, lo que yo les he enseñado* (2). Porque la doctrina de Cristo nuestro Señor era de su eterno Padre, respondió por ella y por su crédito, remitiéndose á sus oyentes; así porque á su Majestad no le darían crédito, antes bien le calumniarían su testimonio, como también porque la verdad y la virtud, ella misma se acredita y abona entre los mayores enemigos.

No respondió por los Apóstoles, porque no era entonces necesario, ni ellos estaban en disposición que podían ser alabados de su Maestro. Y con haber sido esta respuesta tan llena de sabiduría y tan conveniente á la

(1) Sap. vii, 15.—(2) Joan. xviii, 20, 21.

pregunta; con todo eso uno de los ministros que asistían al Pontífice fué con formidable audacia, levantó la mano, y dió una bofetada en el sagrado y venerable rostro del Salvador, y junto con herirle le reprendió, diciéndole: *¿Así respondes al pontífice?* (1) Recibió el Señor esta desmedida injuria rogando al Padre por quien así le había ofendido; y estando preparado, y con disposición de volver y ofrecer la otra mejilla, si fuera necesario, para recibir otra bofetada, cumpliendo en todo esto con la doctrina que él mismo había enseñado (2). Y para que el necio y atrevido ministro no quedase ufano y sin confusión por tan inaudita maldad, le replicó el Señor con grande serenidad y mansedumbre: *Si yo he hablado mal da testimonio, y di en qué está el mal que me atribuyes. Y si hablé como debía, ¿por qué me has herido?* (3) ¡Oh espectáculo de nueva admiración para los espíritus soberanos! ¡Cómo de sólo oírte pueden y deben temblar las columnas del cielo y todo el firmamento estremecerse! Este Señor es aquel de quien dijo Job (4), que es sabio de corazón, y tan robusto y fuerte, que nadie le puede resistir, y con esto tendrá paz; quien trasie-

(1) Joan. XVIII, 22.—(2) Matth. v, 39.—(3) Joan. XVIII, 23.
—(4) Job. IX, a v. 4.

ga los montes con su furor antes que puedan ellos entenderlo; el que mueve la tierra en su lugar y sacude una con otra sus columnas; el que manda al sol que no nazca y cubre las estrellas con signáculo; el que hace cosas grandes é incomprensibles; el que á su ira nadie puede resistir y ante quien doblan la rodilla los que sustentan todo el orbe, y este mismo es el que por amor de los mismos hombres sufre de un impío ministro ser herido en el rostro de una bofetada.

Con la respuesta humilde y eficaz que dió su Majestad al sacrílego siervo, quedó confuso en su maldad. Pero ni esta confusión, ni la que pudo recibir el pontífice de que en su presencia se cometiese tal crimen y desacato, le movió á él ni á los judíos para reprimirse en algo contra el Autor de la vida. En el ínterin que se continuaban los oprobrios, llegaron á casa de Anás san Pedro y el otro discípulo, que era san Juan. Y éste, como muy conocido en ella, entró fácilmente quedando fuera san Pedro, hasta que la portera, que era una criada del pontífice, á petición de san Juan le dejó entrar (1), para ver lo que sucedía con el Redentor. Entraron los dos Apóstoles en el zaguán de la casa

(1) Joan. xviii, 16.

antes de la sala del pontífice, y san Pedro se llegó al fuego que allí tenían los soldados, porque hacía la noche fría. La portera miró y reconoció á san Pedro, con algún cuidado como discípulo de Cristo, y llegándose á él le dijo: ¿Tú acaso no eres de los discípulos de este Hombre? (1) Esta pregunta de la criada fué con algún desprecio y baldón, de que san Pedro se avergonzó con gran flaqueza y pusilanimidad. Y poseído del temor respondió, y dijo: Yo no soy discípulo suyo. Con esta respuesta se deslizó de la conversación y salió fuera de la casa de Anás, aunque luego siguiendo á su Maestro fué á la de Caifás, donde le negó otras dos veces, como adelante diré.

Mayor fué para el divino Maestro el dolor de la negación de Pedro que el de la bofetada; porque á su inmensa caridad la culpa era contraria y aborrecible, y las penas eran amables y dulces, por vencer con ellas nuestros pecados. Hecha la primera negación, oró Cristo al eterno Padre por su Apóstol, y dispuso que por medio de la intercesión de María santísima se le previniese la gracia y el perdón para después de las tres negaciones. Estaba la gran Señora á la vista desde su oratorio á todo lo que

(1) JORN. XVIII, 17.

iba sucediendo, como queda dicho. Y como en su pecho tenía el propiciatorio y el sacrificio á su mismo Hijo y Señor sacramentado, convertíase á él para sus peticiones y afectos amorosos, donde ejercitaba heroicos actos de compasión, agradecimiento, culto y adoración. Cuando la piadosísima Reina conoció la negación de san Pedro, lloró con amargura, y nunca cesó en este llanto, hasta que entendió no le negaría el Altísimo sus auxilios y que le levantaría de su caída. Sintió asimismo la purísima Madre todos los dolores de las heridas y tormentos de su Hijo, y en las mismas partes de su virginal cuerpo, donde el Señor era lastimado. Y cuando su Majestad fué atado con las sogas y cadenas, sintió ella en las muñecas tantos dolores, que saltó la sangre por las uñas en sus virginales manos, como si fueran atadas y apretadas; y lo mismo sucedió en las demás heridas. Como á esta pena se juntaba la del corazón de ver padecer a Cristo nuestro Señor, vino la amantísima Madre á llorar sangre viva, siendo el brazo del Señor el artífice de esta maravilla. Sintió también el golpe de la bofetada de su Hijo santísimo, como si á un mismo tiempo aquella mano sacrílega hubiera herido á Hijo y á Madre juntos. En esta injuriosa contumelia, y en las blasfemias y desacatos llamó á los santos

Ángeles para que con ella engradecieran y adoraran á su Criador en recompensa de los oprobrios que recibía de los pecadores, y con prudentísimas razones, pero muy lamentables y dolorosas, confería con los mismos Ángeles la causa de su amarga compasión y llanto.

*Doctrina que me dió la gran Reina del Cielo,
María santísima.*

Hija mía, á grandes cosas te llama y te convida la divina luz que recibes de los misterios de mi Hijo santísimo y míos en lo que padecemos por el linaje humano, y en el mal retorno que nos da desagradecido é ingrato á tantos beneficios. Tú vives en carne mortal y sujeta á estas ignorancias y flaquezas; y con la fuerza de la verdad que entiendes, se engendran en tí y despiertan muchos movimientos de admiración, de dolor, aflicción y compasión, por el olvido, poca aplicación y atención de los mortales á tan grandes sacramentos y por los bienes que pierden en su flojedad y tibieza. Pues ¿cuál será la ponderación que de esto harán los Ángeles y Santos, y la que yo tendré á la vista del Señor, de ver el

mundo y el estado de los fieles en tan peligroso estado y formidable descuido, después que mi Hijo santísimo murió y padeció, y después que me tienen por Madre, por intercesora, y su vida purísima y mía por ejemplo? De verdad te digo, carísima, que sola mi intercesión y los méritos que represento al Eterno Padre de su Hijo y mío, pueden suspender el castigo y aplacar su justa indignación para que no destruya al mundo y azote rigurosamente á los hijos de la Iglesia, que saben la voluntad del Señor y no la cumplen (1). Pero yo estoy muy desobligada de hallar tan pocos que se contristen conmigo y consuelen á mi Hijo en sus penas, como dijo David (2). Esta dureza será el cargo de mayor confusión contra los malos cristianos el día del juicio, porque conocerán entonces con irreparable dolor, que no sólo fueron ingratos sino inhumanos y crueles con mi Hijo santísimo, conmigo y consigo mismos.

Considera, pues, carísima, tu obligación, y levántate sobre todo lo terreno y sobre tí misma, porque yo te llamo y te elijo para que me imites y acompañes en lo que me dejan tan sola las criaturas, á quienes mi Hijo santísimo y yo tenemos tan benefi-

(1) Joan. xv, 15.—(2) Psalm. lxxviii, 21.

ciadas y obligadas. Pondera con todas tus fuerzas lo mucho que le costó á mi Señor el reconciliar con su Padre á los hombres (1) y merecerles su amistad. Lloro y aflígete de que tantos vivan en este olvido y que tantos trabajen con todo su conato por destruir y perder lo que costó sangre y muerte del mismo Dios, y lo que yo desde mi Concepción les procuré y procuro solicitar y granjear para su remedio. Despierta en tu corazón lastimoso llanto de que en la Iglesia Santa tengan muchos sucesores los pontífices hipócritas y sacrílegos, que con título fingido de piedad condenaron á Cristo; estando la soberbia y fausto con otras graves culpas, autorizada y entronizada, y la humildad, la verdad, la justicia y las virtudes, tan oprimidas y abatidas, y sólo prevalece la codicia y la vanidad. La pobreza de Cristo pocos la conocen y menos son los que la abrazan. La santa fe está impedida, y no se dilata por la desmedida ambición de los poderosos del mundo, y en muchos católicos está muerta y ociosa, y todo lo que ha de tener vida está muerto y se dispone para la perdición. Los consejos del Evangelio están olvidados, los preceptos quebrantados y la caridad casi extinguida. Mi Hijo y

(1) Colos. 1, 22.

Dios verdadero dió sus mejillas con paciencia y mansedumbre para ser herido (1). ¿Quién perdona una injuria por imitarle? Al contrario ha hecho leyes el mundo, y no sólo los infieles, sino los mismos hijos de la fe y de la luz.

En la noticia de estos pecados quiero que imites lo que hice en la pasión y toda mi vida, que por todos ejercitaba los actos de las virtudes contra los vicios. Por las blasfemias, le bendecía; por los juramentos, le alababa; por las infidelidades, le creía; y lo mismo por todas las demás ofensas. Esto quiero que hagas en el mundo que vives y conoces. Huye también de los peligros de las criaturas con el ejemplo de Pedro, que no eres tú más fuerte que el apóstol y discípulo de Cristo, y si alguna vez cayeres, como flaca, llora luego con él y busca mi intercesión. Recompensa tus faltas y culpas ordinarias, con la paciencia en las adversidades; recíbelas con alegre semblante, sin turbación y sin diferencia, sean las que fueren, así de enfermedades como de molestias de criaturas, y también las que siente el espíritu por la contradicción de las pasiones (2) y por la lucha de los enemigos invisibles y espirituales. En

(1) Thren. II, 30.—(2) Rom. VII, 23.

todo esto puedes padecer, y lo debes tolerar con fe, esperanza y magnanimidad de corazón y ánimo; y te advierto, que no hay ejercicio más provechoso y útil para el alma que el del padecer; porque da luz, desengaña, aparta el corazón humano de las cosas terrenas y le lleva al Señor; y su Majestad le sale al encuentro, porque está con el atribulado y le libra y ampara (1).

(1) Psalm. xc, 15.





CAPÍTULO X.

FUE LLEVADO CRISTO NUESTRO SALVADOR Á CASA DEL PONTÍFICE CAIFÁS, DONDE FUE ACUSADO, Y PREGUNTADO SI ERA HIJO DE DIOS, Y SAN PEDRO LE NEGÓ OTRAS DOS VECES; LO QUE MARÍA SANTÍSIMA RIZO EN ESTE PAEO Y OTROS MISTERIOS OCULTOS.

LUEGO que nuestro Salvador Jesús recibió en casa de Anás las contumelias y bofetada, le remitió este pontífice atado (1) y preso, como estaba, al pontífice Caifás que era su suegro, y aquel año hacía el oficio de príncipe y sumo sacerdote; y con él estaban congregados los escribas y señores del pueblo (2), para sustanciar la causa del inocentísimo Cordero. Con la invencible paciencia y mansedumbre que mostraba el Señor de las virtudes (3) en las injurias que recibía, estaban como atónitos los demonios, llenos de confusión y furor tan grande, que no se puede explicar con pala-

(1) Joan. XVIII, 24.—(2) Matth. XXVI, 57—(3) Psalm. xxlii 10.

bras; y como no penetraban las obras interiores de la santísima humanidad, y en las exteriores por donde en los demás hombres rastrean el corazón, no hallaban movimiento alguno desigual, ni el mansísimo Señor se quejaba, ni suspiraba, ni daba este pequeño alivio á su humanidad; de toda esta grandeza de ánimo se admiraba y atormentaba el dragón, como de cosa nueva y nunca vista entre los hombres de condición pasible y flaca. Con este furor irritaba el enemigo á todos los príncipes, escribas y ministros de los sacerdotes, para que ofendiesen y maltratasen al Señor con abominables oprobrios: y en todo lo que el demonio les administraba estaban prontos para ejecutarlo, si la divina voluntad lo permitía.

Partió de casa de Anás toda aquella canalla de ministros infernales y de hombres inhumanos, y llevaron por las calles á nuestro Salvador á casa de Caifás, tratándole con su implacable crueldad ignominiosamente. Y entrando con escandaloso tumulto en casa del Sumo Sacerdote, él y todo el concilio recibieron al Criador y Señor del universo con grande risa y mofa de verle sujeto y rendido á su poder y jurisdicción, de que les parecía ya no se podría defender. ¡Oh secreto de la altísima sabiduría del cielo! ¡Oh estulticia de la ignorancia diabólica, y

ceguísima torpeza de los mortales! ¡Qué distancia tan inmensa veo entre vosotros y las obras del Altísimo! Cuando el Rey de la gloria poderoso en las batallas (1) está venciendo á los vicios, á la muerte y al pecado con las virtudes de paciencia, humildad y caridad, como Señor de todas ellas, entonces piensa el mundo que le tiene vencido y sujeto con su arrogante soberbia y presunción! ¡Qué distancia de pensamientos eran los que tenía Cristo nuestro Señor, de los que poseían aquellos ministros operarios de la maldad! Ofrecía el Autor de la vida á su eterno Padre aquel triunfo, que su mansedumbre y humildad ganaba del pecado; rogaba por los sacerdotes, escribas y ministros que le perseguían, presentando su misma paciencia y dolores, y la ignorancia de los ofensores. La misma petición y oración hizo en aquel mismo punto su beatísima Madre, rogando por sus enemigos, y de su Hijo santísimo, acompañándole é imitándole en todo lo que su Majestad iba obrando; porque le era patente, como muchas veces he repetido. Entre Hijo y Madre había una dulcísima y admirable consonancia, y correspondencia agradable á los ojos de el eterno Padre.

(1) Psalm. xxiii, 8.

El pontífice Caifás estaba en su cátedra ó silla sacerdotal encendido en mortal envidia y furor contra el Maestro de la vida. Asistiale Lucifer con todos los demonios que vinieron de casa de Anás. Y los escribas y fariseos estaban como sangrientos lobos con la presa del manso Corderillo; y todos juntos se alegraban, como lo hace el envidioso cuando ve deshecho y confundido á quien se le adelanta. Y de común acuerdo buscaron testigos, que sobornados con dádivas y promesas dijese algún falso testimonio contra Jesús nuestro Salvador (1). Vinieron los que estaban prevenidos, y los testimonios, que dijeron, ni convenían entre sí mismos (2), ni menos podían ajustarse con el que por naturaleza era la misma inocencia y santidad (3). Y para no hallarse confusos trajeron otros dos testigos falsos (4), que depusieron contra Jesús, testificando haberle oído decir que era poderoso para destruir aquel templo de Dios hecho por manos de hombres, y edificar otro en tres días (5), que no fuese fabricado por ellas. Y tampoco pareció conveniente este falso testimonio; aunque por él pretendían hacer cargo á nuestro Salvador de que usurpaba el poder divino

(1) Matth. xxvi, 59.—(2) Marc. xxiv, 56.—(3) Hebr. vii, 26.—(4) Matth. xxvi, 60.—(5) Marc. xiv, 58.—

y se le apropiaba á sí mismo. Pero cuando esto fuera así, era verdad infalible, y nunca podía ser falso ni presuntuoso, pues su Majestad era Dios verdadero. Pero el testimonio era falso; porque no había dicho el Señor las palabras como los testigos las referían, entendiéndolas del templo material de Dios. Lo que había dicho en cierta ocasión que expelió del templo á los compradores y vendedores, preguntándole ellos en qué virtud lo hacía, respondió: *Desatad este templo* (1); y fué decirles, que desatasen aquel templo, entendiendo el de su santísima humanidad, y que al tercero día resucitaría, como lo hizo en testimonio de su poder divino.

No respondió nuestro Salvador Jesús palabra alguna á todas las calumnias y falsedades que contra su inocencia testificaban. Viendo Caifás el silencio y paciencia del Señor, se levantó de la silla, y le dijo (2): ¿Cómo no respondes á lo que tantos testifican contra tí? Tampoco á esta pregunta respondió su Majestad; porque Caifás y los demás, no sólo estaban indispuestos para darle crédito, pero su duplicado intento era que respondiese el Señor alguna razón que le pudiesen calumniar, para satisfacer al pueblo en lo que intentaban contra su Majes-

(1) Joan. II, 19.—(2) Marc. XIV, 60, 61.

tad, y que no conociesen le condenaban á muerte sin justa causa. Con este humilde silencio de Cristo nuestro Señor, que podía ablandar el corazón del mal sacerdote, se enfureció mucho más, porque se le frustraba su malicia. Lucifer, que movía á Caifás y á todos los demás, estaba muy atento á todo lo que el Salvador del mundo obraba: aunque el intento de este dragón era diferente que el del Pontífice; y sólo pretendía irritar la paciencia del Señor, ó que hablase alguna palabra por donde pudiera conocer si era Dios verdadero.

Con este intento Lucifer movió la imaginación de Caifás para que con grande saña é imperio hiciese á Cristo nuestro bien aquella nueva pregunta: *Yo te conjuro por Dios vivo que nos digas si tú eres Cristo Hijo de Dios bendito* (1). Esta pregunta de parte del pontífice fué arrojada, llena de temeridad é insipiencia; porque en duda si Cristo era Dios verdadero, tenerle preso como reo en su presencia era formidable crimen y temeridad; pues aquel examen se debiera hacer por otro modo, conforme á razón y justicia. Pero Cristo nuestro bien, oyéndose conjurar por Dios vivo, le adoró y reverenció, aunque pronunciado por tan sacrílega len-

(1) Matth. xxvi, 63.

gua, Y en virtud de esta reverencia respondió: *Tú lo dijiste, y yo lo soy. Pero yo os aseguro que desde ahora veréis al Hijo del Hombre, que soy yo, asentado á la diestra del mismo Dios, y que vendrá en las nubes del cielo* (1). Con esta divina respuesta se turbaron los demonios y los hombres con diversos accidentes. Porque Lucifer y sus ministros no la pudieron sufrir, antes bien sintieron una fuerza en ella que los arrojó hasta el profundo, sintiendo gravísimo tormento de aquella verdad que los oprimía. Y no se atrevieron á volver á la presencia de Cristo nuestro Salvador, si no dispusiera su altísima providencia que Lucifer volviera á dudar si aquel hombre Cristo había dicho verdad, ó no la había dicho, para librarse de los judíos. Con esta duda se esforzaron de nuevo y salieron otra vez á la estacada; porque se reservaba para la cruz el último triunfo, que de ellos y de la muerte había de ganar el Salvador, como adelante veremos, según la profecía de Habacuc.

Pero el pontífice Caifás, indignado con la respuesta del Señor, que debía ser su verdadero desengaño, se levantó otra vez, y rompiendo sus vestiduras en testimonio de que celaba la honra de Dios, dijo á voces:

(1) Matth. xxvi, 64.

Blasfemado há, ¿qué necesidad hay de más testigos? ¿No habéis oído la blasfemia que ha dicho? ¿Qué os parece de esto? (1) Esta osadía loca y abominable de Caifás fué verdaderamente blasfemia; porque negó á Cristo el ser Hijo de Dios, que por naturaleza le convenía, y le atribuyó el pecado, que por naturaleza repugnaba á su divina persona. Tal fué la estulticia de aquel inicuo sacerdote, á quien por oficio tocaba conocer la verdad católica y enseñarla, que se hizo execrable blasfemo, cuando dijo que blasfemaba el que era la misma santidad. Y habiendo profetizado poco antes con instinto del Espíritu Santo, en virtud de su dignidad, que convenía muriese un hombre para que toda la gente no pereciese (2), no mereció por sus pecados entender la misma verdad que profetizaba. Pero como el ejemplo y juicio de los príncipes y prelados es tan poderoso para mover á los inferiores y al pueblo, inclinado á la lisonja y adulación de los poderosos; todo aquel concilio de maldad se irritó contra el Salvador Jesús, y respondiendo á Caifás dijeron en altas voces: *Digno es de muerte; muera, muera* (3). Y á un mismo tiempo irritados del demonio arremetieron contra el mansísimo Maestro, y descargaron

(1) Matth. xxvi. 65, 66.-(2) Joan. xi, 50.-(3) Matth. xxvi, 66.

sobre él su furor diabólico; unos le dieron de bofetadas, otros le escupieron en su venerable rostro, otros le daban golpes ó pescozones en el cuello, que era un linaje de afrenta vil, con que los judíos trataban á los hombres que reputaban por muy viles.

Jamás entre los hombres se intentaron ignominias tan afrentosas y desmedidas, como las que en esta ocasión se hicieron contra el Redentor del mundo. Dicen S. Lucas (1) y S. Marcos, que le cubrieron el rostro, y así cubierto le herían con bofetadas y pescozones, y le decían: Profetiza ahora, profetízanos, pues eres profeta, di ¿quién es el que te hirió? La causa de cubrirle el rostro fué misteriosa, porque del júbilo con que nuestro Salvador, padecía aquellos oprobios y blasfemias, como luego diré, le redundó en su venerable rostro una hermosura y resplandor extraordinario, que á todos aquellos operarios de maldad los llenó de admiración y confusión muy penosa, y para disimularla atribuyeron aquel resplandor á hechicería y arte mágica, y tomaron por arbitrio cubrirle al Señor la cara con paño inmundo, como indignos de mirarla, y porque aquella luz divina les atormentaba y debilitaba las fuerzas

(1) Luc. xxii, 64; Marc. xiv, 65.

de su diabólica indignación. Todas estas afrentas, baldones y abominables oprobios, que padecía el Salvador, los miraba y sentía su santísima Madre, con el dolor de los golpes y de las heridas en las mismas partes, y al mismo tiempo que nuestro Redentor las recibía. Sólo había diferencia, que en Cristo nuestro Señor los dolores eran causados de los golpes y tormentos que le daban los judíos, y en su Madre purísima los obraba la mano del Altísimo, por voluntad de la misma Señora. Y aunque naturalmente con la fuerza de los dolores y angustias interiores llegaba á desfallecer la vida, pero luego era confortada por la virtud divina para continuar en el padecer por su amado Hijo y Señor.

Las obras interiores que el Salvador hacía en esta ocasión de tan inhumanas y nuevas afrentas, no pueden caer debajo de razones ni capacidad humana. Sólo María santísima las conoció con plenitud, para imitarlas con suma perfección. Pero como el divino Maestro en la escuela de la experiencia de sus dolores iba deprendiendo la compasión de los que habían de imitarle y seguir su doctrina, convirtiéndose más á santificarlos y bendecirlos, en la misma ocasión que con su ejemplo les enseñaba el camino estrecho de la perfección. Y en medio de

aquellos oprobios y tormentos, y en los que después se siguieron, renovó su Majestad sobre sus escogidos y perfectos las bienaventuranzas que antes les había ofrecido y prometido. Miró á los pobres de espíritu, que en esta virtud le habían de imitar, y dijo (1): « Bienaventurados seréis en vuestra desnudez de las cosas terrenas, porque
« con mi pasión y muerte he de vincular el
« reino de los cielos, como posesión segura
« y cierta de la pobreza vóluntaria. Bienaventurados serán los que con mansedumbre sufrieren y llevaren las adversidades
« y tribulaciones; porque á más del derecho
« que adquieren á mi gozo, por haberme imitado, poseerán la tierra de las voluntades
« y corazones humanos, con la apacible
« conversación y suavidad de la virtud.
« Bienaventurados los que sembrando con
« lágrimas, lloraren (2); porque en ellas recibirán el pan de entendimiento y vida, y cográn después el fruto de la alegría y gozo
« sempiterno.

« Benditos serán también los que tuvieren
« hambre y sed de la justicia y verdad; porque yo les merezco satisfacción y hartura
« que excederá á todos sus deseos, así en la
« gracia como en el premio de la gloria.

(1) Matth v, a v. 3.—(2) Psalm. cxxv, 5.

« Benditos serán los que se compadecieren
« con misericordia de aquellos que les ofen-
« den y persiguen, como yo lo hago, per-
« donándolos y ofreciéndoles mi amistad y
« y gracia, si la quieren admitir, que yo les
« prometo en nombre de mi Padre larga mi-
« sericordia. Sean benditos los limpios de
« corazón, que me imitan y crucifican su
« carne para conservar la pureza de espí-
« ritu. Yo les prometo la visión de paz, y
« que lleguen á la de mi divinidad por mi
« semejanza y participación. Benditos sean
« los pacíficos, que, sin buscar su derecho,
« no resisten á los males, y los reciben con
« corazón sencillo y quieto, sin venganza;
« ellos serán llamados hijos míos, porque
« imitaron la condición de su Padre cele-
«stial, y yo los concibo y escribo en mi
« memoria y en mi mente para adoptar-
« los por míos. Los que padecieren per-
« secución por la justicia, sean bienaven-
« turados y herederos de mi reino celestial,
« porque padecieron conmigo; y donde yo
« estaré, quiero que estén eternamente con-
«migo (1). Alegraos, pobres; recibid conso-
«lación los que estáis y estaréis tristes; ce-
«lebrad vuestra dicha los pequeñuelos y
« despreciados del mundo; los que padecéis

(1) Joan. XII, 26.

« con humildad y sufrimiento, padeced con
« interior regocijo (1); pues todos me seguís
« por las sendas de la verdad. Renunciad la
« vanidad, despreciad el fausto y arrogancia
« de la soberbia de Babilonia falsa y menti-
« rosa; pasad por el fuego y las aguas de la
« tribulación hasta llegar á mí, que soy luz,
« verdad y vuestra guía para el eterno des-
« canso y refrigerio.»

En estas obras tan divinas, y otras peti-
ciones por los pecadores, estaba ocupado
nuestro Salvador Jesús, mientras el concilio
de los malignantes le rodeaba, y como ra-
biosos canes, según dijo David (2), le em-
bestian y cargaban de afrentas, oprobios, he-
ridas y blasfemias. La Madre Virgen, que
á todo estaba atenta, le acompañaba en lo
que hacía y padecía; porque en las peticio-
nes hizo la misma oración por los enemigos,
y en las bendiciones que dió su Hijo santi-
simo á los justos y predestinados, se consti-
tuyó la divina Reina por su Madre, amparo
y protectora, y en nombre de todos hizo
cánticos de alabanza y agradecimiento; por-
que á los despreciados del mundo y pobres
les dejaba el Señor tan alto lugar de su di-
vina aceptación y agrado. Por esta causa y
las que conoció en estas obras interiores de

(1) Psalm. LXV, 12.—(2) Psalm. xxi, 17.

Cristo nuestro Señor, hizo con incomparable fervor nueva elección de los trabajos y desprecios, tribulaciones y penas para lo restante de la pasión y de su vida santísima.

Á nuestro Salvador Jesús había seguido san Pedro desde la casa de Anás á la de Caifás, aunque algo de lejos, porque siempre le tenía acobardado el miedo de los judíos; mas vencíale en parte por el amor que á su Maestro tenía y con el esfuerzo natural de su corazón. Y entre la multitud que entraba y salía en casa de Caifás, no fué dificultoso introducirse el Apóstol, abrigado también de la oscuridad de la noche. En las puertas del zaguán le miró otra criada, que era portera, como la de la casa de Anás; y acercándose á los soldados que también allí estaban al fuego, les dijo: *Este hombre es uno de los que acompañaban á Jesús Nazareno* (1); y uno de los circunstantes le dijo: *Tú verdaderamente eres galileo y uno de ellos* (2). Nególe san Pedro (3), afirmando con juramento que no era discípulo de Jesús; y con esto se desvió del fuego y conversación. Pero aunque salió fuera del zaguán (4), no se fué, ni se pudo apartar hasta ver el fin del Salvador; porque le detenía el amor y

(1) Marc. xiv. 67, 71.—(2) Luc. xxii, 58.—(3) Matth. xxvi, 72.

—(4) Marc. xiv, 68.

compasión natural de los trabajos en que le dejaba. Andando el Apóstol rodeando y acechando por espacio ó tiempo de una hora en la misma casa de Caifás, le conoció un pariente de Malco, á quien él había cortado la oreja, y le dijo: *Tú eres galileo y discípulo de Jesús, y yo te vi con él en el huerto* (1). Entonces S. Pedro cobró mayor miedo viéndose conocido, y comenzó á negar y maldecirse de que no conocía aquel Hombre (2). Luego cantó el gallo segunda vez, y se cumplió puntualmente la sentencia y prevención que su divino Maestro había hecho, de que le negaría aquella noche tres veces (3), antes que cantase el gallo dos.

Anduvo el dragón infernal muy codicioso contra san Pedro para destruirle. Y el mismo Lucifer movió á las criadas de los pontífices primero, como más livianas, y después á los soldados, para que unos y otros afligiesen al Apóstol con su atención y preguntas, y á él le turbó con grandes imaginaciones y crueldades, después que le vió en el peligro, y más cuando comenzaba á blandear. Con esta vehemente tentación, la primera negación fué simple, la segunda con juramento, y á la tercera añadió anatemas y execra-

(1) Luc. xiii, 59; Joan. xviii, 26. —(2) Matth. xxvi, 72.—
Ibid. 34.

ciones contra sí mismo. Por este modo, de un pecado menor se viene á otro mayor, oyendo á la crueldad de nuestros enemigos. Pero san Pedro oyendo el canto del gallo, se acordó del aviso de su divino Maestro (1); porque su Majestad le miró con su liberal misericordia. Y para que le mirase intervino la piedad de la gran Reina del mundo; porque en el cenáculo, donde estuvo, conoció las negaciones, y el modo y causas con que el Apóstol las había hecho, afligido del temor natural, y mucho más de la crueldad de Lucifer. Postróse luego en tierra la divina Señora, y con lágrimas pidió por san Pedro, representando su fragilidad con los méritos de su Hijo santísimo. El mismo Señor despertó el corazón de Pedro, y le reprendió benignamente, mediante la luz que le envió, para que conociese su culpa y la llorase. Al punto se salió el Apóstol de casa del Pontífice, rompiendo su corazón con íntimo dolor y lágrimas por su caída. Para llorarla con amargura se fué á una cueva, que ahora llaman del Gallicanto, donde lloró con confusión y dolor vivo. Y dentro de tres horas volvió á la gracia, y alcanzó perdón de sus delitos; aunque los impulsos y santas inspiraciones se con-

(1) Luc. xxii, 61.

tinuaron siempre. La purísima Madre y Reina del cielo envió uno de sus Angeles que ocultamente le consolase y moviese con esperanza del perdón, porque con el desmayo de esta virtud no se le retardase. Fué el santo Ángel con orden de que no se le manifestase, por haber tan poco que el Apóstol había cometido su pecado. Todo lo ejecutó el Ángel sin que san Pedro le viese, y quedó el gran penitente confortado y consolado con las inspiraciones del Ángel, y perdonado por intercesión de María santísima.

*Doctrina que me dió la gran Reina
y Señora.*

Hija mía, el sacramento misterioso de los oprobrios, afrentas y desprecios que padeció mi Hijo santísimo, es un libro cerrado que sólo se puede abrir y entender con la divina luz, como tú lo has conocido y en parte se te ha manifestado, aunque escribes mucho menos de lo que entiendes, porque no lo puedes declarar todo. Pero como se te despliega y hace patente en el secreto de tu corazón, quiero que quede en él escrito, y que en la noticia de este ejemplar vivo y verdadero estudies la divina ciencia, que la carne ni la sangre no te pueden enseñar:

porque ni la conoce el mundo, ni merece conocerla. Esta filosofía divina consiste en aprender y amar la felicísima suerte de los pobres, de los humildes, de los afligidos; despreciados y no conocidos entre los hijos de la vanidad. Esta escuela estableció mi Hijo santísimo y amantísimo en su Iglesia, cuando en el monte predicó (1) y propuso á todos las ocho Bienaventuranzas. Y después, como catedrático que ejecuta la doctrina que enseña, la puso en práctica, cuando en la pasión y oprobrios renovó los capítulos de esta ciencia que en sí mismo ejecutaba, como lo has escrito. Pero con todo eso, aunque la tienen presente los católicos y está pendiente ante ellos el libro de la vida, son muy pocos y contados los que entran en esta escuela y estudian en este libro, é infinitos los estultos y necios que ignoran esta ciencia, porque no se disponen para ser enseñados de ella.

Todos aborrecen la pobreza y están sedientos de las riquezas, sin que les desengañe su falacia. Infinitos son los que siguen la ira y la venganza y desprecian la mansedumbre. Pocos lloran sus miserias verdaderas, y trabajan muchos por la consolación terrena; apenas hay quien ame la justicia y quien no

(1) Matth. v, á v. 2.

sea injusto y desleal con sus prójimos. La misericordia está extinguida, la limpieza de los corazones violada y oscurecida, la paz estragada: nadie perdona, ni quiere padecer, no sólo por la justicia; pero mereciendo de justicia padecer muchas penas y tormentos, huyen todos injustamente de ellos. Con esto, carísima, hay pocos bienaventurados á quien les alcancen las bendiciones de mi Hijo santísimo y las mías. Muchas veces se te ha manifestado el enojo y justa indignación del Altísimo contra los profesores de la fe; porque á vista de su ejemplar y Maestro de la vida, viven casi como infieles, y muchos son más aborrecibles; porque ellos son los que de verdad desprecian el fruto de la redención, que confiesan y conocen; y en la tierra de los Santos obrañ la maldad con impiedad (1), y se hacen indignos del remedio que con mayor misericordia se les puso en las manos.

De tí, hija mía, quiero trabajos por llegar á ser bienaventurada, siguiéndome por imitación perfecta, según las fuerzas de la gracia que recibes, para entender esta doctrina escondida de los prudentes y sabios del mundo (2). Cada día te manifiesto nuevos secretos de mi sabiduría, para que tu cora-

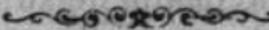
(1) Isai. xxvi, 10.—(2) Matth. xi, 25.

zón se encienda y te alientes, extendiendo tus manos á cosas fuertes (1). Y ahora te añado un ejercicio que yo hice, que en parte puedas imitarme. Ya sabes, que desde el primer instante de mi concepción fui llena de gracia, sin la mácula del pecado original y sin participar sus efectos; y por este singular privilegio fui desde entonces bienaventurada en las virtudes, sin sentir repugnancia ni contradicción que vencer, ni hallarme deudora de que pagar ni satisfacer por culpas propias mías. Con todo esto, la divina ciencia me enseñó, que por ser hija de Adán en la naturaleza que había pecado, aunque no en la culpa cometida, debía humillarme más que el polvo. Y porque yo tenía sentidos de la misma especie de aquellos con que se había cometido la inobediencia, y sus malos efectos que entonces y después se sienten en la condición humana, debía yo por sólo ese parentesco mortificarlos, humillarlos y privarlos de la inclinación que en la misma naturaleza tenían. Y procedía como una hija fidelísima de familias, que la deuda de su padre y de sus hermanos, aunque á ella no le alcanza, la tiene por propia y procura pagarla y satisfacer por ella con tanto más diligencia

(1) Prov. xxxi, 19.

cuanto ama á su padre y hermanos, y ellos menos pueden pagarla y desempeñarse, y nunca descansa hasta conseguirlo. Esto mismo hacía yo con todo el linaje humano, cuyas miserias y delitos lloraba; y porque era hija de Adán mortificaba en mí los sentidos y potencias con que el pecó, y me humillaba, como corrida y rea de su pecado é inobediencia, aunque no me tocaba; y lo mismo hacía por los demás que en la naturaleza son mis hermanos. No puedes tú imitarme en las condiciones dichas, porque eres participante de la culpa. Pero eso mismo te obliga á que me imites en lo demás que yo obraba sin ella; pues el tenerla y la obligación de satisfacer á la divina justicia, te ha de compeler á trabajar sin cesar por tí y los prójimos, y á humillarte hasta el polvo, porque el corazón contrito y humillado inclina á la divina piedad para usar de misericordia (1).

(1) Psalm. I, 19.





CAPÍTULO XI.

LO QUE PADECIÓ NUESTRO SALVADOR JESÚS DESPUÉS DE LA
NEGACIÓN DE SAN PEDRO HASTA LA MAÑANA; Y EL
DOLOR GRANDE DE SU MADRE SAJTISSIMA.

ESTE paso dejaron en silencio los sagrados Evangelistas, sin haber declarado dónde y qué padeció el Autor de la vida después de la negación de san Pedro, y oprobios que su Majestad recibió en casa de Caifás y en su presencia hasta la mañana, cuando todos refieren la nueva consulta que hicieron para presentarle á Pilatos, como se verá en el capítulo siguiente. Yo dudaba en proseguir este paso y manifestar lo que de él se me ha dado á entender: porque juntamente se me ha mostrado que no todo se conocerá en esta vida, ni conviene se diga á todos; porque el día del juicio se harán patentes á los hombres éste y otros sacramentos de la vida y pasión de nuestro Redentor. Y para lo que yo puedo manifestar, no hallo razones adecuadas á mi concepto, y menos al objeto que concibo; porque todo

es inefable y sobre mi capacidad. Mas obedeciendo, diré lo que alcanzo, para no ser reprendida porque callé la verdad, que tanto confunde y condena nuestra vanidad y olvido. Yo confieso en presencia del cielo mi dureza, pues no muero de confusión y dolor por haber cometido culpas que costaron tanto al mismo Dios, que me dió el ser y la vida que tengo. No podemos ya ignorar la fealdad y peso del pecado, pues hizo tal estrago en el mismo Autor de la gracia. Yo seré la más ingrata de todos los nacidos, si desde hoy no aborreciere la culpa más que á la muerte y como al mismo demonio; y esta deuda intimo y amonesto á todos los católicos hijos de la Iglesia santa.

Con los oprobrios que recibió Cristo nuestro bien en presencia de Caifás quedó la envidia del ambicioso pontífice, y la ira de sus coligados y ministros, muy cansada, aunque no saciada. Pero como ya era pasada la media noche, determinaron los del concilio, que mientras dormían quedase nuestro Salvador á buen recaudo, y seguro de que no huyese, hasta la mañana. Para esto le mandaron encerrar, atado como estaba, en un sótano que servía de calabozo para los mayores ladrones y facinerosos de la república. Era esta cárcel tan oscura que casi no tenía luz, y tan inmundada y de mal olor,

que pudiera infestar la casa, si no estuviera tapada y cubierta, porque había muchos años que no la habían limpiado ni purificado, así por estar muy profunda, como porque las veces que servía para encerrar tan malos hombres, no reparaban en meterlos en aquel horrible calabozo, como á gente indigna de toda piedad, y bestias indómitas y fieras.

Ejecutóse lo que mandó el concilio de maldad, y los ministros llevaron y encarcelaron al Criador del Cielo y de la Tierra en aquel inmundo y profundo calabozo. Y como siempre estaba aprisionado en la forma que vino del huerto, pudieron estos obradores de la iniquidad continuar á su salvo la indignación que siempre el príncipe de las tinieblas les administraba; porque llevaron á su Majestad tirando de las sogas y casi arrastrándole con inhumano furor, y cargándole de golpes y blasfemias execrables. En un ángulo de lo profundo de este sótano salía del suelo un escollo ó punta de un peñasco tan duro, que por eso no le habían podido romper. En esta peña, que era como un pedazo de columna, ataron y amarraron á Cristo nuestro bien con los extremos de las sogas, pero con un modo desapiadado; porque dejándole en pie le pusieron de manera que estuviese amarra-

do y juntamente inclinado el cuerpo, sin que pudiera estar sentado, ni tampoco levantado derecho el cuerpo, para aliviarse, de manera, que la postura vino á ser nuevo tormento y en extremo penoso. Con esta forma de prisión le dejaron y le cerraron las puertas con llave, entregándole á uno de aquellos pésimos ministros que cuidase de ella.

Pero el dragón infernal en su antigua soberbia no sosegaba, y siempre deseaba saber quien era Cristo, é irritando su inmutable paciencia, inventó otra nueva maldad, revistiéndose en aquel depravado ministro y en otros. Puso en la imaginación del que tenía la llave del divino preso y del mayor tesoro que posee el Cielo y la Tierra, que convidase á otros de sus amigos de semejantes costumbres que él, para que todos juntos bajasen al calabozo, donde estaba el Maestro de la vida, á tener con él un rato de entretenimiento, obligándole á que hablase ó profetizase, ó hiciese alguna cosa inaudita, porque tenían á su Majestad por mágico ó adivino. Con esta diabólica sugestión convidó á otros soldados y ministros, y determinaron ejecutarlo. Pero en el ínterin que se juntaron sucedió, que la multitud de ángeles que asistían al Redentor en su pasión, luego que le vieron amarrado en

aquella postura tan dolorosa y en lugar tan inmundo, se postraron ante su acatamiento, adorándole por su Dios y Señor verdadero, y dieron á su Majestad tanto más profunda reverencia y culto, cuanto era más admirable en dejarse tratar con tales oprobios por el amor que tenía á los mismos hombres. Cantáronle algunos himnos y cánticos de los que su Madre purísima había hecho en alabanza suya, como arriba dije. Y todos los espíritus celestiales le pidieron en nombre de la misma Señora, que pues no quería mostrar el poder de su diestra en aliviar su humanidad santísima, les diese á ellos licencia para que le desatasen y aliviasen de aquel tormento, y le defendiesen de aquella cuadrilla de ministros, que instigados del demonio se prevenían para ofenderle de nuevo.

No admitió su Majestad este obsequio de los Ángeles, y les respondió diciendo: « Espíritus y ministros de mi Eterno Padre: « no es mi voluntad recibir ahora alivio en « mi pasión, y quiero padecer estos opro- « bios y tormentos para satisfacer á la cari- « dad ardiente con que amo á los hombres, y « dejar á mis escogidos y amigos este ejem- « plo para que me imiten, y en la tribula- « ción no desfallezcan, y para que todos es- « timen los tesoros de la gracia que les me- « recí con abundancia por medio de estas

« penas. Y quiero asimismo justificar mi
« causa, para que el día de mi indignación
« sea patente á los réprobos la justicia con
« que son condenados, por haber desprecia-
« do mi acerbísima pasión, que recibí para
« buscarles el remedio. Á mi Madre diréis,
« que se consuele con esta tribulación,
« mientras llega el día de la alegría y des-
« canso; que me acompañe ahora en el obrar
« y padecer por los hombres; que de su
« afecto compasivo y de todo lo que hace
« recibo agrado y complacencia.» Con esta
respuesta fueron los Santos Ángeles á su
gran Reina y Señora, y con la embajada
sensible la consolaron, aunque por otra no-
ticia no ignoraba la voluntad de su Hijo
santísimo y todo lo que sucedía en casa del
pontífice Caifás. Y cuando conoció la nue-
va crueldad con que dejaron amarrado al
cordero del Señor, y la postura de su cuer-
po santísimo tan penosa y dura, sintió la
purísima Madre el mismo dolor en su purí-
sima persona; como también sintió el de
los golpes, bofetadas y oprobios que hicie-
ron contra el Autor de la vida; porque todo
resonaba, como un milagroso eco, en el vir-
ginal cuerpo de la candidísima paloma; y
un mismo dolor y pena hería al Hijo y á la
Madre, y un cuchillo los traspasaba; dife-
renciándose en que padecía Cristo como

Hombre-Dios y Redentor único de los hombres, y María santísima como pura criatura y coadjutora de su Hijo santísimo.

Cuando conoció que su Majestad daba permiso para que entrase en la cárcel aquella vilísima canalla de ministros, incitados por el demonio, hizo la amorosa Madre amargo llanto por lo que había de suceder. Y previniendo los intentos sacrílegos de Lucifer, estuvo muy atenta para usar de la potestad de Reina, y no consentir se ejecutase contra la persona de Cristo nuestro bien acción alguna indecente, como la intentaba el dragón por medio de la crueldad de aquellos infelices hombres. Porque si bien todas eran indignas, y de suma irreverencia para la persona divina de nuestro Salvador; mas en algunas podía haber menos decencia, y éstas las procuraba introducir el enemigo para provocar la indignación del Señor, cuando con las demás que había intentado no podía irritar su mansedumbre. Fueron tan raras y admirables, heroicas y extraordinarias las obras que hizo la gran Señora en esta ocasión y en todo el discurso de la pasión, que ni se pueden dignamente referir ni alabar, aunque se escribieran muchos libros de solo este argumento; y es fuerza remitirlo á la visión de la Divinidad, porque en esta vida es inefable para decirlo.

Entraron, pues, en el calabozo aquellos ministros del pecado, solemnizando con blasfemias la fiesta que se prometían con las ilusiones y escarnios que determinaban ejecutar contra el Señor de las criaturas. Y llegándose á él comenzaron á escupirle asquerosamente y darle debofetadas con increíble mofa y desacato. No respondió su Majestad ni abrió su boca; no alzó sus soberanos ojos, guardando siempre humilde serenidad en su semblante. Deseaban aquellos ministros sacrílegos obligarle á que hablase ó hiciese alguna acción ridícula ó extraordinaria, para tener más ocasión de celebrarle por hechicero y burlarse de él; y como vieron aquella mansedumbre inmutable, se dejaron irritar más de los demonios que asistían con ellos. Desataron al divino Maestro de la peña donde estaba amarrado, y le pusieron en medio del calabozo, vendándole los sagrados ojos con un paño; y puesto en medio de todos le herían con puñadas, pescozones y bofetadas, uno á uno, cada cual á porfía, con mayor escarnio y blasfemia, mandándole que adivinase y dijese quién era el que le daba. Este linaje de blasfemias repitieron los ministros en esta ocasión, más que en presencia de Anás cuando refieren san Mateo (1),

(1) Matth. xxvi, 67.

san Marcos (1) y san Lucas (2) este caso, comprendiendo tácitamente lo que sucedió después.

Callaba el Cordero mansísimo á esta lluvia de oprobios y blasfemias. Y Lucifer, que estaba sediento de que hiciese algún movimiento contra la paciencia, se atormentaba de verla tan inmutable en Cristo nuestro Señor; y con infernal consejo puso en la imaginación de aquellos sus esclavos y amigos, que le desnudasen de todas sus vestiduras, y le tratasen con palabras y acciones fraguadas en el pecho de tan execrable demonio. No resistieron los soldados á esta sugestión, y quisieron ejecutarla. Este abominable sacrilegio estorbó la prudentísima Señora con oraciones, lágrimas y suspiros, y usando del imperio de Reina; porque pedía al eterno Padre no concurriese con aquellas causas segundas para tales obras; y á las mismas potencias de los ministros mandó no usasen de la virtud natural que tenían para obrar. Con este imperio sucedió que nada pudieron ejecutar aquellos sayones de cuanto el demonio y su malicia en esto les administraban; porque muchas cosas se les olvidaban luego; otras que deseaban, no tenían fuerzas para ejecutarlas, porque que-

(1) Marc. xiv, 65.—(2) Luc. xxii, 64.

daban como helados y pasmados los brazos hasta que retractaban su inicua determinación. Y en mudándola, volvían á su natural estado; porque aquel milagro no era entonces para castigarlos, sino para sólo impedir las acciones más indecentes, y consentir las que menos lo eran, ó las de otra especie de irreverencia que el Señor quería permitir.

Mandó también la poderosa Reina á los demonios que enmudeciesen y no incitasen á los ministros en aquellas maldades indecentes que Lucifer intentaba y quería proseguir. Con este imperio quedó el dragón quebrantado en cuanto á lo que se extendía la voluntad de María santísima y no pudo irritar más la indignación estulta de aquellos depravados hombres, ni ellos pudieron hablar ni hacer cosa indecente, mas de en la materia que se les permitió. Pero con experimentar en sí mismos aquellos efectos tan admirables como desacostumbrados, no merecieron desengañarse ni conocer el poder divino, aunque unas veces se sentían como baldados, y otras libres y sanos, y todo de improviso, y lo atribuían á que el Maestro de la verdad y vida era hechicero y mágico. Y con este error diabólico perseveraron en hacer otros géneros de burlas injuriosas y tormentos á la persona de Cristo, hasta que conocieron corría ya muy adelante la noche,

y entonces volvieron á amarrarle de nuevo al peñasco, y dejándole atado se salieron ellos y los demonios. Fué orden de la divina sabiduría cometer á la virtud de María santísima la defensa de la honestidad y decencia de su Hijo purísimo en aquellas cosas que no convenia ser ofendida del consejo de Lucifer y sus ministros.

Quedó solo otra vez nuestro Salvador en aquel calabozo, asistido de los espíritus angélicos, llenos de admiración de las obras y secretos juicios de su Majestad en lo que había querido padecer; y por todo le dieron profundísima adoración y le alabaron magnificando y exaltando su santo nombre. Y el Redentor del mundo hizo una larga oración á su eterno Padre, pidiendo por los hijos futuros de su Iglesia evangélica y dilatación de la fe y por los Apóstoles, especialmente por san Pedro, que estaba llorando su pecado. Pidió también por los que le habían injuriado y escarnecido; y sobre todo convirtió su petición para su Madre santísima, y por los que á su imitación fuesen afligidos y despreciados del mundo, y por todos estos fines ofreció su pasión y muerte que esperaba. Al mismo tiempo le acompañó la dolorosa Madre con otra larga oración, y con las mismas peticiones por los hijos de la Iglesia y por sus enemigos, y sin

turbarse ni recibir indignación ni aborrecimiento contra ellos. Sólo contra el demonio la tuvo, como incapaz de la gracia por su irreparable obstinación. Y con llanto doloroso habló con el Señor y le dijo:

« Amor y bien de mi alma, Hijo y Señor
 « mío, digno sois de que todas las criaturas
 « os reverencien, honren y alaben, que todo
 « os lo deben, porque sois imagen del eter-
 « no Padre y figura de su sustancia (1), infi-
 « nito en vuestro ser y perfecciones; sois
 « principio y fin de toda santidad (2). Si ellas
 « sirven á vuestra voluntad con rendimiento,
 « ¿cómo ahora, Señor y Bien eterno, despre-
 « cian, vituperan, afrentan y atormentan
 « vuestra persona digna de supremo culto y
 « adoración? ¿Cómo se ha levantado tanto
 « la malicia de los hombres? ¿cómo se ha
 « desmandado la soberbia hasta poner su
 « boca en el cielo? ¿cómo ha sido tan pode-
 « rosa la envidia? ¿Vos sois el único Sol de
 « justicia que alumbra y destierra las tinie-
 « blas del pecado (3). Sois la fuente de la
 « gracia, que á ninguno se niega si la quie-
 « re. Sois el que por liberal amor dais el ser
 « y movimiento á los que le tienen en la
 « vida (4) y conservación á las criaturas, y

(1) Hebr. 1, 3.—(2) Apoc. 1, 8.—(3) Joan. 1, 9.—(4) Act. xvii, 28.

« todo pende y necesita de Vos, sin que na-
« da hayáis menester. Pues ¿qué han visto
« en vuestras obras? ¿Qué han hallado en
« vuestra persona, para que así la maltraten
« y vituperen? ¡Oh fealdad atrocísima del
« pecado, que así has podido desfigurar la
« hermosura del cielo, y oscurecer los claros
« soles de su venerable rostro! ¡Oh cruenta
« fiera que tan sin humanidad tratas al mis-
« mo Reparador de tus daños! Mas ya, Hijo
« y Dueño mío, conozco que sois Vos el ar-
« tífice del verdadero amor, el Autor de la
« salud humana, el Maestro y Señor de las
« virtudes (1); que en Vos mismo ponéis en
« práctica la doctrina que enseñáis á los hu-
« mildes discípulos de vuestra escuela. Hu-
« milláis la soberbia, confundís la arrogan-
« cia: y para todos sois ejemplo de salud
« eterna. Y si queréis que todos imiten vues-
« tra inefable caridad y paciencia, á mí me
« toca la primera, que administré la materia
« y os vestí de carne pasible en que sois he-
« rido, escupido y abofeteado. ¡Oh si yo
« sola padeciera tantas penas y Vos, inocen-
« tísimo Hijo mío, estuviérais sin ellas! Y si
« esto no es posible, padezca yo con Vos
« hasta la muerte. Y vosotros espíritus sobe-
« ranos que, admirados de la paciencia de

(1) Psalm. xxiii, 10.

« mi Amado conocéis su Deidad inconmuta-
« ble, y la inocencia y dignidad de su ver-
« dadera humanidad; recompensad las inju-
« rias y blasfemias, que recibe de los hom-
« bres. Dadle magnificencia, gloria, sabidu-
« ría, honor, virtud y fortaleza (1). Convidad
« á los cielos, planetas, estrellas y elementos,
« para que todos le conozcan y confiesen; y
« ved si por ventura hay otro dolor que
« se iguale al mío (2).» Estas razones tan do-
lorosas y otras semejantes, decía la purísima
Señora, con que descansaba algún tanto en
la amargura de su pena y dolor.

Fué incomparable la paciencia de la divi-
na Princesa en la muerte y pasión de su
amantísimo Hijo y Señor; porque jamás le
pareció mucho lo que padecía, ni la balanza
de los trabajos igualaba á la de su afecto,
que medía con el amor y con la dignidad de
su Hijo santísimo y sus tormentos: ni en to-
das las injurias y desacatos que se hacían
contra el mismo Señor, se hizo parte para
sentirlos por sí misma; ni los reputó por pro-
pios, aunque todos los conoció y lloró en
cuanto eran contra la divina Persona y en
daño de los agresores: y por todos oró y
rogó, para que el muy alto los perdonase y
apartase del pecado y de todo mal, y los ilus-

(1) Apoc. v, 12.—(2) Thren. 1, 12.

tráse con su divina luz para conseguir el fruto de la redención.

Doctrina de la Reina del cielo María santísima.

Hija mía, escrito está en el Evangelio (1), que el Padre eterno dió á su Unigénito y mío la potestad para juzgar y condenar á los réprobos el último día del juicio universal. Y esto fué muy conveniente, no sólo para que entonces vean todos los juzgados y reos al Juez supremo (2), que conforme á la voluntad y rectitud divina los condenará; sino también para que vean y conozcan aquella misma forma de su humanidad santísima, en que fueron redimidos, y se les manifiesten en ella los tormentos y oprobios que padeció para rescatarlos de la eterna condenación; y el mismo Señor y Juez que los ha de juzgar les hará este cargo. Al cual así como no podrán responder ni satisfacer, así será esta confusión el principio de la pena eterna que merecieron con su ingratitud obstinada; porque entonces se hará notoria y patente la grandeza de la misericordia piadosísima con que fueron redimidos y la razón de jus-

(1) Joan. v, 27.—(2) Apoc. 1, 7.

cia con que son condenados. Grande fué el dolor, acerbísimas las penas y amargas que padeció mi Hijo santísimo, porque no habían de lograr todos el fruto de la redención; y esto traspasó mi corazón al tiempo que le atormentaban, y juntamente al verle escupido, abofeteado, blasfemado y afligido con tan impíos tormentos, que no se pueden conocer en la vida presente y mortal. Yo lo conocí digna y claramente, y á la medida de esta ciencia fué mi dolor, como lo era el amor y reverencia de la persona de Cristo, mi Señor y mi Hijo. Pero después de estas penas fueron las mayores, por conocer que con haber padecido su Majestad tal muerte y pasión por los hombres, se habían de condenar tantos á vista de aquel infinito valor.

En este dolor también quiero que me acompañes y me imites, y te lastimes de esta lamentable desdicha; que entre los mortales no hay otra digna de ser llorada con llanto lastimoso, ni dolor que se compare á este. Pocos hay en el mundo que adviertan en esta verdad con la ponderación que se debe. Pero mi Hijo y yo admitimos con especial agrado á los que nos imitan en este dolor y se afligen por la perdición de tantas almas. Procura tú, carísima, señalarte en este ejercicio y pide, que no sabes cómo lo aceptará el Altísimo. Mas has de saber sus promesas,

que al que pidiere le darán (1), y á quien llamare le abrirán la puerta de sus tesoros infinitos. Y para que tengas qué ofrecerle, escribe en tu memoria lo que padeció mi Hijo santísimo y tu Esposo por mano de aquellos ministros viles y depravados hombres, y la invencible paciencia, mansedumbre y silencio con que se sujetó á su inicua voluntad. Y con este dechado, desde hoy trabaja para que en tí no reine la irascible, ni otra pasión de hija de Adán, y se engendre en tu pecho un aborrecimiento eficaz del pecado de la soberbia, de despreciar y ofender al prójimo. Pide y solicita con el Señor la paciencia, mansedumbre, apacibilidad y amor á los trabajos y cruz del Señor. Abrázate con ella, tómalala con piadoso afecto, y sigue á Cristo tu esposo (2), para que le alcances.

(1) Luc. xi, 9.—(2) Matth. xvi, 14.



CAPÍTULO XII.

JÚNTASE EL CONCILIO VIERNES POR LA MAÑANA, PARA SUS-
TANCIAR LA CAUSA CONTRA NUESTRO SALVADOR JESÚS;
REMÍTENLE Á PILATOS; Y SALE AL ENCUENTRO MARÍA
SANTÍSIMA CON SAN JUAN EVANGELISTA Y LAS
TRES MARÍAS.

EL viernes por la mañana en amaneciendo, dicen los Evangelistas (1), se juntaron los más ancianos del gobierno con los príncipes de los sacerdotes y escribas, que por la doctrina de la ley [eran más respetados del pueblo, para que de común acuerdo se sustanciara la causa de Cristo, y fuera condenado á muerte, como todos deseaban, dándole algún color de justicia para cumplir con el pueblo. Este concilio se hizo en casa del pontífice Caifás, donde su Majestad estaba preso. Y para examinarle de nuevo, mandaron que le subiesen del ca-

(1) Matth. xxvii, 1; Marc. xv, 1; Luc. xxii, 66; Joan. xi, 47.

labozo á la sala del concilio. Bajaron luego á traerle atado y preso aquellos ministros de justicia, y llegando á soltarle de aquel peñasco que queda dicho, le dijeron con gran risa y escarnio: Ea, Jesús Nazareno, y qué poco te han valido tus milagros para defenderte. ¿No fueran buenas ahora para escarte aquellas artes con que decías que en tres días edificarías el templo? Mas aquí pagarás ahora tus vanidades, y se humillarán tus altos pensamientos. Ven, ven, que te aguardan los príncipes de los sacerdotes y escribas para dar fin á tus embustes y entregarte á Pilatos, que acabe de una vez contigo. Desataron al Señor, y subiéronle al concilio, sin que su Majestad desplecase su boca. Pero de los tormentos, bofetadas y salivas de que, como estaba atadas las manos, no se había podido limpiar, estaba tan desfigurado y flaco, que causó espanto, pero no compasión, á los del concilio. Tal era la ira que contra el Señor habían contraído y concebido.

Preguntáronle de nuevo que les dijese si él era Cristo (1), que quiere decir el ungido. Esta segunda pregunta fué con intención maliciosa, como las demás, no para oír la verdad y admitirla, sino para calumniarla y

(1) Luc. xxii, 66.

ponérsela por acusación. Pero el Señor, que así quería morir por la verdad, no quiso negarla, ni tampoco confesarla de manera que la despreciasen, y tomase la calumnia algún color aparente; porque aun éste no podía haber en su inocencia y sabiduría. Y así templó la respuesta de tal suerte, que si tuvieran los fariseos alguna piedad, tuvieran también ocasión de inquirir con buen celo el sacramento escondido en sus razones; y si no la tenían, se entendiese que la culpa estaba en su mala intención y no en la respuesta del Salvador. Respondióles, y dijo: *Si yo afirmo que soy el que me preguntáis, no daréis crédito á lo que dijere; y si os preguntare algo, tampoco me responderéis, ni me soltaréis. Pero digo que el Hijo del Hombre, después de esto, se asentará á la diestra de la virtud de Dios* (1). Replicaron los pontífices: *¿Luego tú eres Hijo de Dios?* Respondió el Señor: *Vosotros decís que yo soy.* Y fué lo mismo que decirles: Muy legítima es la consecuencia que habéis hecho, que yo soy Hijo de Dios; porque mis obras y doctrina, y vuestras Escrituras, y todo lo que ahora hacéis conmigo, testifican que yo soy Cristo, el prometido en la ley.

Pero como aquel concilio de malignantes

(1) Luc. xxii, 67, 68, 69, 70.

no estaba dispuesto para dar asenso á la verdad divina, aunque ellos mismos la colegían por buenas consecuencias, y la podían creer, ni la entendieron, ni le dieron crédito, antes la juzgaron por blasfemia digna de muerte. Y viendo que se ratificaba el Señor en lo que antes había confesado respondieron todos: *¿Qué necesidad tenemos de más testigos, pues él mismo lo confiesa por su boca (1)*. Y luego de común acuerdo decretaron, que como digno de muerte fuese llevado y presentado á Poncio Pilatos, que gobernaba la provincia de Judea en nombre del Emperador romano, como señor de Palestina en lo temporal. Y según las leyes del imperio romano, las causas de sangre ó de muerte estaban reservadas al Senado ó Emperador, ó á sus ministros, que gobernaban las provincias remotas: y no se las dejaban á los mismos naturales; porque negocios tan graves como quitar la vida, querían que se mirasen con mayor atención y que ningún reo fuese condenado sin ser oído, y darle tiempo y lugar para su defensa y descargo; porque en este orden de justicia se ajustaban los romanos, más que otras naciones, á la ley natural de la razón. Y en la causa de Cristo nuestro bien se holgaron los pon-

(1) Luc. xxii, 71.

tífices y escribas de que la muerte que deseaban darle fuese por sentencia de Pilatos, que era gentil, para cumplir con el pueblo con decir que el Gobernador romano le había condenado, y que no lo hiciera si no fuera digno de muerte. Tanto como esto les oscurecía el pecado y la hipocresía, como si ellos no fueran los autores de toda la maldad y más sacrílegos que el juez de los gentiles: y así ordenó el Señor que se manifestase á todos con lo mismo que hicieron con Pilatos, como luego veremos.

Llevaron los ministros á nuestro Salvador Jesús de casa de Caifás á la de Pilatos, para presentarsele atado como digno de muerte, con las cadenas y sogas que le prendieron. Estaba la ciudad de Jerusalén llena de gente de toda Palestina, que había concurrido á celebrar la gran Pascua del cordero y de los Ácidos; y con el rumor que ya corría en el pueblo y la noticia que todos tenían del Maestro de la vida, concurrió innumerable multitud á verle llevar preso por las calles, dividiéndose todo el vulgo en varias opiniones. Unos á grandes voces decían: Muera, muera este mal hombre y embustero, que tiene engañado al mundo. Otros respondían: no parecían sus doctrinas tan malas, ni sus obras, porque hacía muchas buenas á todos. Otros de los que habían creído, se afligían

y lloraban; y toda la ciudad estaba confusa y alterada. Estaba Lucifer, muy atento y sus demonios también, á cuanto pasaba; y con insaciable furor, viéndose ocultamente vencido y atormentado de la invencible paciencia y mansedumbre de Cristo nuestro Señor, desatinábale su misma soberbia é indignación, sospechando que aquellas virtudes, que tanto le atormentaban, no podían ser de puro hombre. Por otra parte, presumía que dejarse maltratar y despreciar con tanto extremo y padecer tanta flaqueza y como desmayo en el cuerpo, no podía ajustarse con Dios verdadero; porque si lo fuera, decía el dragón, la virtud divina y su naturaleza comunicada á la humana, le influyera grandes efectos para que no desfalleciera, ni consintiera lo que en ella se hace. Esto decía Lucifer, como quien ignoraba el divino secreto de haber suspendido Cristo nuestro Señor los efectos que pudieran redundar de la divinidad en la naturaleza humana, para que el padecer fuese en sumo grado, como queda dicho arriba. Con estos recelos se enfurecía más el soberbio dragón en perseguir al Señor, para probar quién era el que así sufría los tormentos.

Era ya salido el sol cuando esto sucedía; y la dolorosa Madre que todo lo miraba, determinó salir de su retiro para seguir á su

Hijo santísimo á casa de Pilatos, y acompañarle hasta la cruz. Y cuando la gran Reina y Señora salía del cenáculo, llegó san Juan á darla cuenta de todo lo que pasaba; porque ignoraba entonces el amado discípulo la ciencia que María santísima tenía de todas las obras y sucesos de su amantísimo Hijo. Y después de la negación de san Pedro, se había retirado san Juan, atalayando más de lejos lo que pasaba. Reconociendo también la culpa de haber huído en el huerto; y llegando á la presencia de la Reina, la confesó por Madre de Dios con lágrimas, y la pidió perdón; y luego la dió cuenta de todo lo que pasaba en su corazón, había hecho y visto siguiendo á su divino Maestro. Parecióle á san Juan era bien prevenir á la afligida Madre, para que llegando á la vista de su Hijo santísimo no se hallase tan lastimada con el nuevo espectáculo. Y para representársele desde luego la dijo estas palabras: *¡Oh Señora mía, qué afligido queda nuestro divino Maestro! No es posible mirarle sin romper el corazón de quien le viere; porque de las bofetadas, golpes y salivas está su hermosísimo rostro tan afeado y desfigurado, que apenas le conoceréis por la vista.* Oyó la prudentísima Madre esta relación con tanta espera, como si estuviera ignorante del suceso; pero estaba convertida en llanto y

transformada en amargura y dolor. Oyéronlo también las mujeres santas que salían en compañía de la gran Señora, y todas quedaron traspasados los corazones del mismo dolor y asombro que recibieron. Mandó la Reina del cielo á el Apóstol san Juan que fuese acompañándola con las devotas mujeres y hablando con todas las dijo: *Apresuremos el paso, para que vean mis ojos al Hijo del eterno Padre, que tomó la forma de hombre en mis entrañas; y veréis, carísimas, lo que con mi Señor y Dios pudo el amor que tiene á los hombres, lo que le cuesta redimirlos del pecado y de la muerte, y abrirles las puertas del cielo.*

Salió la Reina del Cielo por las calles de Jerusalén, acompañada de san Juan y otras mujeres santas, aunque no todas le asistieron siempre, fuera de las tres Marías, y algunas otras muy piadosas, y los Ángeles de su guarda, á los cuales pidió que obrasen de manera que el tropel de la gente no la impidiese para llegar adonde estaba su Hijo santísimo. Obedecieronla los Santos Angeles y la fueron guardando. Por las calles donde pasaba oía varias razones y sentires de tan lastimoso caso, que unos á otros se decían, contando la novedad, que había sucedido á Jesús Nazareno. Los más piadosos se lamentaban, y estos eran los menos;

otros decían como le querían' crucificar; otros contaban dónde iba, y que le llevaban preso como á hombre facineroso; otros que iba maltratado; otros preguutaban ¿qué maldades había cometido, que tan cruel castigo le daban? Y finalmente, muchos con admiración ó con poca fe, decían: ¿En esto han venido á parar sus milagros? Sin duda que todos eran embustes, pues no se ha sabido defender, ni librar. Y todas las calles y plazas estaban llenas de corrillos y murmuraciones. Pero en medio de tanta turbación de los hombres, estaba la invencible Reina, aunque llena de incomparable amargura, constante y sin turbarse, pidiendo por los incrédulos y malhechores, como si no tuviera otro cuidado más que solicitarles la gracia y el perdón de sus pecados, y los amaba con tan íntima caridad como si recibiera de ellos grandes favores y beneficios. No se indignó, ni airó contra aquellos sacrílegos ministros de la pasión y muerte de su amantísimo Hijo, ni tuvo señal de enojo. Á todos miraba con caridad y les hacía bien.

Algunos de los que la encontraban por las calles, la conocían por Madre de Jesús Nazareno, y movidos de natural compasión, la decían: ¡Oh triste Madre! ¡qué desdicha te ha sucedido! ¡Qué lastimado y herido de

dolor estará tu corazón! Otros, con impiedad, la decían: ¡Qué mala cuenta has dado de tu Hijo! ¿Por qué le consentías que intentase tantas novedades en el pueblo? Mejor fuera haberle recogido y detenido; pero será escarmiento para otras madres, que aprendan en tu desdicha cómo han de enseñar á sus hijos. Estas razones y otras más terribles oía la candidísima paloma, y á todas daba en su ardiente caridad el lugar que convenía, admitiendo la compasión de los piadosos y sufriendo la impiedad de los incrédulos, no maravillándose de los ingratos é ignorantes, y rogando respectivamente al muy Alto, por los unos y los otros.

Entre esta variedad y confusión de gentes encaminaron los Santos Angeles á la Emperatriz del Cielo á la vuelta de una calle, donde encontró á su Hijo santísimo, y con profunda reverencia se postró ante su Real Persona, y le adoró con la más alta y fervorosa veneración que jamás le dieron, ni le darán todas las criaturas. Levantóse luego, y con incomparable ternura se miraron Hijo y Madre; habláronse con los interiores traspasados de inefable dolor. Retiróse luego un poco atrás la prudentísima Señora, y fué siguiendo á Cristo nuestro Señor, hablando con su Majestad en secreto, y también con el Eterno Padre, tales ra-

zones, que no caben en lengua mortal y corruptible. Decía la afligida Madre: « Dios al-
« tísimo, Hijo mío, conozco el amoroso fue-
« go de vuestra caridad con los hombres,
« que os obliga á ocultar el infinito poder
« de vuestra Divinidad en la carne y forma
« pasible (1) que de mis entrañas habéis reci-
« bido. Confieso vuestra sabiduría incom-
« prensible en admitir tales afrentas y tor-
« mentos y en entregaros á Vos mismo, que
« sois el Señor de todo lo criado, para res-
« cate del hombre, que es siervo, polvo y ce-
« niza (2). Digno sois de que todas las criatu-
« ras os alaben, bendigan, confiesen y en-
« grandezcan vuestra bondad inmensa; pero
« yo, que soy vuestra Madre, ¿cómo dejaré
« de querer que sola en mí se ejecutaran
« vuestros oprobios, y no en vuestra divi-
« na persona, que sois la hermosura de los
« Ángeles y resplandor de la gloria de
« vuestro Padre Eterno? ¿Cómo no desearé
« vuestros alivios en tales penas? ¿Cómo su-
« frirá mi corazón veros tan afligido y afea-
« do vuestro hermosísimo rostro, y que sólo
« con el Criador y Redentor falte la compa-
« sión y la piedad en tan amarga pasión?
« Pero si no es posible que yo os alivie
« como Madre; recibid mi dolor y sacrificio

(1) Phillip. II, 7.—(2) Genes, III, 19.

«de no hacerlo como Hijo, y Dios Santo y verdadero.»

Quedó en el interior de nuestra Reina del cielo tan fija y estampada la imagen de su Hijo santísimo, así lastimado, afeado, encadenado y preso, que jamás en lo que vivió se le borraron de la imaginación aquellas especies, mas que si las estuviera mirando. Llegó Cristo nuestro bien á casa de Pilatos, siguiéndole muchos del concilio de los judíos, y gente innumerable de todo el pueblo. Y presentándole al juez, se quedaron los judíos fuera del pretorio (2) ó tribunal, fingiéndose muy religiosos, por no quedar irregulares é inmundos para celebrar la Pascua de los panes ceremoniales, para la cual habían de estar muy limpios de las inmundicias cometidas contra la ley. Y como hipócritas estultísimos no reparaban en el inmundo sacrilegio que les contaminaba las almas, homicidas del Inocente. Pilatos, aunque era gentil, condescendió con la ceremonia de los judíos; y viendo que reparaban en entrar en su pretorio, salió fuera. Y conforme al estilo de los romanos, les preguntó: *¿Qué acusación es la que tenéis contra este hombre?* (3). Respondieron los judíos: *Si no fuera malhechor, no te le trajéramos así ata-*

(1) Joan. xviii, 28.—(2) Ibid. 29, 30. (3) —S. J. de. quill. (1)

do y preso como te le entregamos. Y fué decir: Nosotros tenemos averiguadas sus maldades, y somos tan atentos á la justicia y á nuestras obligaciones, que á menos de ser muy facineroso, no procediéramos contra él. Con todo eso les replicó Pilatos: Pues ¿qué delitos son los que ha cometido? Está convencido, respondieron los judíos, que inquieta á la república, y se quiere hacer nuestro rey, y prohíbe que se le paguen al César los tributos (1): se hace Hijo de Dios, y ha predicado nueva doctrina, comenzando de Galilea y prosiguiendo por toda Judea hasta Jerusalén (2). Pues tomadle allá vosotros, dijo Pilatos, y juzgadle conforme á vuestras leyes; que yo no hallo causa justa para juzgarle. Replicaron los judíos: A nosotros no se nos permite condenar á alguno con pena de muerte, ni tampoco dársela (3).

A todas estas y otras demandas y respuestas estaba presente María santísima con san Juan y las mujeres que la seguían; porque los santos Angeles la acercaron á donde todo lo pudiese ver y oír. Y cubierta con su manto lloraba sangre, en vez de lágrimas, con la fuerza del dolor que dividía su virginal corazón. Y en los actos de las virtudes era un espejo clarísimo en que se retrataba la alma

(1) Luc. xxiii, 2.—(2) Ibid. 5.—(3) Joan. xviii, 31.

santísima de su Hijo, y los dolores y penas se retrataban en el sentimiento del cuerpo. Pidió al Padre eterno le concediese no perder á su Hijo de vista, cuanto fuese posible, por el orden común, hasta la muerte; y así lo consiguió mientras el Señor no estuvo preso. Y considerando la prudentísima Señora que convenía se conociese la inocencia de nuestro Salvador Jesús entre las falsas acusaciones y calumnias de los judíos, y que le condenaban á muerte sin culpa, pidió con fervorosa oración que no fuese engañado el juez, y que tuviese verdadera luz de que Cristo era entregado á él por envidia de los sacerdotes y escribas. En virtud de esta oración de María santísima tuvo Pilatos claro conocimiento de la verdad, y alcanzó que Cristo era inculpable, y que le habían entregado por envidia, como dice san Mateo (1): y por esta razón el mismo Señor se declaró más con él, aunque no cooperó Pilatos á la verdad que conoció; y así no fué de provecho para él, sino para nosotros, y para convencer la perfidia de los pontífices y fariseos.

Deseaba la indignación de los judíos hablar á Pilatos muy propicio para que luego pronunciara la sentencia de muerte contra el Salvador Jesús, y como reconocieron

(1) Matth. xxvii, 18.

que reparaba tanto en ello, comenzaron á levantar las voces con ferocidad, acusándole y repitiendo que se quería alzar con el reino de Judea, y para esto engañaba y conmovía á los pueblos (1), y se llamaba Cristo, que quiere decir unguido rey. Esta maliciosa acusación propusieron á Pilatos, (2) porque se moviese más con el celo del reino temporal, que debía conservar debajo del imperio romano. Y porque entre los judíos eran los reyes ungidos, por eso añadieron que Jesús se llamaba Cristo, que es unguido, como rey; y porque Pilatos, como gentil, cuyos reyes no se unguían, entendiérase que llamarse Cristo era lo mismo que llamarse rey unguido de los judíos. Preguntóle Pilatos al Señor (3): ¿Qué respondes á estas acusaciones que te oponen? No respondió su Majestad palabra en presencia de los acusadores, y se admiró Pilatos de ver tal silencio y paciencia. Pero deseando examinar más si era verdaderamente rey, se retiró el mismo juez con el Señor adentro del pretorio, desviándose de la vocería de los judíos. Y allí á solas le preguntó Pilatos: (4) Dime, ¿eres tú rey de los judíos? Pudo pensar Pilatos que Cristo era rey de

(1) Luc. xxiii, 5.—(2) Ibid. 2.—(3) Marc. xv, 4, 5.

(4) Joan. xviii, 33.

hecho, pues conocía que no reinaba, y así lo preguntaba para saber si era rey de derecho, y si le tenía al reino. Respondióle nuestro Salvador: (1) ¿Esto que me preguntas ha salido de tí mismo, ó te lo ha dicho alguno, hablándote de mí? Replicó Pilatos: ¿Yo acaso soy judío para saberlo? Tu gente y tus pontífices te han entregado á mi tribunal: ¿díme lo que has hecho y qué hay en esto? Entonces respondió el Señor: *Mi reino no es de este mundo; porque si lo fuera, cierto es que mis vasallos me defendieran, para que no fuera entregado á los judíos; mas ahora no tengo aquí mi reino.* Creyó el juez en parte esta respuesta del Señor y así le replicó: ¿Luego tú rey eres, pues tienes reino? No lo negó Cristo, y añadió diciendo: *Tú dices que yo soy rey; y para dar testimonio de la verdad nací yo en el mundo; y todos los que son nacidos de la verdad oyen mis palabras* (2). Admiróse Pilatos de esta respuesta del Señor, y volvióle á preguntar: ¿Qué cosa es la verdad? (3) Y sin aguardar más respuesta salió otra vez del pretorio y dijo á los judíos: Yo no hallo culpa en este hombre para condenarle. Ya sabéis que tenéis costumbre de que por la fiesta de la

(1) Joan. xviii, 34, 35, 36.—(2) Ibid. 37.—(3) Ibid. 38.

Pascua dáis libertad á un preso (1); decidme, si gustáis que sea Jesús ó Barrabás; que era un ladrón y homicida, que á la sazón tenían en la cárcel por haber muerto á otro en una pendencia. Levantaron todos la voz y dijeron: Á Barrabás pedimos que sueltes, y á Jesús que crucifiques (2). En esta petición se ratificaron, hasta que se ejecutó como lo pedían.

Quedó Pilatos muy turbado con las respuestas de nuestro Salvador Jesús y obstinación de los judíos; porque por una parte deseaba no desgraciarse con ellos, y esto era dificultoso, viéndolos tan embarazados con la muerte del Señor si no consentía con ellos; por otra parte conocía claramente que le perseguían por envidia mortal que le tenían (3), y que las acusaciones de que turbaba al pueblo eran falsas y ridículas. Y en lo que le imputaban de que pretendía ser rey, había quedado satisfecho con la respuesta del mismo Cristo, y verle tan pobre, tan humilde y sufrido á las calumnias que le oponían. Y con la luz y auxilios que recibió, conoció la verdadera inocencia del Señor, aunque esto fué por mayor, ignorando siempre el misterio y la dignidad de la persona divina. Y aunque la fuerza de sus vivas pa-

(1) Joan. xviii, 39.—(2) Ibid. 40.—(3) Matth. xxvii, 18.

labras movió á Pilatos para hacer concepto grande de Cristo, y pensar que en él se cerraba algún particular secreto, y por esto deseaba soltarle, y le envió á Herodes, como diré en el capítulo siguiente; pero no llegaron á ser eficaces los auxilios, porque lo desmereció su pecado, y se convirtió á fines temporales, gobernándose por ellos y no por la justicia; más por sugestión de Lucifer, como arriba dije, que por la noticia de la verdad que conocía con claridad. Y habiéndola entendido, procedió como mal juez en consultar más la causa del Inocente con los que eran enemigos suyos declarados y le acusaban falsamente. Y mayor delito fué obrar contra el dictamen de la conciencia, condenándole á muerte, y primero á que le azotasen tan inhumanamente, como veremos, sin otra causa más de para contentar á los judíos.

Pero aunque Pilatos por estas y otras razones fué iniquísimo é injusto juez condenando á Cristo, á quien tenía por puro hombre, aunque inocente y bueno; con todo eso fué menor su delito en comparación de los sacerdotes y fariseos. Y esto no sólo porque ellos obraban con envidia, crueldad y otros fines execrables, sino también porque fué gran culpa el no conocer á Cristo por verdadero Mesías y Redentor, Dios y hombre,

prometido en la ley que los hebreos profesaban y creían. Y para su condenación permitió el Señor, que cuando acusaban á nuestro Salvador, le llamasen Cristo y Rey ungido, confesando en las palabras la misma verdad que negaban y descreían. Pero debíanla creer, para entender que Cristo nuestro Señor era verdaderamente ungido, no con la unción figurativa de los reyes y sacerdotes antiguos, sino con la unción que dijo David (1), diferente de todas las demás, como lo era la unción de la divinidad unida á la humana naturaleza, que la levantó á ser Cristo Dios y hombre verdadero, y ungida su alma santísima con los dones de gracia y gloria correspondientes á la unión hipostática. Toda esta verdad misteriosa significaba la acusación de los judíos, aunque ellos por su perfidia no la creían, y con envidia la interpretaban falsamente, acumulándole al Señor, que se quería hacer rey, y no lo era: siendo verdad lo contrario, y no lo quería mostrar, ni usar de la potestad de rey temporal, aunque de todo era Señor; mas no había venido al mundo á mandar á los hombres, sino á obedecer (2). Y era mayor la ceguedad judaica; porque esperaban al Mesías como á rey temporal, y con todo eso

(1) Psalm. XLIV, 8—(2) Matth. xx, 28.

calumniaban á Cristo de lo que era, y parece que sólo querían un Mesías tan poderoso rey, que no le pudiesen resistir; y aun entonces le recibieran por fuerza, y no con la voluntad piadosa que pide el Señor.

La grandeza de estos sacramentos ocultos entendía profundamente nuestra gran Reina y Señora, y los confería en la sabiduría de su castísimo pecho, ejercitando heroicos actos de todas la virtudes. Y como los demás hijos de Adán, concebidos y manchados con pecados, cuanto más crecen las tribulaciones y dolores, tanto más suelen conturbarlos y oprimirlos, despertando la ira con otras desordenadas pasiones; al contrario sucedía en María santísima, donde no obraba el pecado, ni sus efectos, ni la naturaleza, tanto como la excelente gracia. Porque las grandes persecuciones y muchas aguas de los dolores y trabajos no extinguían el fuego de su inflamado corazón en el amor divino (1); antes eran como fomentos que más le alimentaban y encendían aquella divina alma, para pedir por los pecadores, cuando la necesidad era suma, por haber llegado á su punto la malicia de los hombres. ¡Oh Reina de las virtudes, Señora de las criaturas y dulcísima Madre de misericordia! ¡Qué dura

(1) Cant. viii, 7.

soy de corazón, qué tarda y qué insensible, pues no le divide y le deshace el dolor de lo que conoce mi entendimiento de vuestras penas, y de vuestro único y amantísimo Hijo! Si en presencia de lo que conozco tengo vida, razón será que me humille hasta la muerte. Delito es contra el amor y la piedad ver padecer tormentos al inocente, y pedirle mercedes sin entrar á la parte de sus penas. ¿Con qué cara ó con qué verdad diremos las criaturas que tenemos amor de Dios, de nuestro Redentor, y á Vos, Reina mía, que sois su Madre, si cuando entre ambos bebéis el cáliz amarguísimo de tan acerbos dolores y pasión, nosotros nos recreamos con el cáliz de los deleites de Babilonia? ¡Oh si yo entendiese esta verdad! ¡Oh si la sintiese y penetrase; y ella penetrase también lo íntimo de mis entrañas á la vista de mi Señor y de su dolorosa Madre padeciendo inhumanos tormentos! ¿Cómo pensaré yo que me hacen injusticia en perseguirme, que me agravian en despreciarme, que me ofenden en aborrecerme? ¿Cómo me querellaré de que padezco, aunque sea vituperada, despreciada y aborrecida del mundo? Ó gran Capitana de los Mártires, Reina de los esforzados, Maestra de los imitadores de vuestro Hijo, si soy vuestra hija y discípula, como vuestra dignación me lo asegura y mi

Señor me lo quiso merecer, no neguéis mis deseos de seguir vuestras pisadas en el camino de la cruz. Y si como flaca he desfallecido, alcanzadme Vos, Señora y Madre mía, la fortaleza y corazón contrito y humillado por las culpas de mi pesada ingratitude. Granjeadme y pedidme el amor á Dios eterno, que es don tan precioso, que sola vuestra poderosa intercesión le puede alcanzar, y mi Señor y Redentor merecermele.

Doctrina que me dió la gran Reina del cielo.

Hija mía, gande es el descuidos y la inadvertencia de los mortales en ponderar las obras de mi Hijo santísimo y penetrar con humilde reverencia los misterios que encerró en ellas para el remedio y salud de todos. Por esto ignoran muchos, y se admiran otros, de que su Majestad consintiese ser traído como reo ante los inicuos jueces, y ser examinado por ellos como malhechor y criminoso; que le tratasen y reputasen por hombre estulto é ignorante; y que con su divina sabiduría no respondiera por su inocencia, y convenciera la malicia de los judíos, y todos sus adversarios, pues con tanta facilidad lo pudiera hacer. En esta admiración lo primero se han de venerar los al-

tísimos juicios del Señor, que así dispuso la redención humana, obrando con equidad, bondad, rectitud y como convenía á todos sus atributos, sin negar á cada uno de sus enemigos los auxilios suficientes para bien obrar, si quisieran cooperar con ellos, usando de los fueros de su libertad para el bien; porque todos quiso que fuesen salvos (1), si no quedaba por ellos, y ninguno tiene justicia para querellarse de la piedad divina, que fue superabundante.

Pero á mas de esto quiero, carísima, que entiendas la enseñanza que contienen estas obras; porque ninguna hizo mi Hijo santísimo que no fuese como de Redentor y Maestro de los hombres. En el silencio y paciencia que guardó en su pasión, sufriendo ser reputado por inicuo y estulto, dejó á los hombres una doctrina tan importante, cuanto poco advertida y menos practicada de los hijos de Adán. Y porque no consideran el contagio que les comunicó Lucifer por el pecado, y que le continúa siempre en el mundo, por esto no buscan en el Médico la medicina de su dolencia; mas su Majestad por su inmensa caridad dejó el remedio en sus palabras y en sus obras. Considérense, pues, los hombres concebidos en

(1) I Tim. II, 4.